



Santiago Ambao

Burocracia

Lectulandia

Isidro Rawson trabaja en el Ministerio del Interior. Debe informar sobre los “portales sonoros” que surgen a diario, por decenas, en la ciudad. A través de ellos se escucha lo que sucede en cualquier otro punto de la inmensa urbe. El gobierno, convencido de que su control es vital para la seguridad nacional, levanta actas en las que se detalla todo lo que se escucha a través de los portales. Isidro ve con ojos críticos a ese Estado tan poderoso como torpe, que todo lo vigila sin saber para qué, pero su apatía de burócrata le dificulta dejar atrás la complicidad con ese orden que detesta.

Lectulandia

Santiago Ambao

Burocracia

ePub r1.0

Titivillus 06.03.16

Santiago Ambao, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Esta novela ha obtenido el Premio Joven 2009 de Narrativa de la Fundación General de la Universidad Complutense de Madrid que otorgó el Jurado compuesto por Andrés Sorel, Luis Mateo Díez, Antonio Gómez Rufo, Almudena Grandes, José María Merino, Rosa Regás y Javier Santillán.

Esta novela ha obtenido el Premio Joven 2009 de Narrativa de la Fundación General de la Universidad Complutense de Madrid que otorgó el Jurado compuesto por Andrés Sorel, Luis Mateo Díez, Antonio Gómez Rufo, Almudena Grandes, José María Merino, Rosa Regás y Javier Santillán.

Burocracia

Inspección General de la Nación

Transcripción tomada en el portal sonoro sito en el zaguán del albergue transitorio Mimos, ubicado en el número 134 de la calle 7. Informe solicitado por la Secretaría de Planificación.

Calificación: interés elevado (terroristas potenciales)

Sujetos participantes:

—**Registro N° 00F32335**

—**Registro N° 00R12989**

Día de transcripción: 03 de noviembre del 007 D.P.

Hora de transcripción: 15:47 hs.

SONIDO DE GRAMÓFONO
SOLO DE TROMPETA. JAZZ
SONIDO DE GRAMÓFONO
SOLO DE TROMPETA. JAZZ

#00F32335: Lo que quieras, pero todo esto es una terrible boludez. Hay que ser idiota para andar espiando a cualquiera, sin saber quién es o por qué se lo espía. Así no se le da seguridad a un país.

#00R12989: Deberías tener más cuidado, no sabés quién puede estar escuchando esta conversación.

#00F32335: Si hay alguien escuchando, ni siquiera sabrá quién soy. Estará ahí, transcribiendo mis palabras, llenando hojas y hojas de informes que van a terminar metiéndose por el ojete.

#00R12989: Lo mismo deberías ser más precavido. La semana pasada se chuparon a un colega que debía nueve meses de impuestos. Lo ubicaron gracias a una escucha.

SILENCIO
SILENCIO
SUENA UN FLATO
SILENCIO
RISAS
RISAS
RISAS

I

FUENTES VIVAS, FUENTES MUERTAS

Hipótesis de trabajo nº 256:
Dios existe, pero no se involucra.

El aviso apenas si le dio tiempo de recoger el maletín con el instrumental. Ni siquiera se tomó un café. Fichó, fue por el equipo y salió con Leopoldo. Dos agentes robustos e inexpresivos les esperaban en la calle. En cuanto subieron a la patrulla, Leopoldo le explicó la situación: allanarían el domicilio de una mujer de ochenta y dos años. Ella vivía sola, gozaba de buena salud aunque estaba un poco sorda. Un vecino había denunciado el portal sonoro esa misma mañana. La mujer estaba en infracción.

Tal vez la sordera, argumentó Isidro de mal humor, justificaba que no hubiese declarado la existencia del portal.

Como única respuesta, Leopoldo lo miró con la boca entreabierta.

Isidro lanzó un bostezo. Llevaba la corbata floja y el pelo revuelto. En el asiento trasero de la patrulla, sus piernas parecían descansar casi en posición fetal. Una barba de dos días cubría sus rasgos afilados.

Treinta minutos después, la patrulla se detuvo frente a un edificio. En cuanto bajaron, Isidro le preguntó a Leopoldo para qué habían salido con dos agentes, si en el departamento vivía una vieja inofensiva.

—Es el procedimiento en casos de infracciones —respondió Leopoldo mientras se encogía de hombros.

Isidro se mordió el labio inferior, miró a su compañero un instante. Asintió con un gesto vago y mandó a uno de los agentes esperar abajo. Al otro le ordenó subir con ellos. Antes de dar el primer paso, le dijo:

—Pero estáte tranquilo y no me hagas escenitas. Tampoco es cuestión de pegarle a la vieja el susto de su vida.

El agente asintió.

Subieron por la escalera. El agente le pisaba los talones a Leopoldo; su mano derecha reposaba sobre su arma reglamentaria: una Magnum 44 capaz de despegarle a la anciana la cabeza del cuerpo. Isidro los seguía a varios metros de distancia.

En el tercer piso, Leopoldo indicó con un gesto que habían llegado. Avanzó por el pasillo y señaló una puerta. El agente sacó su arma, le quitó el seguro. Mientras apuntaba al suelo, formando con su brazo rígido y su cuerpo un ángulo de cuarenta y cinco grados, golpeó la puerta dos veces. Con un grito se identificó como policía.

Isidro se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—Guardá la pistolita, pibe. Si podría ser tu abuela.

Leopoldo intervino:

—Señor, el procedimiento es rotundo en los casos de infracciones: se da el aviso y si en cuarenta y cinco segundos no hay respuesta, se entra.

—No me rompas mucho los huevos con el procedimiento. Y no me digas «señor», que hace casi un mes que trabajamos juntos.

—Perdón.

—Y tampoco me pidas perdón a cada rato. Tratame con menos respeto o te suspendo.

Leopoldo asintió mientras bajaba la cabeza. Isidro agregó:

—Aparte, no va a ser tan fácil que abra.

—¿La volteo? —preguntó el agente dando un paso hacia atrás.

—No, esperá. Según el informe es medio sorda. Hace falta paciencia, nomás.

Dejame a mí.

El agente dio un paso al costado.

—Y guardá el bufoso de una vez, haceme el favor, que se te va a escapar un tiro.

El agente obedeció. Isidro golpeó.

No hubo respuesta.

—¿Cómo se llama? —preguntó Isidro.

Leopoldo buscó entre los papeles de una carpeta gris.

—Delia.

Isidro golpeó una vez más mientras la llamaba por su nombre.

—Puede que no esté —dijo Leopoldo.

De otro departamento salió una mujer gorda de mediana edad; llevaba pantuflas y una bata floreada. Isidro le explicó que trabajaban para la Inspección General, le preguntó si conocía a la señora Delia. La mujer dijo que a esa hora Delia siempre estaba en casa. Isidro agradeció y golpeó más fuerte. La puerta se entornó.

—¿Señora Delia?

La mujer entrecerró los ojos mientras una mueca le atravesó la cara.

—¿Es usted la señora Delia? —repitió Isidro, levantando la voz.

Ella asintió.

—Somos de la Inspección General, necesitamos pasar.

—No, no, no —respondió, temerosa.

El agente llevó la mano hasta su arma y, sin sacarla del todo de la funda, la sujetó mientras le quitaba el seguro.

—¡Pero esperá, carajo! —le gritó Isidro—. Y ponele el seguro que te vas a lastimar.

—¿Qué quieren? —preguntó la señora.

—Necesitamos registrar el departamento, si nos deja pasar le explicamos.

—¿Son de la policía?

Isidro le mostró la orden. La mujer dudaba.

—Mire, señora —le dijo Isidro mientras señalaba al agente—: le trajimos a éste vestidito de azul como muestra de autoridad.

La mujer abrió. Isidro ordenó al agente esperar fuera. Entró con Leopoldo.

El departamento era pequeño y oscuro. Cuadros descoloridos de paisajes cubrían las paredes del salón. Sobre los muebles antiguos reposaban decenas de adornos de cerámica. Manchas grandes de humedad salpicaban el empapelado color beige. Olía a fritura mezclada con desodorante de ambiente.

Leopoldo dijo que, según la denuncia, el portal estaba en el baño.

—Voy a hacer las comprobaciones, vos coméntale a la señora de qué va esto —

respondió Isidro.

En el baño se escuchaba un rumor tenue. Isidro se sentó sobre la tapa del inodoro, dejó el maletín en el suelo. Poco a poco el rumor fue tomando forma. Entonces se puso de pie y se movió despacio, pegando la oreja a las paredes. De pronto se detuvo. Estaba a veinte centímetros del botiquín. Al abrirlo escuchó claramente:

—*No sé viejo, a mí me parece que deberíamos darle una mano de pintura al cuarto de la nena. ¿Vos viste las manchas de humedad que hay arriba, al lado del armario?*

—*Vieja, qué hinchapelotas, ¿vos pensás que me tomo vacaciones para seguir trabajando en casa?*

Isidro dio un paso atrás y miró en derredor. El diálogo seguía saliendo del botiquín. Se volvió a sentar en el inodoro. Esperó. Dos minutos después, escuchó un soplido. Se trataba de un sonido parecido al que produce un fuelle al soltar aire. Sonaba bastante fuerte, casi no permitía oír las voces. Duró unos cinco segundos y se detuvo. La conversación continuó, limpia. Dos minutos después, escuchó otro soplido.

Apoyó el maletín en la tabla del inodoro. Lo abrió. En el interior había una máquina con varios interruptores y agujas indicadoras. De un bolsillo en la tapa del maletín sacó un micrófono. Desenrolló el cable y lo enchufó a la máquina. Las agujas se empezaron a mover. Isidro acercó el micrófono al botiquín. Tomó algunas notas. Entonces se asomó Leopoldo.

—¿Y?

—Parece que sí, che. Acá hay un portal.

—¿Necesita hacer alguna comprobación más?

—Las de rutina, ver las cañerías, que no sea una filtración de otro departamento, pero te pongo la firma: esto es un portal sonoro. Y ya te dije que si me seguís tratando de usted te voy a suspender.

—Perdón.

—Eso tampoco.

Leopoldo abrió la boca como para replicar algo. Pero no lo hizo. Un instante después, dijo:

—¿Dimos con algo interesante? ¿Algún terrorista del otro lado?

—No, boludeces. Un matrimonio que discute.

—¿Seguro? ¿No hablarán en clave?

Bastó con la expresión cansada de Isidro para que Leopoldo asintiera.

—Voy a explicarle a la señora lo de la expropiación —dijo Leopoldo.

Isidro se dispuso a completar los formularios. Lo primero era la ubicación del portal. Escribió con austeridad «botiquín del baño». Dibujó un pequeño croquis.

Tras completar los datos básicos sobre el portal, se arrodilló frente al lector analítico de voces y sonidos. Observó los indicadores mientras escuchaba el diálogo. Había dos personas de mediana edad, un hombre y una mujer. Anotó los parámetros

matemáticos objetivos de cada voz: aquellos definidos por el tono y el timbre. Después hizo los cálculos que reducían esos parámetros a su correspondiente número de registro y lo agregó al informe.

Entre tanto, Leopoldo echaba una mirada al departamento. Revisó las tablas de valores de inmuebles según su ubicación, antigüedad estructural y condiciones de habitabilidad. Calculó que el departamento tenía unos setenta metros cuadrados. Hizo un par de cuentas mentales y apuntó en un papel: «37.000 pesos».

Mientras Leopoldo caminaba por la sala, la señora Delia permanecía en el viejo sillón, mirándolo desconcertada. Entonces él se sentó a su lado. Le explicó que habían encontrado un portal en su baño y, por una cuestión de seguridad nacional, deberían confiscar su propiedad.

La mujer escuchaba las palabras de Leopoldo en silencio. Parecía confundida. Leopoldo le preguntó si no tenía algún hijo a quien llamar. Ella bajó la vista. Era sola, respondió. Ni hijos, ni familia, ni amigos. Vivía con una pensión miserable. Sólo hablaba con su vecina, pero poco. Leopoldo tomó aire, volvió a explicarle lo que sucedía: habían encontrado un portal sonoro en su casa, la misma sería confiscada, ella tendría una semana para desocuparla, al día siguiente se le depositaría en su cuenta bancaria el dinero correspondiente a la confiscación, si no encontraba dónde ir, el Estado le proveería de una casa por un precio no superior al valor de su antigua vivienda (o sea su actual vivienda), en uno de los barrios del sur, claro, pues como todo el mundo sabía la situación inmobiliaria de la ciudad estaba colapsada.

Cuando terminó de hablar, el silencio se impuso durante varios segundos, hasta que lo interrumpió el timbre. En ese preciso instante, Isidro salía del baño.

—¿Le explicaste a la señora?

Leopoldo asintió sin convicción.

—Bueno, hay que dejar a un agente en la puerta, hasta que se instale acá una unidad de escuchas. ¿Te encargás de eso?

Leopoldo volvió a asentir. El timbre sonó de nuevo.

—¿Espera a alguien, señora?

La mujer no contestó.

—¿No va a abrir? —dijo Isidro, levantando la voz.

Como si saliera de un trance, Delia fue hasta la puerta. Un cartero preguntó por el inspector Isidro Rawson. Isidro se presentó. El cartero le hizo firmar una papeleta y le entregó un telegrama. Isidro leyó:

Cuando terminen vengán a la oficina. Arminio Espilinbergo.

—Un telegrama del jefe, quiere vernos. Con las ganas que tengo de tomarme un café.

—Será algo importante —repuso Leopoldo.

—Qué va a ser, seguro que es para romper las bolas. Hoy es lunes, y sabés que a

Arminio le apasiona romper las bolas. Sobre todo los lunes.

—¿Tomó...? —empezó a decir Leopoldo.

Isidro le dirigió una mirada fulminante.

—Per...

Isidro se rascó la barbilla.

—¿Tomaste las notas? —se rectificó Leopoldo.

Isidro sonrió.

—Está hecho, y transcribí unos minutos de conversación, para llevar a la oficina.

Esto no tiene ningún interés.

—¿Marc... marcaste bajo interés? —preguntó Leopoldo, titubeante.

Isidro asintió.

—El jefe se va a enojar...

—Siempre se enoja —respondió Isidro mientras se encogía de hombros—. Yo bajo, te espero en el coche.

No se me ocurrían muchas formas peores de empezar la semana. Me había quedado pensando en la pobre vieja. Seguro que se había pasado la vida en ese departamento, que apenas quería esperar la muerte más o menos en paz. Le arrancamos su último rincón. Tal vez debería redefinir mis notas, tal vez Dios, directamente, no exista. Aunque si no existe, ahí se va a complicar encontrarle una explicación a todo esto. La otra posibilidad es que sea un rompepelotas. Como Arminio. Debe ser eso: cuanto más arriba se sube en la escala de mando, más rompepelotas se vuelve uno.

Leopoldo se demoró como veinte minutos. Si lo hubiera sabido, aprovechaba para tomar un café con leche. Estaba cansadísimo, me dolía la cabeza. Casi no había dormido. Hacía varias semanas que no sufría pesadillas; aquella noche volvió el fantasma del registro #00G73698. Recién a las seis de la madrugada concilié el sueño. Cuando el despertador sonó, ni lo escuché. Llegué una hora tarde a la oficina.

Leopoldo bajó con una cara de pena antológica. Normal: con las noticias que da este chico. Hasta la oficina había como diez minutos en coche. Bueno, con el tráfico de un lunes por la mañana podían hacerse treinta. Durante los primeros cinco ninguno habló.

—¿Estás bien?

—La vieja no terminó de entender. Entendió que se tiene que ir de su casa, sólo eso.

Me sumé a su angustia con un bufido ambiguo.

—¿Sabés hace cuánto tiempo vive ahí?

Por fin me tuteaba. Me costó casi un mes. Es increíble el temor de los burócratas a las manchas en los expedientes.

—Prefiero no saberlo —respondí.

—Hace sesenta años. Ahí se mudó al casarse.

Lo odié: de verdad prefería no saberlo.

—Qué le vas a hacer. Pensá que trabajamos por el bien del país —mentí.

—Sí, ya sé. Pero igual es difícil.

Lo preocupante era que de verdad lo pensaba.

—Ojalá me salgan de una vez las cosas y me pasen a Evasión —dijo—. Por lo menos perseguiría criminales de verdad.

No contesté. En principio, debería acordar con él. La Subsecretaría de Control de Evasión se encarga de capturar a quienes no pagan el impuesto básico. Esos deudores pierden su ciudadanía, cualquier posibilidad de trabajar en blanco, de salir del país, de firmar un contrato, de tener una cuenta en el banco o de conservar sus propiedades. Son parias endeudados con el fisco. Los de Evasión los persiguen, los arrestan y los encierran en cárceles-fábrica, donde trabajan el tiempo suficiente hasta cancelar su deuda. Recién entonces, años después, son puestos en libertad y recuperan su ciudadanía. Varios funcionarios piden el traslado a Evasión: se trata de un trabajo bien pagado en una de las subsecretarías privatizadas.

—La alternativa de Planificación no estaría mal —dije.

—Sí, pero para eso, antes, deberían ascenderme. Hace más de un año que soy auxiliar. Cuando se suicidó Gorostigui supuse que me darían su puesto, pero no, me pusieron a trabajar con vos.

—Voy a hablar con Arminio, le voy a decir que estás para el ascenso. Con aguantar unos meses como inspector te ganás el traslado.

—¿Ya vos por qué nunca te pasaron?

—A mí me lo proponen a cada rato. Siempre lo rechazo. Me gusta este trabajo, estar en la calle, qué sé yo.

—¿No tenés miedo de terminar suicidándote? —me preguntó, serio—. Mirá a Gorostigui, era inspector desde hacía dos años. No lo soportó. En las últimas semanas le habían ofrecido pasarse a Planificación tres veces. Él se negaba, decía que allá lo vigilarían, que prefería la libertad de la calle. Se volvió loco.

—¿Suicidarme? No creo, che. Me faltan pelotas para eso.

—A mí más de uno me dijo que los portales te terminan enloqueciendo.

—Para mí es peor tu trabajo: andar explicándole a personas como Delia que perdieron todo por una especie de lotería mágica.

Leopoldo no respondió. Tampoco volvió a hablar hasta que llegamos a la oficina.

Apenas entramos a la Inspección, Arminio salió de su despacho y nos llamó. Le dije que iba en un minuto. Respondió que fuese ya mismo. Y que llevara los informes.

Qué ansioso. Con las ganas que tenía de tomarme un cafecito.

En su oficina, nos preguntó cómo había ido el allanamiento. Lo pusimos al tanto. Arminio me sacó el informe de las manos, leyó la clasificación salteándose el resto.

—¿Bajo interés? —preguntó.

—Me dio esa impresión —respondí.

Arminio chasqueó la lengua mientras negaba con un gesto. Le dijo a Leopoldo que se retirase; a mí me pidió que me sentara. Mala señal. Si me quería sentado sería para conversar un rato largo. Y yo todavía en ayunas.

Leopoldo salió del despacho. Permanecí de pie. Era mi forma de meter presión para abreviar la charla.

—Sentate —insistió.

No hubo más remedio. Dio unos pasos por la habitación mientras releía el informe. Dejó caer su cuerpo fofo en aquel sillón de jefe: cuero negro, mullido; mucho brillo. Se reclinó. Las articulaciones del sillón emitieron un chillido débil. Después estiró los brazos, como si estuviera desperezándose. Llevó el cuerpo hacia adelante, hasta apoyar los codos en el escritorio. Suspiró con teatralidad.

—¿Cuántas inspecciones hiciste la semana pasada? —preguntó.

Había hecho dieciséis. Una semana movida, mucho más de lo habitual. Se lo dije.

—¿Y las dieciséis eran de bajo interés? ¿La de hoy también es de bajo interés? Decime: ¿a vos te importa la seguridad nacional?

—Muchísimo —mentí.

No lo convencí. Empezó a quejarse de mis informes. Aseguraba que entorpecía las cosas porque, según los procedimientos, se debían realizar tres auditorías para recalificar un portal. Eso significaba, desde su punto de vista, pérdida de tiempo.

Argumenté que me limitaba a evaluar la información de las transcripciones. Si uno escucha una conversación en la que un matrimonio discute sobre las manchas de humedad del cuarto de su hija, no considera que del otro lado haya terroristas planificando un atentado. Arminio disentía. Siempre debíamos dudar, aseguraba. Es interesante: en las escasas ocasiones en que un funcionario del Ministerio del Interior se da permiso para dudar, lo hace como consecuencia de una convicción. Lo he notado varias veces. Para ellos se trata de una medida profiláctica y meditada.

Arminio evitó empantanarse en la teoría. Agarró una de las hojas y leyó:

—*¿Pero vos habías visto o no lo del cuarto de la nena?*

—*¿El qué?*

—*Viejo, lo de las manchas. Se van a terminar descascarando todas las paredes.*

—*¡Pero para! Dejame descansar. Me paso todo el año laburando y vos dale que te dale con pintar la casa. Siempre la misma historia. Si al final se termina descascarando igual.*

—*Bueno, viejo, pero entonces yo no limpio más, que nos tape la mugre. Si total, la casa se va a ensuciar de nuevo.*

—*Está bien, está bien. Dame unos días, voy a consultarlo con la gente de la pinturería, a ver si me recomiendan alguna pintura buena, porque la última que usamos resultó una porquería.*

Arminio terminó de leer y se quedó mirándome. No estaba seguro de qué pretendía. Estaba clarísimo: ese portal no reportaba ningún interés. Nadie escucha los portales de bajo interés. Se instala allí una transcriptor automática y las transcripciones se archivan sin revisar. Sólo son leídas en caso de que un juez las solicite como prueba en un proceso abierto. En los portales de interés especial hay constantemente un transcriptor escuchando. Si detecta indicios de actividad terrorista o delictiva, eleva un informe al juzgado de turno.

—Lo que no entiendo —dijo Arminio— es cómo podés asegurar, así, con tanta liviandad, que el portal es de bajo interés. Sos un irresponsable.

—Jefe, no lo tome a mal, pero lo que usted acaba de leer es una conversación como la de cualquier matrimonio de más de veinte años. Lo que habría que hacer es tapar ese portal y dejar a la pobre vieja tranquila.

—Ahí está —dijo—. Te involucrás emocionalmente, por eso no hacés evaluaciones objetivas. Deberías tomarte las cosas con más frialdad.

La pobre vieja me daba algo de lástima, pero tampoco como para exagerar. Si le sacaban la casa no me iba a cortar las venas. La cuestión residía en que el portal no reportaba ningún interés. Eso estaba claro.

Se lo expliqué.

—Sin embargo, te equivocás —dijo—. Fíjate que tranquilamente puede ser una reunión entre dos representantes de células terroristas. Lo de «pintar el cuarto de la nena» puede significar hacer una operación. «Una mancha de humedad» puede ser un objetivo clave dentro del Gobierno. Eso de que «la pintura del año pasado no fue buena» bien podría hacer mención de algún golpe frustrado, y lo de «la gente de la pinturería» podría referir a integrantes de otra ala de la organización, tal vez los encargados de la inteligencia.

Impresionante. En verdad me sorprendió. Aunque yo sabía que el motivo para clasificar los portales como de interés especial era otro: cuantos más portales de interés especial surgiesen, más transcriptores necesitaría la Inspección General. Cuanto más grande fuera el aparato, más presupuesto manejaría y más peso político ganaría dentro del Poder Ejecutivo.

Arminio insistía en que la ciudad atravesaba un momento delicado. No debíamos bajar la guardia ni un instante. Me parecía absurda su afirmación. Desde hacía años no se producía ningún atentado. Se lo dije. Arminio aseguraba que yo no disponía de acceso a una visión global, que manejaba datos fragmentados. Según él, me precipitaba con mis conclusiones.

—Ahora andá, reescribí el informe y poné que es de interés alto. Necesitamos saber qué pasa ahí.

Respondí que sí. Al fin y al cabo, me daba lo mismo. A veces le discuto nomás porque es mi jefe.

—Otra cosa —dijo Arminio cuando estaba a punto de levantarme—. En Planificación necesitan gente y pensé en vos. Estás calificado. De hecho estás sobrecalificado para el puesto de inspector.

Iba a rechazar la oferta, como había hecho ya en once oportunidades. Arminio se anticipó:

—Tranquilo, no te apures. Todavía quedan varios días. Vos pensalo y el viernes me contestás. Y pensalo bien. Hace demasiado tiempo que estás acá, no podés seguir como inspector. Vas a terminar quemado.

Abrí la boca para responder. Él me detuvo con un gesto.

—¿No tenés miedo? Sos raro, eh. La mayoría de tus compañeros está hace un año. Ninguno tiene más de dos años. Todos ruegan por el traslado.

—Yo no.

—Vos no. Y eso es lo raro. En Planificación vas a ganar el doble. Y vas a estar menos expuesto.

—Acá estoy cómodo. Y no necesito más plata.

—¿Sabías que ayer se mató Figueroa? Estaba inspeccionando un portal en un décimo piso. Se tiró. Así nomás. Abrió la ventana y se tiró. Su auxiliar dice que no había notado nada raro en él. Hace dos semanas encontraron el cuerpo de Durán en el baño de su casa. Se colgó. Y no necesitás que te recuerde lo de Gorostigui. Con Leopoldo habrás conversado del tema.

—Arminio, yo le agradezco su preocupación, pero soy inmune. Los portales no me afectan. Aparte, en Planificación también hubo casos de suicidios.

—Pero mucho menos, eh. Hay estadísticas. El trabajo allá es un cuatrocientos sesenta y dos por ciento más seguro. Ojo.

Estadísticas, siempre había estadísticas.

—Voy a considerar su consejo. Gracias —al fin y al cabo, algo debía decir.

—Espero que lo hagas. Pensá también que hay que darles lugar a otros auxiliares. Si no lo hacés por vos, hacelo por ellos.

—Hablando de eso, Leopoldo ya debería ser inspector. Tiene suficiente experiencia.

—Sí, estamos de acuerdo. Pero la plaza de Gorostigui la ocupó el pibe Rubio. Yo, si no autorizan más plazas, estoy atado de pies y manos. Ahora Leopoldo es el auxiliar con más antigüedad. Si aceptás el traslado, tu puesto es suyo.

No respondí. Hubiera sido absurdo. Calculé que en un par de meses, como mucho, se suicidaría algún inspector y Leopoldo ganaría su ascenso.

—Y trae el informe bien escrito para última hora de hoy —agregó.

Asentí. Abrió una carpeta y fingió estudiar unos documentos. La reunión había terminado.

Isidro, en el bar, mira su cuaderno de tapa dura, roja.

Quiere entender.

Están los portales.

Está una ciudad invadida por el caos o la magia.

Está Dios, ese Dios tramposo, indescifrable.

¿Y si Dios no existe?, piensa Isidro.

Pero, si no existe, ¿quién explica esta ciudad carcomida por el sinsentido?

Los portales comenzaron a aparecer hace años. Nadie sabe por qué, dónde aparecerá el próximo, a dónde comunican. ¿Puede ese absurdo ser fruto del azar?

Y en todo caso, ¿por qué hay que saber por qué?, piensa Isidro mientras garabatea palabras sueltas en su cuaderno. Palabras con las que persigue la calma, pasa el rato, reflexiona más despacio, abre preguntas y hasta ensaya respuestas.

¿Y por qué debe haber un por qué?, piensa Isidro mientras ve a la morochita linda, hermosa, labios carnosos, pies pequeños, andar liviano. No sabe ni cómo se llama y eso es lo mismo que el vacío. Es como flotar en un lugar lejano. Ella se mueve inquieta entre las mesas, como si bailara sin bailar, como si con su andar dibujara la música que a Isidro más le gusta.

Ella se acerca. Él le pide un café con leche y dos sobrecitos de azúcar.

Y ahora, ¿qué? piensa Isidro. ¿Otra hipótesis? ¿Abrir un nuevo camino? Ha emprendido decenas de caminos. Ni la ciencia ni la filosofía ni la religión lograron ayudarle. Es la persona que más portales conoce en la ciudad: el inspector con más años de oficio. Ha visto de todo y sabe mejor que nadie que no ha visto nada.

La morochita de labios carnosos le trae el café, él trata de sonreír. Le sale mal. Tuerce el labio como si fuera un idiota. O al menos eso cree. Ella apenas si hace un gesto sutil con la cabeza, aunque en sus ojos él adivina una sonrisa enorme o una capacidad enorme para sonreír. La ve irse de nuevo hasta la barra. Es delgada hasta el escándalo. Sus movimientos sutilmente provocativos y por instantes inseguros la vuelven valiente y frágil.

A Isidro no le gustan las mujeres desgarradas, sin embargo a ella la siente hermosa.

Eso lo asusta.

Y el miedo es una sensación inhabitual para él.

Quiere decirle algo, cualquier cosa, pero cuando ella se acerca le aturde la confusión.

Isidro desea escapar: piensa en los portales, en ese Dios indescifrable, en la ciudad convulsionada por fuerzas desconcertantes.

Isidro escribe:

Hipótesis de trabajo n° 257:

Dios sólo quiere rompernos un poco las bolas: se aburrió de aburrirse.

Apenas dobló la esquina, Witold empezó a correr tan rápido como le dieron las piernas. No miró atrás ni se detuvo hasta llegar a la calle 23. Se metió en un descascarado edificio de fachada triste. En el tercer piso contaba con un departamento seguro. Una vez dentro, pasó la tranca, se acurrucó junto a la ventana y esperó. La cuadrilla de Evasión recorrió la calle de un lado a otro varias veces. Pocos segundos después apareció un tipo vestido con camisa y corbata. A diferencia de los agentes, se movía despacio. Era alto y obeso, pesaría más de ciento veinte kilos. Se plantó en medio de la calle y echó una mirada a las ventanas de los edificios, como sabiendo que Witold estaba ahí, observándolo. Sudaba. Se secó la cara con un pañuelo que llevaba en la mano.

Witold temió que el gordo mandara registrar los edificios. Lo había visto más de una vez: a la mínima orden de un inspector de Evasión, llegaban decenas de agentes de refuerzo; en pocas horas allanaban todas las casas de un barrio. Pero eran las tres de la madrugada, el gordo parecía agotado. Al fin y al cabo, pensó Witold, aparte de inspector, también era un ser humano: sin duda se moriría de ganas de irse a la cama de una vez.

Witold se acostó. Lo mejor sería esperar a que se calmase el ambiente. Desaparecería del barrio antes del amanecer. Había pasado la mitad del día huyendo, necesitaba descansar. Presionó fuerte contra su pecho el manuscrito con la novela recién terminada.

Sonrió.

Cerró los ojos.

No tardó en dormirse.

El martes fue un día liviano: ninguna salida, apenas papeleo. Como a las cinco estaba en casa. Lo primero que hice al llegar, como siempre, fue poner a calentar el agua para el mate. No me saqué la corbata porque hubiera sido tentar al destino. Al fin y al cabo, estaba en horario de trabajo. O sea que Arminio tenía pleno derecho de incordiarme, incluso en los límites de mi propia casa.

Entonces sonó el timbre. No esperaba a nadie: estaba claro que Arminio, telegrama mediante, se metía en la intimidad de mi hogar.

Cuando abrí la puerta, un hombre del servicio postal sonreía con la sonrisa reglamentaria de los hombres del servicio postal. Extendí la mano, esperando el telegrama.

—¿El señor Isidro Rawson?

Asentí, mientras mantenía la mano extendida.

—No, no... No traigo un telegrama, pertenezco al departamento de promoción —dijo señalando un distintivo en su pecho—. Si me permite un momento, le informaré sobre un nuevo servicio que sin duda le interesará.

Le dije que no. Él insistió, argumentando que me robaría apenas dos minutos. Antes de responderle, recordé que tenía el agua en el fuego. Corrí hasta la cocina.

Apenas saqué el agua del fuego, noté que me había seguido.

—¿Qué hacés acá?

—Estamos informando a los vecinos sobre un servicio nuevo, revolucionario, que lo mantendrá cien por ciento localizable, las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año.

O era imbécil, o se hacía el imbécil. En cualquiera de los dos casos, me había dado la suficiente lástima como para no echarlo a patadas. Le dije que hablara. Busqué unos bizcochitos de grasa en la alacena.

—Empezaré con una pregunta: ¿cómo lo localizan cuando lo necesitan?

—Me envían un telegrama, como a todo el mundo —respondí.

—¿Y si la persona no sabe dónde está usted?

—Siempre pueden mandarme una carta.

—Comprendo, señor Rawson. Sin embargo, muchas veces, las noticias son urgentes. En el mundo de hoy, las personas necesitan estar localizables. Por este motivo, en la Oficina Postal hemos diseñado dos servicios pensando en la comodidad de nuestros usuarios...

—No me interesa.

—Serán apenas dos minutos.

Cinco minutos antes me había dicho lo mismo. Se lo hice notar. Se demoró un instante buscando una respuesta.

—Serán apenas dos minutos —repitió exagerando la sonrisa.

Asentí, resignado.

—Bien, primero le presentaré el servicio *Siempre ubicable*. La vida de muchos de nuestros usuarios, y tal vez sea su caso, responde a ciertos hábitos. Como es de

comprender, hay quienes deben ubicarlo pero desconocen su rutina. ¿Cómo evitar los trastornos de no estar ubicable? Muy sencillo; por una módica cuota, en nuestras oficinas centrales contaremos con un listado de sus compromisos, de manera que no será necesario que quien le envíe un telegrama sepa dónde está usted: nosotros nos encargaremos de hacerle llegar el mensaje. Y si en alguna ocasión debe cambiar de rutina, con acercarse a cualquier sucursal de correos tomaremos nota de inmediato. Como sabe, a lo largo de la ciudad hay una sucursal cada trescientos metros.

Me alegré al saber que el servicio me resultaría inútil. Sin embargo, el promotor arremetió con una alternativa: el servicio *Telegrama flotante*. Para ahorrarle frustraciones, le advertí que no me interesaría. Me pidió una oportunidad: sólo le tomaría dos minutos. ¿Qué podía decirle?

—Sin duda el servicio *Telegrama flotante* se ajustará a sus expectativas. Con él, cualquier telegrama que lo tenga como destinatario se reenviará a todas las sucursales de la Oficina Postal, donde permanecerá archivado durante veinticuatro horas. Piense que, al haber cientos de sucursales a lo largo y ancho de la ciudad, es muy fácil pasar cada media hora por alguna de ellas y acceder a los telegramas que tenga en flotación.

No sólo que esos servicios me parecían poco útiles, aparte me parecían francamente indeseables. ¿Para qué quería facilitarle a Arminio la tarea de molestarme? Lo adecuado hubiera sido volar al promotor de una patada. Aunque había algo en él, en su sonrisa de manual, en su discurso ajeno, que me daba mucha lástima. Una lástima asfixiante.

—¿Querés un amargacho? —le ofrecí mientras le extendía un mate, intentando escapar a esa escena penosa.

Él negó sin borrar de su rostro la sonrisa exagerada.

—Y cualquiera de estos servicios, por una cuota mensual de sólo 76,99 pesos, y un variable de cincuenta y dos centavos por cada telegrama que reciba una vez superados los primeros cien. ¿Qué le parece?

—¿Seguro que no querés un mate?

Asintió, todavía con esa sonrisa artificial. Ahí, la lástima se diluyó en el deseo profundo de insultarlo minuciosamente. Preferí, con toda la buena educación de la que fui capaz, pedirle que se retirara.

Antes de irse dijo entender que no quisiera tomar decisiones precipitadas, que le parecía razonable que meditara al respecto. Prometió volver en unos días.

Le cerré la puerta en la cara.

No había dado ni tres pasos cuando el timbre volvió a sonar. Abrí dispuesto a pegarle. En lugar del promotor, encontré a un tipo obeso, de barba tupida, pelo largo enmarañado. Llevaba lentes oscuros, sombrero y sobretodo.

—Estaba buscando a mi hermanito —dijo.

Escuchar esa voz me desencajó: del otro lado de la puerta, con un aspecto que lo volvía irreconocible, estaba Witold.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Creo que asentí con un gesto bastante idiota. Al fin y al cabo, me sentía como si me visitara un fantasma. Entró con una naturalidad que me resultó de mal gusto. Fue a la cocina. Se sacó la barba postiza, los lentes, el sombrero y el sobretodo. Bajo del sobretodo, un arnés sujetaba a su abdomen un almohadón. También se lo quitó.

—Iba a una fiesta de disfraces —dijo.

Cebó un mate y lo probó. Su cara se distorsionó en una exagerada mueca de asco. Mientras silbaba, cambió la yerba. Hacía años que había desaparecido, ahora venía a casa y actuaba como si todo siguiera igual. Como si hubiera atravesado un agujero de gusano y no fuera consciente del tiempo sin vernos. Cebó un mate y lo tomó rápido, con una chupada profunda. Después cebó otro y me lo pasó.

—¿Qué hacés acá? —pregunté.

—Vengo a tomar unos mates con mi hermano. ¿Qué tiene de raro eso?

Era el tipo de respuesta que se podía esperar de él. Ante mi insistencia me explicó que durante los últimos tres años había vivido fuera de la ciudad, en la granja de unos amigos. Ellos cultivaban la tierra y criaban animales de corral. Él les enseñaba a sus hijos a leer y a escribir, también colaboraba en el mantenimiento de la casa. A cambio, le daban alojamiento y comida. Durante esos años se había dedicado a escribir una novela. La había gestado poco antes de que los hombres de Evasión fueran tras él.

—La verdad, nunca planifiqué esto —dijo—. Dejé de trabajar porque necesitaba escribir, dejé de pagar el impuesto porque no trabajaba. Al final no me quedó otra que desaparecer.

—Y ahora, de repente, se te ocurre volver...

—Es que terminé la novela —dijo mientras dejaba sobre la mesa un manuscrito—. Pensé en regularizar mi situación. Me están buscando, anoche casi me atrapan. Si me agarran me van a caer cinco años en una cárcel-fábrica.

Típico de Witold: actuar sin pensar y después no hacerse cargo de las consecuencias de sus actos. Evadir tenía un costo, y eso lo sabía todo el mundo. Sin embargo, él se creía en derecho de saltar la ley: según él, pagar impuestos sólo servía para alimentar a un poder despreciable. No quería aceptar que con esos impuestos se mantenía la ciudad.

—¿Vos sabés que el noventa y dos por ciento de lo que se recauda del impuesto básico se lo lleva CONTROLIMPOSA? —dijo intentando justificarse—. ¿Y que de las ganancias de las cárceles-fábrica, sólo el veinte por ciento se destina a saldar la deuda de los evasores? ¡Pagamos impuestos para mantener a la empresa que persigue a los evasores impositivos!

—Estás hablando como un terrorista.

—¿Por qué? Estoy dando datos objetivos...

Los datos objetivos no existen. Y yo empezaba a acariciar mi objetivo e inalienable derecho de patearle la cabeza. Prerrogativas de un hermano mayor. Pero

me contuve, argumenté mi postura de forma diplomática:

—Mirá, la verdad es que en CONTROLIMPOSA laburan más de cien mil personas. Sin esa estructura, esa gente estaría en la calle. Acordate de que el mercado laboral estaba colapsado hace diez años. Estamos mejor así.

—Vos estás mejor, a mí me persigue un gordo sudado que me quiere meter preso. Y la gente a la que le confiscás la casa, ¿esos también están mejor? ¿Quién fue la última víctima de la seguridad nacional? ¿Una madre soltera? ¿Un enfermo terminal? ¿Una viejita sola?

Definitivamente, aquella no me parecía una forma estimulante de reencuentro. Le concedí la razón. Si ni siquiera tenía ganas de hablar de política. Él coincidió en que no le interesaba el tema: había venido a pedirme un favor. Quería regularizar su situación, pero saltándose la etapa en la cárcel, claro. Yo no llegaba a comprender cómo podía ayudarlo. No contaba con tanto dinero como para saldar su deuda. Entonces hizo una pausa. Tomó una bocanada de aire. O tal vez se trataba de coraje. Esperé sin presionarlo.

Por fin habló: estaba al tanto de los planes de reinserción que podían conseguir los funcionarios influyentes: la condonación de la deuda de un evasor, un trabajo.

Esos planes existían, pero yo no tenía ni por asomo un cargo que me permitiera concederlos. Y era mala época para pedir favores. Faltaba menos de un mes para las elecciones y en el Ministerio todos andaban asustados. En esas semanas se reacomodarían las fichas de cara al próximo periodo. Se repartirían ascensos y guillotinizos.

Witold insistió. Dijo que podía trabajar como transcriptor: era rápido en el teclado y tenía buenos conocimientos de sintaxis y gramática. Al fin y al cabo, agregó con ironía, entre un escritor y un transcriptor no hay tanta diferencia.

—¿Hace treinta segundos sugerías que yo era un hijo de puta por mi trabajo y ahora querés entrar en la Inspección?

—No lo sugería, lo afirmaba. Y yo también soy un hijo de puta; es eso.

—¿Por qué ese interés en la Inspección? ¿Te volviste un patriota?

Witold chasqueó la lengua. Una sonrisa cínica se dibujó en sus labios.

—¡No jodas! Me interesa por las historias que hay en el aire. Esa gente escucha todo lo que pasa en la ciudad: una fuente inagotable para un escritor.

Se equivocaba. El puesto de transcriptor era francamente aburrido: siempre destinado al mismo portal, a escuchar a las mismas personas. La vida de la mayoría de ellas resulta insoportable. Por otra parte, para trabajar en el Ministerio debía carecer de antecedentes penales e impositivos.

Aunque tal vez, tocando algún contacto, podría conseguirle un plan de reinserción y un trabajo sencillo, en mantenimiento, por ejemplo. Dudaba de que Witold mereciera ayuda, pero seguía siendo mi hermano.

Le expliqué que lo intentaría, aunque insistí en que no era el mejor momento. Él asintió sin énfasis. No parecía muy agradecido.

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Tenés plata?

—Algo de guita no me vendría mal.

—¿Por qué no te quedás acá?

—¿Estás loco? Vamos a terminar los dos presos.

Traté de adivinar hasta qué punto estaba siendo sincero. Por un momento sospeché que sólo quería una cosa de mí: dinero. ¿Volvería a desaparecer? En fin, con Witold nunca se sabía.

Fui a mi habitación a buscar la plata. Regresé con un pequeño fajo de billetes. Había unos mil pesos: la mitad de mi sueldo.

—Déjame alguna dirección donde te pueda localizar.

—Mejor no —respondió—. Yo te ubico.

Me hubiera encantado compartir una buena cena con él, ponernos al día después de años sin vernos. Pero permanecer mucho tiempo en casa resultaba peligroso para los dos, dijo.

Se puso el disfraz, tomó la novela, me besó en la frente y salió del departamento.

Después de la caída del sol, casi nadie se atreve a visitar el Barrio Marítimo. Está ubicado en el lado este de la ciudad; se lo considera peligroso. Por la noche, la presencia policial es inexistente; muchas de las angostas calles son ganadas por marginales. El transporte público, en esta zona, funciona hasta las doce. Ni siquiera hay oficinas postales de guardia. El desamparo contamina el aire volviéndolo denso, áspero.

Los ciudadanos del Barrio Marítimo son trabajadores que sólo aspiran a vivir en paz. En cuanto ven la oportunidad, se mudan. Aunque rara vez lo logran. Quien abandona el Barrio Marítimo, abandona su casa: aquí, el valor de las propiedades es nulo. Los marginales ocupan las viviendas deshabitadas. Los marginales suelen ser gente inofensiva: desgraciados que durante las primeras horas de la noche recorren las calles de otros barrios hurgando en la basura, y como a las dos o tres de la madrugada regresan con botines miserables, imprescindibles.

El miedo al Barrio Marítimo fue sembrado desde la ficción. Apenas echó raíces, llegaron quienes prefieren las zonas sin reglas o con reglas distintas. Son los menos. Pero son.

Los marginales, por supuesto, han perdido la ciudadanía. Sin embargo, CONTROLIMPOSA no hace búsquedas aquí. Estos deudores ya no conservan ninguna habilidad que los pueda vincular con el sistema. Su incapacidad de integrar una cadena de montaje los vuelve inútiles en una cárcel-fábrica. Muchos de estos marginales son mayores de sesenta y cinco años. A partir de esa edad se vuelven «deudores libres»: ya no pesan sobre ellos órdenes de captura. Sin embargo, para ser readmitidos como ciudadanos, deben pagar cuanto deben al fisco. Recién al cumplir ochenta años se les permite presentar ante un juzgado de paz una solicitud de reincorporación. Si se le da curso, se les condona la deuda.

La mayoría de los deudores libres muere antes de cumplir esa edad. Muchos, a pesar de cumplirla, no logran recobrar la ciudadanía debido a las complejidades burocráticas de la gestión. No es raro ver, durante las noches, ancianos que, desalentados o hartos, se adentran en el mar para morir. Le dicen «la muerte dulce», debido al olor ligeramente dulzón de los vertidos arrojados al agua por las fábricas cercanas: esos químicos adormecen a una persona en pocos segundos. Por la madrugada, el mar arroja a la costa decenas de cuerpos. El rigor cronométrico de las mareas facilita el trabajo de las instituciones sanitarias: cada amanecer se acercan a la costa varias ambulancias para recoger los cuerpos.

Hace diez años, este era un barrio como cualquiera. Hay quienes aventuran que cayó en desgracia por la presión de grupos inmobiliarios, que intentaron hacerse con él para desarrollar inversiones fuertes. Ellos habrían promovido su decadencia con la idea de comprar luego las propiedades a precios de remate. La policía era parte fundamental del negocio. Primero, debía abandonar la zona a la anarquía hasta que las propiedades se desvalorizasen. Luego, una vez que los grupos inmobiliarios se hicieran con el barrio, debería borrar a los indeseables de las calles. Sin embargo, la

negociación se habría trabado: nunca se dio el segundo paso.

Aprovechando la coyuntura, se instalaron las primeras fábricas en la costa. Los propietarios de las fábricas ven con buenos ojos la pobreza, pues les representa una fuente inagotable de mano de obra barata. Según dicen, el sector del poder político que negociaba con los grupos inmobiliarios utilizó las primeras fábricas como factor de presión. La posibilidad de recalificar los terrenos para uso exclusivo de residencias era posible, pero debía concretarse antes de que el impulso industrial cobrara un vigor aplastante.

Los grupos inmobiliarios trasladaron su proyecto a la sierra oeste.

Poco después, el Gobierno habría decidido erigir las plataformas petrolíferas que hoy se ven en el horizonte.

El Poder perdió la motivación para limpiar las calles de miserables. Los miserables vieron así salvaguardadas su vida y su miseria.

Es difícil conocer la veracidad de estas versiones. Aunque son perfectamente creíbles. Yo, que habitaba la periferia del Poder, había visto actitudes así de siniestras.

Hace años solía recorrer el Barrio Marítimo casi a diario. Por entonces era, sin duda, el más bonito de la ciudad. Hoy, a pesar de haber caído en desgracia, conserva para mí un encanto particular.

Cuando estoy asqueado de la rutina me vengo hasta la playa. Me encanta, durante la noche, ver los destellos color ámbar sobre el horizonte, producidos por los gases que queman las plantas petrolíferas. El mar ha adquirido en los últimos años un tinte cobrizo, casi fosforescente, debido a los vertidos de las fábricas. En las noches de luna llena forma un espejo sensual que se funde con el ámbar del horizonte. Es un espectáculo hermosísimo y triste.

Antes de la debacle del Barrio Marítimo, durante los días de calor, las playas se llenaban de gente dispuesta a pasar aquí las tardes. Ahora, algunos hombres vienen por las noches. Por cinco pesos consiguen una felación. Muchas marginales mantienen a sus familias de esta manera. En una noche realizan unos cuatro o cinco servicios. Y no pagan impuestos. No es un gran negocio, pero lo prefieren a ver a un hijo pasar hambre. O a ser molidas a palos por su pareja.

Yo iba allí en busca de tranquilidad. Elegía una playa del extremo sur, donde no había hombres persiguiendo una cuota de placer miserable y rara vez aparecían ancianos para darse el último chapuzón.

Aquella noche estaba sentado en la arena, mirando una llamarada en el horizonte que se movía hipnóticamente. Podría pasar horas así. La llamarada, después de algunos segundos, perdía fuerza. Entonces estallaba otra que imitaba la danza. El rumor del mar acompañaba esos movimientos.

Habrían pasado veinte o treinta minutos cuando reconocí, a mi izquierda, una sombra que se acercaba. Era la figura de una joven. Tendría unos quince años. Sus piernas, largas y delgadas, parecían frágiles aunque bien formadas; la cintura breve exageraba las curvas de su cadera. Cuando estuvo a pocos pasos de mí, se detuvo. Un

farol la iluminó, permitiéndome distinguir sus pechos pequeños y duros. Llevaba un escote suelto y generoso; aunque no usaba corpiño, sus tetitas se mantenían erguidas. El pelo oscuro estaba sucio, revuelto. Sandalias viejas enfundaban sus pies diminutos. Tenía los ojos rasgados, sugerentes. Marcas de viruela le atravesaban el rostro. Sus labios, muy finos, estaban pintados de un rojo rabioso.

Se arrodilló a mi lado y, sin decir palabra, me miró a los ojos. Su mirada era inocente y provocativa.

Por un instante bajé los ojos hasta su escote. Era apenas una niña pero era también una mujer. Sus tetitas firmes se ofrecían tentadoras. Hacía casi cinco años que no me acostaba con nadie. Nunca pensaba demasiado al respecto, simplemente suponía que el deseo se había apagado en mí. De la misma manera que se había apagado el interés por la literatura. Desde hacía tiempo, todo me daba lo mismo.

Era como estar muerto. Y si no lo estaba, se debía a mi falta de coraje. Guardaba, en casa, cuatro metros de sogá. La había comprado la misma tarde que me dejó Natalia, la última mujer por la que sentí algo. Desde entonces, cada dos o tres meses sacaba la sogá del cajón y fantaseaba con ponerle fin a mi rutina. Tarde o temprano, pensé siempre, debería tomar aquella decisión. Cuando me enteraba del suicidio de algún compañero, me decía que pronto llegaría mi turno. Siete años como inspector, nadie soporta eso. Un día cualquiera, el detonador mágico me empujaría al suicidio. Después de todo, en nuestra ciudad, la magia ya no era una alternativa imposible.

Pero el detonador mágico no llegaba. Yo seguía adelante con una vida chata, empujado por una inercia que ni siquiera me asfixiaba. Me aburría, apenas. El aburrimiento cansa, pero no lo suficiente. No hace mucho empecé a sospechar que de la misma manera que me daba lo mismo vivir, me daba lo mismo morir. Esa indiferencia era mi ruina.

Alguna vez creí que la indiferencia había aparecido tras abandonar la literatura. Cuando aún escribía, el acto literario resultaba para mí un motor.

Sin embargo, era menos: un simple acto de escapismo.

Cuando Natalia se fue, atribuí su abandono al resentimiento: estaba celosa de los fantasmas que yo abrazaba con mis novelas, me dije. Mucho después entendí mi error. No la motivaron los celos sino la tristeza. Tristeza de verme rendido, usando mi pulsión literaria como maquillaje.

Es verdad que por entonces tenía (o creía tener) dos o tres cosas que decir. Y estaba dispuesto a jugarme las tripas haciéndolo. Pero fuera de la literatura, el ritmo de mis pasos estaba marcado por la misma inercia hueca de hoy.

Ahora puedo entenderlo: Natalia había sido capaz de ver mi esencia. Y lo que había visto le había aterrorizado: un muerto en vida. O peor, un hombre sin vida que ni siquiera tenía coraje para dejarse morir.

Durante un instante, aquella niña o mujer me miró a los ojos. Por momentos llevaba su vista a mis labios; se movía como si fuera una cobra dispuesta a atacar: lenta, sensual, paciente.

Vi en sus ojos rasgados el destello de una llamarada.

Era hermosa.

Ella, sus tetas pequeñas y duras, sus finos labios rojo rabioso, el reflejo de la llamarada: todo era hermoso.

Me sentí, durante un instante, eufórico.

Volví a mirar sus pechos insinuantes.

Ella sonrió sin mostrar los dientes, apenas arqueando los labios. De alguna manera adivinó la agitación de mis entrañas. Muy despacio, llevó la mano derecha hasta mi sexo.

La tomé por la muñeca; aparté su mano. Negué con un gesto.

Su expresión cambió, dejó de ser la de una mujer segura para volverse la de una niña. Inclino su cabeza hacia la izquierda, con dulzura. Con la mano que yo le había apartado, hurgó bajo su vestido. Después la acercó a mi nariz.

Un olor fuertísimo a sexo de mujer entró como un torrente hasta mis pulmones.

Era un olor profundo, penetrante.

Sufrí una erección de caballo. No pude evitar mirarme el pantalón abultado. Ella rió mostrando sus dientes negros. Despacio, en silencio, me desabrochó la bragueta.

Yo escuchaba el rumor del mar, veía la luz ámbar en el horizonte, aún sentía el olor penetrante a sexo de mujer. Cuando bajé la vista, ella me dirigió una mirada triunfal.

Eché la cabeza hacia atrás, me recosté en la arena.

Entonces recordé el puto maquillaje, la huida de Natalia, la sogá en un cajón en mi casa, la mirada triste y desamparada de Delia, la rutina de mi día a día.

Noté, de inmediato, cómo se desinflaba mi euforia.

Aparté su mano y me subí la bragueta. Busqué en mi bolsillo. Encontré varios billetes de veinte pesos. Se los di. Ella guardó el dinero en una cartera muy pequeña que traía cruzada al cuerpo.

Una llamarada estalló con más fuerza de lo habitual: durante un instante, el fogonazo iluminó la playa.

Me recosté en la arena. Cerré los ojos.

El mundo estaba casi vacío, casi apagado. Sólo había el rumor tenue de las olas, el olor dulzón de los vertidos, la cercanía cómplice de la niña mujer.

Poco después sentí que ella se acostaba a mi lado. La abracé sin abrir los ojos.

Y me dormí.

Me despertaron los primeros rayos de sol. Estaba en la playa, vestido con saco y corbata. Junto a mí, varios hombres del servicio de salud retiraban los cadáveres que el mar escupía.

Me incorporé despacio. Permanecí un instante sentado. Busqué en derredor, no vi a la niña mujer. Al pararme sentí la suavidad de la arena.

Me habían robado los zapatos.

Una mirada rápida me bastó para ver varios cadáveres, al menos diez o doce. Uno de los hombres del servicio de salud, sin que se lo preguntara, me dijo que las mareas llevaban los cuerpos hasta esa playa. Por eso ahí rara vez había prostitutas: entre ellas corría el rumor de que el lugar estaba maldito. Yo nunca había permanecido allí hasta el amanecer, nunca había visto el desagradable espectáculo.

Cerca de mí pasaban obreros que iban hacia una de las fábricas. Al verme hacían chistes groseros, imaginando que me había dormido tras una noche con una prostituta.

Algunos chistes sugerían que las prostitutas habían sido dos.

Otros, buscando una vuelta de tuerca, sugerían que esas chicas habían sido travestís.

Comencé a caminar rumbo a casa, descalzo. Le había dado todo mi dinero a la niña mujer.

Estaba claro que llegaría tarde al trabajo. Hubiera mandado un telegrama para avisar, pero sin dinero era imposible.

Al menos contaba con el tiempo suficiente para inventar una excusa.

Witold se levantó de un salto. Se puso los zapatos y se asomó al pasillo. Dudó un segundo. A la derecha tenía la cocina; atrás, la puerta que comunicaba con el exterior. Calculó si alcanzaría la escalera a tiempo. Concluyó que no. Buscó la única salida: el balcón. Antes agarró, de arriba de la mesa, el manuscrito con su novela.

Una vez en el balcón, miró la calle: estaba en el quinto piso. Pensó que tal vez podría llegar hasta el departamento de abajo. Sintió un escalofrío. Aunque peor que el miedo a la altura era el de caer en las garras del gordo de Evasión. No había agentes apostados en la puerta del edificio, y eso lo sorprendió. Dudó de nuevo. Estaba en una casa segura. Si hubiera un procedimiento, ya habrían rodeado la manzana de agentes.

Se restregó los ojos. De a poco se le aclararon las ideas. Había soñado con el gordo persiguiéndolo. Recordó los detalles del sueño, al gordo ladrando. Sintió unas cosquillas que le nacían en las tripas y acaban en sus labios en forma de carcajada.

Entró de nuevo en la sala. Echó una mirada al departamento: seguía tan seguro como podía serlo una casa segura de los Vanguardistas. Se sentó en el sillón, trató de relajarse. Dejó la novela sobre la mesa y fue a la cocina, con la idea de preparar un tilo. Pero alguien golpeó la puerta. Witold miró la hora: las siete y media. Varinia y Orson pasarían a verlo, aunque no creía que tan temprano. Por un instante permaneció inmóvil, esperando. Entonces escuchó más golpes: tres seguidos, una pausa, dos espaciados. Eran ellos. Abrió.

Varinia lo besó en los labios y lo abrazó. Orson se quedó tras ella, cerró la puerta. Cuando Varinia se separó de Witold, Orson lo saludó con una palmada en la espalda. Pasaron los tres a la sala. Ninguno hablaba.

Witold: pensé que no aparecerían antes de la noche. **Varinia:** si querés nos vamos.

Witold sonrió; se acercó a ella y mientras le apoyaba su mano derecha en las nalgas, la volvió a besar.

Orson: bueno, yo venía para salvarte la vida, pero si preferís me voy y los dejo solos. **Witold:** ¿cómo es eso? **Orson:** nos tenemos que pirar, esta ya no es una casa segura. Ayer me tocó el turno de noche. Entre los papeles de la oficina del jefe había una nota con los procedimientos para la semana. Va a haber movimiento por este barrio, una serie de controles en las casas deshabitadas, o algo así.

La cara de Witold palideció.

Orson: salimos ya, agarrá tus cosas. **Witold:** tengo lo puesto y la novela... **Orson:** ¡dios mío! ¡Siempre como un gitano!

Witold recogió la novela.

Witold: ¿hay tiempo para un tilo? **Varinia:** ¡no!

Pero Witold estaba mirando a Orson y no vio su gesto. Ella lo sacudió del hombro. Witold se dio vuelta. Entonces Varinia lo repitió.

—¿Me extrañaste? —le preguntó Varinia a Witold, una vez en la calle.

—Para nada.

—¿Y a mí? —preguntó Orson.

—No hubiera soportado un día más sin verte —respondió Witold.

Los tres rieron.

—¿Cuáles son los planes?

Varinia: nos avisaron de un portal que no se denunció, vamos a verlo.

—¿Y no podemos parar en algún lado a tomar un tilo?

Ambos lo miraron sorprendidos.

Witold: estoy un poco nervioso, el gordo de Evasión casi me alcanzó anteayer.

—Si querés te armo un canuto —dijo Orson.

Witold negó.

—Bueno, lo armo para mí —replicó Orson encogiéndose de hombros, mientras sacaba una bolsita con marihuana.

Witold: ¿y qué sabemos de ese portal? **Varinia:** yo, casi nada; a este le pasaron el dato. **Orson:** paciencia, casi llegamos; ¿qué tal tu novela?

—Esta copia la hice para vos.

—¿Estás conforme?

Witold hizo un gesto ambiguo.

—¿Leiste la entrevista a Marco Esteponi? —preguntó Orson.

—No, ¿qué dice?

—Boludeces, qué querés. Dice más o menos cómo debe ser un texto para ser vanguardista. Un recetario para innovadores.

—Como si tu novia te recomendara la mejor forma de sorprenderla —dijo Witold—. La verdad, podría escribir él esa novela innovadora...

—Críticos —dijo Orson con desdén, mientras encendía el cigarrillo.

Varinia: ¿lo viste a tu hermano? **Witold:** ayer estuve en su casa. **Orson:** ¿bien o mal? **Witold:** bueno, depende el punto de vista. No me boxeó, me dio plata y dijo que iba a buscarme una regularización. **Varinia:** bien, entonces. **Orson:** ¿un trabajo en la Inspección General? **Witold:** dijo que de laburar como transcriptor me olvidase.

—Yo les dije que no iba a ser fácil —replicó Orson y dio una calada profunda.

Varinia: igual es una buena noticia, Witi, vas a recuperar la ciudadanía. **Witold:** el tema era llegar a Planificación... Si acepté hablar con mi hermano fue para meterme en el ajo, no por cagón.

Varinia iba a reponer algo cuando la interrumpió Orson.

—Ya llegamos —dijo frente a un viejo edificio, mientras daba una última calada.

De camino a casa pensé en el reencuentro con Witold. De alguna manera, siempre había sabido que tarde o temprano volvería. Mis sentimientos eran confusos: me indignaba su desaparición repentina; más aún su regreso en busca de ayuda. Aunque también me alegraba saber que nada grave le había pasado en aquellos años.

Por supuesto, nunca dudé en ayudarlo. Al fin y al cabo, es mi hermano. Ni siquiera puedo decir que sea mal tipo. De hecho, siempre lo consideré mejor persona que yo. Pero él se encuentra del lado incómodo. Yo soy un ciudadano respetable: llevo mis impuestos al día.

No sería fácil, en un momento electoral, encontrar a alguien dispuesto a hacerme un favor. Aunque de pronto recordé a un viejo amigo: Néstor Espíndola. Hacía meses que no nos veíamos, sin embargo él sí era la clase de persona que mira más por los amigos que por su tranquilidad. Al menos sabría decirme si se podía hacer algo. Lo había conocido al entrar a la Inspección, cuando apenas éramos cinco los inspectores en servicio. Hoy, el resto de aquel primer grupo forma parte de Planificación.

La Secretaría de Planificación General es la meca de los inspectores. Allí intentan relacionar los portales sonoros con sus fuentes. Cuando aparecieron los primeros portales, se especuló con las posibilidades que se abrían: a través de ellos podían espionarse rincones de la ciudad antes inaccesibles. Tan sólo era necesario encontrar la forma de saber cuál era el lugar al que cada portal comunicaba. Durante los primeros años se invirtieron millones de pesos. Algunos ministros consideraron que una nueva etapa en la historia se avecinaba. No dudaron en cambiar el calendario: este es el año 07 D.P.: Después de los Portales.

Durante estos años, la Secretaría de Planificación no averiguó nada. Yo he visto cientos de portales: aparecen en cualquier lugar, reflejan lo que pasa en cualquier otro. Son como una enorme joda de Dios. Los científicos no bajan los brazos: la naturaleza es decodificable, acción y reacción, causa y efecto. Son unos idiotas. Ven cómo se les escurre de entre los dedos su puesto de amos de la palabra y lloran.

Pero las excusas para mitigar la angustia se han agotado.

Ahora sólo queda la angustia.

El Estado continúa invirtiendo cifras cuantiosas en la Secretaría, que se ha transformado en un monstruo enorme, bobo. Una máquina incapaz de desenmarañar una trama que, cuanto más crece, más compleja se vuelve.

Como a las ocho llegué a casa. Me duché, me cambié y bajé a la oficina postal. De seguro, Arminio se enojaría por mi impuntualidad. De todas formas, Arminio siempre se enoja por algo.

Le envié una carta a Néstor Espíndola. Le expliqué cuál era la situación. La despaché por correo urgente: antes del mediodía se la entregarían. Con suerte, recibiría una respuesta para la noche.

La charla con Witold había instalado la culpa en mi conciencia. Pensé en ir a ver a Delia, ofrecerle ayuda. Nunca antes había establecido un vínculo personal con alguno de los infractores, pero la culpa, una vez que se instala, incomoda. No

esperaba encontrar una forma de evitar el desalojo, pero tal vez pudiera darle una mano para comprender.

En la puerta del departamento de Delia encontré al mismo agente que nos había acompañado el día de la inspección. Me reconoció de inmediato. Lo saludé con un gesto y, cuando estuve a su lado, le dije que podía ir a dar una vuelta: yo me encargaría de la custodia durante los próximos veinte minutos. El chico se negó a colaborar. No sólo eso: mi presencia allí resultaba extraña, dijo, pues mi trabajo había concluido. Agregó algo de que debería hacer un reporte al respecto. Lo dijo mientras sonreía con unos dientes enormes y amarillos. Qué atrevido. Pero tenía razón. Le di cien pesos y acá no pasó nada.

Delia me saludó con frialdad. Estaba sentada en un sillón raído, con la mirada perdida en un punto cualquiera de la pared. Me senté a su lado. Durante unos segundos permanecí en silencio. Luego hablé del clima, creo. Tan solo quería ganar su atención. Ella me ignoró.

Habrían pasado un par de minutos antes de que volviera a la carga. Esta vez no esperé respuesta. Simplemente solté un largo discurso. Le hablé sobre el comienzo de mi carrera como inspector, mi sensación al escuchar un portal por primera vez, las cosas rarísimas que había presenciado: diálogos saliendo de inodoros, de armarios, de cajones.

Al principio hablaba sin saber si ella atendía a mis palabras. No respondía ni me miraba. Después de un rato distinguí en su expresión el principio de una mueca de sorpresa o interés.

Cuando le dije que le contaría la historia trágica de un viejo compañero, me miró a los ojos. No sé por qué, pero la tragedia tiene un poder de seducción universal. Nadie es indiferente a una tragedia.

La historia había sucedido cuatro años antes, nunca había logrado quitármela de la cabeza. El protagonista se llamaba David, un compañero de la Inspección. Era un tipo sencillo y alegre: vivía en pareja y su única preocupación era disfrutar del día a día sin ambicionar más de lo posible. Y lo lograba. Pero lo bueno no suele durar para siempre, y un día se le torcieron los planes, las ganas de no ambicionar más de lo posible, la sonrisa esa que llevaba tatuada en los labios. La historia de su caída empezó una tarde cualquiera en la que estaba trabajando. A través de un portal escuchó cómo su mujer lo engañaba con su hermano.

Así de fácil, de un instante para el otro, se le derrumbó el mundo. Lo demás serían las idas y vueltas con las que el destino pospone los desenlaces fatales, como si cada vida fuera una historia bien contada. Pero la fatalidad estaba sembrada.

A David le asaltó un deseo desproporcionado de matar a su esposa. Luego creyó ver en ese deseo una exageración. Especuló entonces con la idea de callar, de continuar a su lado odiándola en silencio y para siempre. Una venganza lenta, constante. Más tarde creyó que lo indicado sería seguirla día y noche hasta encontrar el mejor momento de echarle en cara su desprecio. Pero esos planes eran demasiado

épicos para un tipo acostumbrado a no ambicionar más de lo posible.

Habló con ella. Ella negó su engaño con vehemencia. Él dijo creerle, aunque mentía. Al fin y al cabo, había escuchado sus palabras, sus gemidos. Volvió a pensar en asesinarla. Aunque esta vez fue distinto: no se trataba apenas de un impulso, sino de la promesa de una obsesión. La obsesión creció hasta que, algunos días después, tal como él mismo me lo había contado, sentía que cada músculo del cuerpo le exigía venganza.

Planificó el crimen.

Aunque carecía del coraje para ejecutarlo. Cuando aceptó su cobardía, se desmoronó.

Me consta que su mujer hizo cuanto estuvo a su alcance por salvar la pareja. Poco a poco él aceptó, o dijo aceptar, que todo debía de ser consecuencia de un malentendido. Empezó a tratarse con una psicóloga especializada en trastornos nerviosos de los inspectores. Por entonces ya se comentaba el riesgo de exponerse a los portales.

Tras las primeras sesiones, su matrimonio, de nuevo, funcionó. O parecía funcionar. Tal vez sea lo mismo, no sé. A mí me reconoció en alguna charla de café que a veces volvían esos gemidos y esas palabras en sus sueños. Yo argumentaba que un error o la posibilidad de un error no es suficiente motivo para tirar abajo una relación. Cuando decía esto, era deliberadamente ambiguo. David nunca respondía.

Yo presentía que esos gemidos no estaban sólo en sus sueños. A veces parecía como si su vigilia estuviera también marcada por los rastros de una traición. La misma semana en que comenzó a tratarse con la psicóloga, se suicidó. Había pasado menos de un mes desde el inicio de aquella historia. Nunca vi llorar tanto a alguien como lloró su mujer durante el velatorio.

Semanas después de su muerte, encontré en la calle a su esposa. Iba con un hombre: el hermano de David. Ella se puso nerviosa al ver que me acercaba. Cruzamos pocas palabras. Ambos trataron de explicar que habían empezado una relación pocos días antes. Ni les había pedido explicaciones ni me interesaban.

Delia escuchó la historia con los ojos bien abiertos. Entendí que había olvidado lo que significaba disfrutar de una charla. En su mirada leí el agradecimiento.

Antes de irme, pasé al baño. Mientras me lavaba las manos, algo me llamó la atención: el portal no emitía sonidos. Sin duda seguía allí: el soplado persistía. Por supuesto, no es raro que una fuente, por momentos, sólo proyecte silencio. Sin embargo, me entusiasmó la idea de que aquel portal comunicara con una fuente muerta. La ciudad está llena de fuentes muertas: están en lugares en los que rara vez hay alguien, como edificios abandonados, o algún pasillo perdido dentro del sistema de alcantarillado de la ciudad, o algún rincón poco frecuentado de un parque. Le pregunté a Delia si habitualmente escuchaba sonidos en su botiquín. Me dijo que ella jamás había oído nada. No supe si creerle.

Pensé que si Arminio autorizaba una revisión y yo la dirigía, podría manipular los

informes sin dificultad. El embargo se anularía y todos contentos. Con respecto a la idea de adular las pruebas, me daba lo mismo. Sigo los procedimientos por inercia. Basta recibir un nuevo impulso para que la inercia me lleve en una nueva dirección.

El supuesto error, en mi historial, sería una pequeña mancha. De hecho, sería la primera. Nada preocupante.

Y lo de la seguridad nacional, la verdad, me importaba tres carajos.

Al salir del baño le dije a Delia que tal vez podría evitar el embargo. Ella tomó mis manos y las presionó con cariño y debilidad.

Hacía mucho tiempo que no sentía algo distinto al tedio. En las últimas horas me había comprometido con Delia y con Witold, había suspirado por la morochita linda, lindísima, cuerpito frágil, había tenido una erección de caballo, había vibrado por el olor a sexo profundo de la niña mujer, por sus tetitas erguidas y sus finos labios rojo rabioso.

Me habían pasado más cosas en estas últimas horas que en los cinco años anteriores.

Tal vez tanta soledad me esté ablandando. Con lo fácil que es seguir adelante sumido en la apatía.

Qué tragedia.

Isidro se sienta, saca el cuaderno de tapa dura y roja.

La morochita linda, lindísima se acerca. Él le pide un café con leche y dos sobrecitos de azúcar. Trata de sonar amable y simpático. Se escucha frío y distante.

Putea mentalmente.

Isidro aprecia sus manos pequeñas, sus uñas arrancadas a mordiscones.

Uñas nerviosas.

Se imagina abrazándola fuerte para darle calma.

Un instante después, ella vuelve con el café. Él quiere decir algo. Se queda en un «gracias» parco. Ella insinúa una sonrisa que lo deleita.

Él desea preguntarle cómo se llama, pero el miedo bloquea su deseo.

Mira el cuaderno, como si de esa manera justificara su incapacidad de entablar un diálogo.

Se pregunta cómo es capaz de ponerle límites a agentes ansiosos de mostrar su hombría, pistola mediante, en allanamientos confusos donde la mayoría pierde la cabeza, y no encuentra fuerza o convicción para empezar un diálogo con una mujer frágil.

No halla respuesta.

Recuerda la expresión de Delia cuando le dijo que podría ayudarla.

Toma un sorbo de café.

Anota en su cuaderno:

Hipótesis de trabajo nº 257 (Ampliación):

Puesto a elegir, Dios prefiere joder a los pobres.

Witold, Orson y Varinia entraron al viejo edificio.

—Es en el sexto —dijo Orson.

Orson: mentira, es en el segundo, departamento C.

Subieron. Orson tocó el timbre mientras Varinia y Witold permanecían un par de metros atrás. Abrió un muchacho de unos veinticinco años, delgadísimo y con barba de varios días. El pelo lacio, largo, muy fino, caía sobre sus hombros. Sus ojos grises parecían mirar siempre de lejos. Se veía agotado. Orson le dio una nota; el muchacho la leyó con detenimiento. Suspiró. Observó a los tres de arriba abajo.

Se escuchó la voz de una mujer joven desde el interior: «¿Quién es, Dani?». El muchacho iba a contestar cuando Orson lo detuvo con un gesto grave. El muchacho asintió con resignación o indiferencia.

—Nadie —respondió—, vení que te quiero mostrar algo.

Una chica se acercó hasta la puerta. Era pelirroja, con la cara marcada por numerosas pecas. Tenía un vestido floreado que apenas dejaba ver sus pantorrillas anchas, blancas, pecosas. Su sonrisa parecía una mueca ambigua. Él le mostró la nota. Ella miró a los Vanguardistas. Después asintió.

Orson, Varinia y Witold pasaron a un pequeño recibidor. Saludaron apenas con una leve inclinación de cabeza. Daniel atravesó un pasillo y lo siguieron. En un rincón de la sala, un chico de unos cinco años jugaba con unos soldaditos. Aquel rincón estaba decorado con motivos infantiles, como si fuera su territorio personal. El chico alzó la vista y preguntó si esos señores venían por lo de las voces. Daniel, con un gesto, le ordenó guardar silencio. Melina lo alzó en brazos y le dijo algo al oído. La expresión del chico cobró una repentina fascinación. Melina se lo llevó a su cuarto mientras le hacía cosquillas; el niño lloraba de risa.

Daniel abrió la puerta de un pequeño armario donde estaba guardada la ropa de su hijo. En su interior se escuchaba un diálogo:

—*¡Harto, estoy harto! ¡Es un hijo de puta! —se quejaba un hombre de mediana edad—. ¿Sabés lo que me hizo hoy? Todo el día presionándome para que terminara el informe, todo el santo día rompiéndome las pelotas para que se lo entregara a las cinco, que no sé qué puta reunión tenía con el directorio, y a las cinco menos cuarto, escúchame bien, a las cinco menos cuarto, se fue. Antes de irse me dijo que hasta el martes no volvía. ¿Te das cuenta? ¡Yo no almorcé por el informe ese de mierda de la curva de ventas en las sucursales de los barrios del sur y el hijo de la gran puta se va a las cinco menos cuarto!*

—*¿Y el informe lo terminaste?* —preguntó un hombre más joven.

—*Sí, lo terminé.*

—*¿Y la curva de ventas cómo es?*

—*¡A mí qué carajo me importa la curva!*

—*Estás muy nervioso, vení, dame un beso...*

—*Deja, quiero un tilo...*

—*Vení, yo sé lo que necesitas, dame un beso.*

—No, en serio...

—No te hagas rogar, mirá qué dura se te está poniendo.

Daniel cerró la puerta.

Orson: ¿vieron? El tilo es de maricones. **Witold:** ¿seré un reprimido? **Orson:** deberías salir del armario, como esos dos. **Varinia:** un poco de seriedad, el pibe este no entiende nada.

—¿Qué pasa? ¿Qué son esos gestos?

Al oído, Varinia le explicó que se trataba de una forma de comunicación segura.

—¿Y qué piensan de esto? A mí me enferma que mi hijo esté escuchando a esos maricones...

Witold: ¿qué hacemos acá, ayudando a un homófobo? **Orson:** bueno, bueno, pónete un poco en su lugar. **Varinia:** a mí no me está cayendo muy simpático. **Orson:** no sean pelotudos, el hijo tiene cinco años, es una situación incómoda. **Varinia:** podría educarlo un poco, ¿no? **Orson:** no es el punto, vinimos para ayudar a esta gente, el enemigo está en el Gobierno, en la Inspección y en Planificación, en CONTROLIMPOSA... No perdamos el norte, tampoco.

Daniel los miraba desconcertado. Melina regresó. Parecía cansada.

—No sabemos qué hacer, tenemos miedo —dijo Melina—. Si no informamos a la autoridad podemos terminar presos, pero no podemos permitir que nos confisquen la casa por una miseria. Este departamento era de mi mamá. Ahorró toda su vida para comprarlo. Si nos lo sacan, vamos a terminar en uno de los barrios del sur. Daniel trabaja a una hora de acá, en el barrio norte. Si nos mudan ochenta kilómetros para el sur, él no podrá conservar su trabajo, y la situación allá es dura.

Witold: hay que ayudarlos. **Orson:** menos mal, ¡sensatez!

Orson tomó un bolígrafo y anotó unas palabras en una hoja; se la dio a Melina:

Sigan con su vida normal Dentro de pocos días volveremos, tenemos una técnica para sellar portales. Ustedes no denuncien ni hablen sobre nuestra visita. Ni en su casa ni en otro lado. Si tienen que decir algo al respecto, lo anotan. ¿Está claro?

Daniel y Melina se miraron, luego miraron a Orson y asintieron. Orson escribió otra nota:

Witold va transcribir parte de esos diálogos. También va a tomar medidas sobre los parámetros de esas voces. Es información que necesitamos para tratar de entender los portales. Nos servirá para ayudar a todos los que están en situaciones parecidas.

Daniel leyó la nota y asintió. Se la dio a Melina.

Orson: ¿te encargás de esto? (mientras señalaba el portal). **Witold:** ¿el equipo lo trajiste?

Orson le pasó su mochila. Witold sacó un lector analítico de voces y sonidos. Abrió el armario, el diálogo continuaba.

Los demás fueron a la cocina.

—¿Quieren algo? —preguntó Melina en voz muy baja, más moviendo los labios de modo exagerado que emitiendo algún sonido.

Orson negó. Varinia anotó en una hoja: «¿Tenés tilo?».

Melina asintió, puso agua al fuego.

Orson volvió a la sala.

Orson: ¿y? **Witold:** hay que contraponerlo con la información del archivo, pero me parece lo de siempre, más datos inconexos, más caos. **Orson:** bueno, paciencia. Es pronto para saber si nos será útil o no. **Witold:** ¿te parece seguro que sigan con esto acá sin denunciarlo? **Orson:** mirá, si no hablaron del tema y nadie vino al departamento, en la Inspección no tendrían por qué saber de este portal. En pocos días Imanol va a tener listos los bloques insonorizantes. Vale la pena aguantar. **Witold:** bien. Entonces a más tardar para la semana próxima tapamos el portal y a otra cosa mariposa. Que los de la Inspección se vayan a freír churros. **Orson:** sí, eso mismo. Muy poético. Ahora que no está Varinia, decime, ¿vas a aceptar el plan de reinserción? **Witold:** no sé. Yo confiaba en meterme en la Inspección. Nos vendría genial para sacar más datos. **Orson:** no lo veo, eh. En la Inspección no entra cualquiera. **Witold:** dejame de joder. Mi hermano es inspector hace años, conoce a todo el mundo. Si quisiera, podría conseguirme el trabajo.

Orson se encogió de hombros. Varinia entró con una taza de tilo.

Witold: muy bien, amor, sos lo más. **Varinia:** si les parece bien, hoy mismo localizo a Imanol para encargarle los bloques. **Orson:** buenísimo. Así liquidamos esto cuanto antes.

Llegué a la Inspección al mediodía. Había pasado una hora en la casa de Delia, y después debí cumplir con el ritual del café. Todavía saboreaba el regusto amargo de mi cobardía. Con saber cómo se llama sería suficiente para mí. Necesito eso, relacionar su mirada temperamental con una serie de letras. Algo que parece tan fácil. Y sin embargo, está tan lejos.

Durante el resto de la tarde no hubo mucho que hacer. Apenas una salida. Un portal en un galpón abandonado de uno de los barrios del oeste. Fue sencillo: no había a quién desalojar. La fuente estaba en un comercio de ropa femenina. En la oficina tardé tres horas para argumentar el interés elevado del portal.

A las seis, cuando estaba a punto de irme, Arminio me vino a buscar. No le había comentado nada sobre el departamento de Delia, aunque había reflexionado al respecto. Aquel parecía un buen momento para hablarlo: él estaba de buen humor.

—Estuve viendo el informe del portal de la vieja —dijo Arminio—. Muy bien. Robaste un par de ideas de mi interpretación, pero no importa, no soy vanidoso. Aparte, las mejoraste mucho, eh. La puta, Isidro, sacaste un informe de potenciales terroristas de la galera. ¡Sos un genio!

Qué cagada, el informe le había gustado. Yo confiaba en arremeter antes de que lo hubiera leído. Arminio se pasa las tres cuartas partes del día rascándose, y el cuarto restante lo organiza mal. Pero mi informe, lo leyó.

—Estuve pensando, jefe, tal vez nos estamos apurando... No me parece que el informe se sostenga.

—Estás loco, vos olvidate de esto.

—Arminio, hoy estuve de nuevo en la casa de la señora esta, Delia. Algo no me cierra. El portal no está ahí, creo que me equivoqué, lo que escuché debe de haber sido una fuga del departamento vecino. O del de arriba, no lo tengo claro. Es cuestión de verificarlo.

—Si vos no te equivocás nunca, ¿qué me decís?

Se me hacía difícil rebatir esas palabras.

—Ningún inspector es infalible —mentí— Usted sabe que jamás pido excepciones, pero sería injusto avanzar con el proceso. Si le confiscamos la casa, ya no la recuperará aunque hagamos una revisión.

Arminio suspiró. Simuló rascarse la nariz y se sacó un moco. Lo pegó bajo el escritorio con una discreción precaria.

—Mirá, Isidro. Acá el tema es que me estás pidiendo un favor, ¿no?

Hice el gesto más ambiguo que pude.

—Esto es como todo, favores se hacen a cada rato. El informe este —dijo mientras lo agitaba en el aire— todavía no salió de mi despacho. Podría desaparecer... Vos escribís otro informe, me lo traes mañana... ¿entendés?

Seré imbécil, pero no entendía del todo. Él lo notó en mi mirada.

—Ves: no sos tan inteligente, al final.

Se reclinó, disfrutó el momento. Lucía una sonrisa amplia y jactanciosa.

—Mirá, yo te puedo hacer un favor a vos, pero vos me lo tenés que devolver —dijo—. El mundo funciona así: hoy por ti, mañana por mí.

No le iba a dar el gusto de mostrarme ansioso. Esperé con cara de póquer. No tardó en ofrecermelo el ascenso a Planificación. Pensé que estaba claro que no me interesaba, le dije. A lo que respondió que estaba tan claro como que los informes no debían modificarse. Buen punto. Aunque no entendía por qué querían pasar más gente a Planificación, si las investigaciones no daban frutos. Él dijo que me equivocaba: estaban trabajando más duro que nunca para relacionar a los portales con sus fuentes.

Era imposible. Los tipos más capaces del país lo habían intentado sin éxito durante años. Según Arminio, le estaban dando un nuevo empujón a las investigaciones. La gente de Ingeniería trabajaba en un desarrollo que ayudaría mucho. Algo así como una máquina capaz de registrar los sonidos provenientes de un portal, pero sin los errores de la transcriptora automática. Planeaban instalar el nuevo sistema en todos los portales para el año próximo.

Yo no termino de creer las vueltas que dan para implantar los avances tecnológicos. Cuando empecé, todas las transcripciones se hacían en forma manual. Hace un año y medio decidieron reemplazar, en los portales de bajo interés, las transcriptoras manuales por las automáticas. La empresa, compleja, llevaría dos años. Recién dentro de unos meses acabará. Ahora, todavía antes de completar la implementación de las transcriptoras automáticas, ya preveían instalar un nuevo sistema. Si sabían que las volverían a cambiar, ¿para qué continuaban con la instalación de las transcriptoras automáticas?

Arminio no respondió ni quiso dar detalles. Era confidencial, dijo. Es de no creer la cara de idiota que pone cuando dice conocer un dato confidencial.

—Isidro, esto no es joda. Ahora se está trabajando sin pausa, van a descular la relación entre los portales y sus fuentes, falta poco. Casi está hecho, te diré. O por lo menos están las piezas del rompecabezas. Antes ni siquiera sabíamos a qué nos enfrentábamos. Ahora la información está ahí. Y perder tiempo es un lujo. Se trata de la seguridad nacional.

Otra vez con la seguridad nacional.

—No me mires así —agregó—. Hay información firme, irrefutable, de que un grupo insurgente está tramando algo. Y están bien organizados.

Estaba harto: hace años que hablaban de terroristas, de atentados... Siempre había una tragedia a punto de suceder, pero nunca sucedía. Se lo dije. Arminio me miró con los ojos gélidos. Temí haber hablado de más. Entonces sonrió, pero de un modo distinto al que me tenía acostumbrado: lo hizo con una sonrisa paternal. Me confundió. Abrió la boca dispuesto a rebatir mi argumento, y supe por su expresión que de verdad creía lo que estaba a punto de decir.

—Esta vez va en serio. Estos son tipos muy pesados. Quieren destrozarnos lo que logramos en los últimos años. Parece que dieron con una técnica para tapan portales.

Son un peligro.

Tapar portales. Eso no estaba mal. Tal vez me encontraba del lado equivocado.

—Y no te creas que es sólo eso —agregó— Quieren atentar fuerte; hablo de bombas, de asesinatos selectivos. Por eso necesitamos tu experiencia. Solo no vas a lograr nada, pero ayudarías. Y te lo digo en serio, el desarrollo de los muchachos de Ingeniería va a simplificar las cosas. La información de los insurgentes se consiguió gracias a él: lo están probando en los portales clave. Aparte, míralo con pragmatismo: cambiarías de aire, no deberías darme explicaciones de nada. Tendrías acceso completo a toda la información que se maneja en el Ministerio del Interior. Tendrías acceso a información que ni siquiera yo sé que existe. Y ganarías más plata, hasta te podrías comprar un gramófono. ¿No te gusta la música a vos?

La verdad, todo me daba más o menos lo mismo.

—Aparte, ayudarías a la vieja esa —agregó.

—¿Y por qué insiste tanto? ¿Usted qué gana?

Arminio se encogió de hombros.

—Te piden de arriba. No sé por qué, viste cómo son, de dar explicaciones poco y nada. Recibí un telegrama hace diez minutos. Piden a los inspectores con más antigüedad, y te nombran específicamente a vos. Pensá que sos medio una leyenda, allá. Siete años en la calle no es una pavada...

Dudé. Nunca quise pasar a Planificación, pero al final todo era lo mismo. Así, al menos, podría ayudar a Delia. Me estaba pesando demasiado el recuerdo de su cara desencajada.

—¿Y con lo de la seguridad nacional?

—No seas cínico. Si lo que escuchaste fue un matrimonio discutiendo. Cómo se nota que sos soltero, vos.

Le dije que lo pensaría. Me dio cuarenta y ocho horas. Luego debería elevar el informe. Cuando el tema estuvo cerrado, me entregó un sobre: se trataba de una notificación. El viernes habría un juicio. Parte de las pruebas las constituían unas transcripciones: me citaban como perito.

—Andá a casa, pensá en la propuesta y preparate para el juicio. Mañana ni vengas, tomate el día.

Me sorprendió el comentario: habitualmente me presentaba en uno o dos procesos al mes. Me sorprendió más su generosidad: en siete años, nunca me había dado un día libre.

—Pero ¿no hay portales en agenda?

—No importa, mando a otro, si es lo mismo. Vos tomate todo esto con calma.

Al salir del trabajo, movido por un impulso, Isidro entra al bar de enfrente de la Inspección. Pide al hombre de la caja un café con leche.

Espera.

Pero ella no está, y el café viene en manos de una rubia insulsa.

Isidro putea bajito.

La rubia responde «de nada».

Isidro saca el cuaderno de tapa dura y roja. Está en sus manos la posibilidad de ayudar a Delia. El precio es alto. ¿Y si pasa a Planificación y desde ahí se vuelve responsable de un futuro ingrato para decenas de viejas?

No funciona: hoy, para Isidro, Delia es la única vieja del mundo.

Aparta el café con una mano, sin probarlo: sería una traición. Él podría traicionar a cualquiera, pero no a ella.

Deja un billete de dos pesos sobre la mesa. Antes de guardar el cuaderno en su maletín, anota:

Hipótesis de trabajo n° 258:

Dios es un cínico.

No bien llegué a casa, me preparé unos mates. Las mismas preguntas seguían dando vueltas por mi cabeza. Al despedir a Delia, estaba convencido de que haría cualquier cosa para ayudarla. Ahora se me presentaba la posibilidad, de algún modo resultaría muy fácil. Sin embargo, eso dependía desde dónde se mirase. Al aceptar el ofrecimiento de Arminio, torcería mi historia. Aunque tal vez exageraba. Al fin y al cabo, siempre me había tomado los portales como si de un juego se tratase. ¿Qué cambiaría si jugaba desde Planificación? La ciudad estaba bastante podrida y se seguiría pudriendo con o sin mi ayuda.

Recordé la citación para el juicio. No la había abierto. Tampoco me despertaba demasiada curiosidad. Eran procedimientos rutinarios. Mi trabajo sería el de confirmar la validez de las transcripciones como pruebas.

Fui hasta mi cuarto en busca del sobre. Las citaciones solían ser breves: indicaban el día y la hora del peritaje, el nombre del acusado, los cargos en su contra y su número de registro en el archivo de Planificación. Yo debería presentarme, medir los parámetros de la voz del acusado, confirmar como perito que correspondían a los de las transcripciones presentadas por la fiscalía, y eventualmente responder a alguna pregunta del juez, por lo general de índole técnica. Un trámite que duraba entre quince y veinte minutos.

Abrí el sobre mientras cebaba un amargo. Chupé con fuerza. Leí la citación. El viernes, a las once de la mañana, debería presentarme en la sala quinta del Palacio de Justicia. Hasta ahí todo formaba parte de la rutina. Sin embargo, un escalofrío me recorrió el cuerpo al ver el número de registro del acusado: era el #00G73698. Durante años había llevado ese número grabado en mis recuerdos.

Yo formé parte de la Inspección desde sus inicios. Antes de eso, había colaborado como redactor en diversas publicaciones. Ningún trabajo me había durado demasiado, ni me había dejado una cantidad de dinero estimulante. Hasta entonces, lo único que me estimulaba era escribir. Nunca gané el apoyo de una editorial: hacía circular ediciones artesanales de mis novelas entre amigos. Llegué a manejar ciertos rudimentos del oficio, y a veces hasta parecía hábil con las palabras. Sin embargo, antes de dar con esa obra que justificaría mi esfuerzo, encontré mi techo. Es difícil de explicar, son cosas que un escritor siente. Hubiera podido seguir garabateando trampas y mentiras. Pero la literatura me interesaba demasiado como para empantanarme en artificios que ocultasen mi mediocridad. Al alcanzar mi límite, decidí hacerme a un lado.

Entré a la Inspección por casualidad. Una mañana me encontré con un viejo amigo de mi padre que trabajaba como funcionario. Hacía años que no nos veíamos; decidimos tomar un café. Él había leído la primera de mis novelas y la recordaba con simpatía. Me preguntó si continuaba escribiendo. Le comenté mi decisión. En ese momento estaba sin trabajo y no quería uno de redactor: necesitaba salir del oficio por completo. El problema residía en mi escasa preparación, mis únicas cualidades

eran una asombrosa rapidez con el teclado y un manejo preciso de la gramática castellana. Él comentó que tal vez podría ayudarme.

Por entonces nada mencionaba la prensa sobre los portales de sonido. Poco después supe que acababan de descubrirse los primeros y desde el Poder Ejecutivo analizaban cómo encarar el tema. Esa misma semana recibí un telegrama del Ministerio: me citaban para una entrevista de trabajo.

En el Ministerio, antes de hacerme cualquier pregunta, me tomaron una prueba de mecanografía, otra de gramática y unos tests psicológicos. Me dijeron que tal vez volverían a telegrafiarne tras evaluar los resultados. Pregunté cuál era el puesto vacante. La rubia de ojos saltones de la recepción fingió una sonrisa mientras indicaba que no me lo podía decir. Agregó unas palabras que nunca había escuchado y que escucharía cientos de veces:

—Es un tema de seguridad nacional.

Una semana después asistía a un curso de Análisis de Información, a otro de Prevención de Terrorismo y a un tercero de Criminalística. Me habían comentado de qué trataba el puesto, parecía divertido. Pronto entendí cuán perverso era aquel universo. No me preocupó. Algo había que hacer, y yo hacía eso. En cuanto dejé la literatura, lo comprendí: analistas de información, carniceros, periodistas, secretarias, todos constituían el mismo absurdo mecanismo.

Cuando entró en vigencia la Ley Nacional de Control de Portales, salimos a la calle los primeros cinco inspectores. No estábamos organizados como ahora. Cada uno de nosotros tenía a su cargo un área. Debíamos inspeccionar los portales denunciados y coordinar a los transcriptores. Un año después, cuando la cantidad de portales confiscados se elevó a más de mil, cambió la metodología. Desde entonces, apenas me dedico a realizar la primera revisión de un portal.

Durante mis primeros meses en la Inspección, en una visita a una de las casas confiscadas, escuché a #00G73698. Al entrar a la habitación donde se encontraba el portal, vi la máquina de transcribir en un rincón y el rollo de papel saliente junto a ella. Se escuchaba un sollozo apagado, un jadeo sostenido. A tres metros de la máquina, en el rincón opuesto del cuarto, Agustín, el transcriptor, parecía conmovido. Su mirada estaba perdida en el punto de la pared donde se situaba el portal, su cuerpo temblaba, su respiración agitada entrecortaba su llanto. Le pregunté qué sucedía. Me miró, incapaz de hablar. Apenas si levantó una mano y señaló el portal.

Leí el comienzo de la transcripción. Era un diálogo entre una mujer llamada Corina y un tipo de nombre Pablo. Según lo detallado al principio del diálogo, ellos se conocían aunque no demasiado. Me adelanté en la lectura. Lo que se había iniciado como un encuentro en el que Pablo y Corina tuvieron sexo, devino, poco a poco, en un extraño juego que abrió las puertas para actitudes enfermizas de Pablo.

La transcriptora manual se parece a una máquina de escribir, pero cuenta con varias teclas más que las del alfabeto: algunas, dependiendo de cómo se combinan,

recogen palabras o expresiones habituales; otras registran indicaciones de sonidos ambientes: estas últimas dejan una notación en el margen derecho, fuera del cuerpo del texto. Por otro lado, no se ingresan hojas de papel sueltas, sino un rollo continuo de cien metros, que se corta en hojas a la hora de archivar. El rollo gira movido por un motor, de manera que siempre hay una relación directa entre la cantidad de papel utilizado y la duración del diálogo transcrito. La máquina incorpora un reloj que, sobre el margen derecho del papel, en lo que será la primera línea de cada página una vez cortado el rollo, imprime la hora. Así supe que la tortura había comenzado cuatro horas antes de mi llegada. La transcripción se interrumpía cincuenta minutos después. A partir de entonces, la máquina había estado escupiendo papel en blanco con la hora impresa. Por lo que logré escuchar, Corina seguía viva, aunque en un estado crítico. El papel de la transcriptora se había acabado unos veinte minutos antes de mi llegada.

Con el agente que me acompañaba en mis reconocimientos sacamos a Agustín del cuarto. Luego le ordené que fuera por ayuda médica. Traté de calmar a Agustín, pero él seguía temblando.

Escuché un grito proveniente del cuarto. De nuevo en la habitación, escuché a Corina, con un hilo de voz, rogando misericordia. Comprendí que aquello debería ser transcrito a como diera lugar. Cargué un nuevo rollo de papel, me senté frente a la máquina y comencé a tomar nota.

Durante más de veinte minutos, Corina suplicó clemencia. #00G73698 no estaba dispuesto a darla. Por momentos hablaba sin parar, con voz excitada describía cada detalle de lo que le hacía. Con un cuchillo aplicaba pequeños cortes en su abdomen, con un cincel astillaba algunos de sus huesos; le chamuscaba la piel con una vela. Según dijo, de pronto, volteó el cuerpo de Corina para penetrarla por detrás. Ella lanzó un gemido apagado. Él le decía que había soñado con ese momento desde que había visto su fotografía.

A los cinco minutos llegó el agente con una unidad médica. Yo estaba hecho una pelota de nervios. Anotaba cada detalle de aquel infierno. Ordené al agente llamar de inmediato a mi jefe y a otros transcritores. La tensión agarrotaba mis músculos, sentía como si un taladro me atravesara el cerebro. Al mismo tiempo, sabía que esa información no debía perderse. Del otro lado había un animal. Cuantos más detalles sobre su proceder recopilásemos, mayores serían las posibilidades de localizarlo.

Arminio llegó poco después; lo acompañaban dos transcritores. Le ordené a uno de ellos tomar mi lugar. Le dije a Arminio que debíamos registrar todo lo que esa fuente proyectaba, y que los transcritores no podían exponerse a esa locura durante mucho tiempo. Él no llegó a comprender el porqué de mis palabras. Tampoco tuve la oportunidad de explicárselo: me desmayé.

Desperté en el hospital. Arminio y el médico estaban conmigo. El doctor dijo que había sufrido una conmoción fuerte, lo apropiado sería que hablase con alguien del servicio de psicología. Eran las siete de la tarde, me habían ingresado a las dos. Se me partía la cabeza, los músculos del cuerpo me dolían como si hubiera corrido una

maratón.

Le pregunté a Arminio por el portal. No quería darme detalles, sólo dijo que aún estaban transcribiendo aquello. Si Corina no había muerto, hacía once horas que el animal la estaba torturando. Parecía increíble. Se me vino a la mente la imagen de #00G73698 quemando la piel de Corina con una vela, volteando su cuerpo para penetrarla. Se me revolvió el estómago.

Me extrañaba recordar sólo esa imagen. Lo que había escuchado antes o después se había esfumado de mi cabeza. No olvidaba el modo en que, desesperado, había escrito, pero parecía como si las palabras me hubieran atravesado en busca del papel sin darme la posibilidad de entenderlas.

Entonces golpearon la puerta. Un hombre del servicio telegráfico apareció preguntando por Arminio Espilinbergo.

Según las conclusiones de los analistas, dijo Arminio tras leer el telegrama, Corina acababa de morir.

Hundí la cara entre mis palmas sudadas y lloré como si fuera un niño.

Nunca pude recordar lo que había escuchado durante la transcripción. Quiero decir: en la vigilia. Tampoco me atreví a releerla. Sin embargo, desde entonces, distintas imágenes me han estado torturando por las noches en forma de pesadillas. Como si mi cabeza rescatara de mi memoria ciertos detalles y me los enviara de a poco, cuando soy vulnerable.

A las tres semanas volví al servicio. No habían dado con la identidad de #00G73698. Un equipo completo de analistas trabajaba en el caso. El mismo día de mi reincorporación, desde el mismo portal, se escuchó como #00G73698 se encontraba con una mujer llamada Vanesa. Según se detalló en el informe, la situación fue similar. Vanesa tardó siete horas en morir.

Incidentes parecidos se repetían cada dos o tres meses. #00G73698 actuaba con una continuidad devastadora. Los crímenes no fueron mencionados por la prensa porque los cuerpos nunca se encontraron. Pero el nombre de pila de las víctimas coincidía siempre con el de alguna chica denunciada como desaparecida. Los pocos elementos que se podían extraer de las transcripciones, como la edad aproximada de la víctima y su nivel cultural, también coincidían. En todos los casos, las denuncias de las desapariciones precedían uno o dos días a las violaciones de #00G73698.

Esas denuncias de desapariciones constituían la única pista más o menos sólida. Fue seguida con interés por la policía, que trabajaba mano a mano con los analistas asignados al caso. Pero el tipo debía de ser muy precavido, porque por más que se investigara el pasado reciente de las víctimas, nada conducía a descubrir su verdadera identidad.

Después del primer año, la frecuencia de los asesinatos disminuyó. Aunque cada cuatro o cinco meses sucedía alguno. El patrón era siempre el mismo: mujeres de entre veinte y treinta años que iban hasta el refugio del victimario por propia voluntad

y allí eran sometidas, primero, a torturas psicológicas y luego a torturas físicas.

La policía trabajó duro para localizar al animal, pero parecía imposible. El único rasgo común entre las víctimas era su juventud. Nada más las unía: ni su clase social ni sus hábitos de vida o de consumo ni su formación académica ni los barrios en los que vivían o trabajan o habían sido vistas por última vez. Tampoco sus rasgos físicos. Terminamos pensando que #00G73698 las elegía al azar, o tal vez siguiendo como único patrón el que no hubiera patrón.

Hace unos cuatro años, #00G73698 dejó de matar. Nunca supimos por qué. O tal vez actúa en otro lado y ya no lo escuchamos. Se han hecho decenas de verificaciones. Estoy convencido: el portal aún está ahí. El soplido, aunque tenue, persiste. Un soplido largo, de unos treinta segundos; dos minutos de pausa; un soplido corto, de unos cinco segundos; otros dos minutos de pausa; de nuevo el soplido largo. No puedo quitármelo de la cabeza. El portal, ahora, conduce a una fuente muerta.

En total, hay registros de once asesinatos, todos siguiendo la misma metodología. Y eso sin descartar que hubiera matado en otros lugares. Aunque por el perfil psicológico que trazaron los peritos, para él, actuar ahí constituía una suerte de ritual. En principio, la policía descartó la posibilidad de que tuviera otro refugio. Aparte, allí donde cometía los asesinatos no realizaba ningún otro acto cotidiano. Tal vez fuera un cuarto de su casa o un departamento destinado exclusivamente para ese fin. De las transcripciones nunca se dedujo que alguna de las víctimas hubiera notado algo extraño. Ninguna alarma, ninguna preocupación. Ellas parecían haberse sentido cómodas durante las primeras horas. Cuando #00G73698 se transformaba, era tarde.

Hace poco menos de dos años, se disolvió el equipo que iba tras su pista. Se archivó el caso, desde el Ministerio recomendaron olvidarlo. Tal vez había muerto. Los muertos no hablan: es imposible saber cuál es el registro vocal de los cadáveres de las morgues.

La cuestión era que, para el Ministerio, lo mejor sería dar vuelta la página. Se llevaba gastada una suma extraordinaria de dinero en la investigación y, evaluando los escasos logros, nunca se descubriría nada.

Ahora, años después de que lo habíamos escuchado por última vez, había un tipo detenido cuyo registro vocal coincidía con el #00G73698.

Un rayo tenue, proveniente de la calle, iluminaba la sala pequeña. Una mesa de madera, tres sillas y un sillón negro arratonado ocupaban casi la totalidad del espacio. Archivadores de color gris plomizo cubrían, desde el suelo hasta el techo, una de las paredes.

La cocina era un pasillo de un metro por dos, con una ventana pequeña que daba a un patio interno, oscuro. Sobre la mesada había un paquete de yerba por la mitad, un mate, una pava, un trapo sucio y una cajita de fósforos abierta. En la piletta se apilaban unos pocos platos sin lavar.

La puerta se abrió. Orson prendió la luz. Vestía unos pantalones azules y una camisa del mismo color. En el bolsillo de la camisa, bordado con letras blancas, se leía: «Servicios integrales de limpieza». Bajo el brazo llevaba tres carpetas de cartón verdoso. Fumaba un cigarrillo armado con marihuana. Tras él entraron Witold y Varinia.

Orson apoyó las carpetas sobre la mesa, se tiró en el sillón, extendió las piernas y dejó caer los brazos a los costados del cuerpo. Sostenía el cigarrillo entre sus labios. Cerró los ojos y dio una calada profunda. Varinia abrió la ventana. Le sacó el cigarrillo de la boca y lo apagó en un cenicero. Orson se incorporó de repente, parecía enojado. Witold le hizo un gesto con la palma de su mano derecha abierta. Orson sonrió.

Orson: ¡son unos amargados! **Witold:** dejate de joder, este departamento es una ratonera y se llena de humo en dos minutos. **Varinia:** voy a preparar unos mates. **Orson:** seguro que Witold quiere tilo. **Witold:** no, tu humo ya me relaja bastante.

Varinia entró en la cocina. Orson se dejó caer de nuevo en el sillón. Witold agarró una de las carpetas verdes de arriba de la mesa y hojeó su contenido.

Un instante después, Varinia volvió a la sala. Witold aún estaba leyendo la carpeta.

Varinia: ¿algo interesante? **Witold:** no sé, lo de siempre, cada vez más datos, más información. Me voy a fijar en el archivo a ver si hay suerte y encuentro algo relacionado con esto.

Orson cerró los ojos, empezó a roncar. Varinia lo sacudió del hombro. Le dio un mate.

Varinia: hay que laburar. **Orson:** yo estuve laburando toda la noche. Hasta las siete. Y hoy entro de nuevo a las once. **Witold:** lo sabemos, chico legal. **Orson:** merezco dormir un rato, ustedes porque se levantan a la hora que les sale de los huevos. **Varinia:** no creas que dormimos bien: con los de Evasión sopládote la nuca no te relajás demasiado. **Witold:** ¿alguna novedad en el trabajo? **Orson:** esta semana casi no hablé con nadie. De noche hay poca gente; los de seguridad, nomás. Por los papeles que vi en la oficina del jefe y en los archivos, se van a lanzar con todo. **Varinia:** ¿qué viste? **Orson:** unas planillas con incorporaciones. Va a entrar un montón de gente: analistas, asesores. El Ejecutivo aprobó una partida extra de sesenta millones de gastos reservados. El motivo o la excusa es un supuesto grupo terrorista.

Se mencionaba algo sobre serias posibilidades de que actúen antes de las elecciones. **Varinia:** ¿y vos cómo sabés tanto? ¿Ahí dejan los informes arriba de la mesa? **Orson:** no, estás loca. Todo bajo llave y un guardia me acompaña constantemente. **Witold:** ¿entonces? **Orson:** es que Rodolfo, el guardia, duerme como loco. Hay confianza. Y no sé si les dije, pero yo hace unos años trabajé en una cerrajería. Aprendí muchas cosas.

Witold abrió uno de los cajones del archivador; empezó a buscar entre las carpetas. Orson chupó el mate fuerte. Se lo dio a Varinia que cebó otro y se lo pasó a Witold. Witold sacó una carpeta del archivador. Se sentó. Comparó su contenido con el de la carpeta que había traído Orson.

Varinia: ¿y de vos no sospechan? **Orson:** qué van a sospechar, si soy un perejil ahí.

Witold le mostró a Orson una de las transcripciones.

Witold: mirá. **Varinia:** ¿qué hay? **Witold:** son las dos iguales.

Orson leyó despacio, luego le pasó las carpetas a Varinia.

Witold: ¿viste las fechas? **Orson:** sí, parece raro. No había visto nada así antes.

Witold: ¿una falla de las transcriptoras automáticas? **Orson:** en Planificación escuché más de un comentario sobre supuestos errores de las transcriptoras automáticas. Aunque no veo cómo un error puede hacer que dos transcriptoras, en distintos portales y en distintos días, registren lo mismo. **Varinia:** tal vez a una se le jodió el reloj. Ponele que corresponden a dos portales que comunican con la misma fuente. **Orson:** sería raro, las transcripciones se archivan a diario, un desperfecto así se detectaría rápido. **Witold:** ¿y si el que archiva perdió una y para disimular el error copió otra con el mismo registro de voz? **Orson:** ahí va cerrando, eh. Los archivos son enormes, no hay mucho control. **Witold:** ¿no podés sacar otras transcripciones en donde intervengan esos mismos registros? **Orson:** lo voy a intentar, pero no es fácil. Estas deberíamos copiarlas hoy mismo, así las devuelvo. Voy a tratar de seguir el rastro, pero no te prometo nada. **Witold:** ¿y meterte en los archivos solo no podés? **Orson:** ni en pedo. Bueno, por ahora. Estoy tratando de duplicar las llaves. El tema es que apenas las veo de pasada: las lleva siempre el responsable de seguridad. Voy memorizando las muescas y trato de hacer las copias en casa. **Varinia:** estás loco. **Orson:** eso decía mamá. Lo de las llaves lo hago un poco como hobby: cada cerradura es un desafío, como una mujer. **Varinia:** animal. **Orson:** gracias. También estoy tratando de descular la llave de la caja fuerte. Ahí guardan varios informes.

Sonó la puerta. Tres golpes seguidos, una pausa, dos golpes espaciados. Varinia se acercó a abrir.

Entraron Félix y Rosa. Rosa saludó agitando la mano en el aire. Félix abrió la boca para decir algo, pero Orson lo atajó con un gesto.

Orson: acá calladitos. **Félix:** bueno, iba a hablar del artículo de Marcos Esteponi, tampoco es un secreto de Estado. **Orson:** mirá, hasta donde yo sé, este lugar es seguro, pero hombre precavido vale por dos. **Witold:** si hay alguien escuchando, que

escuche una fuente muerta, ¿está claro?

Félix asintió.

Félix: ¿leyeron la nota de Marco Esteponi? **Varinia:** yo no, pero estos dos no paran de hablar de eso desde hoy.

Félix sacó del bolsillo del pantalón un papel de diario doblado en cuatro. Se lo dio a Varinia. Ella se sentó a leerlo.

Orson: son todo pavadas. **Félix:** no sé, mirá que es un genio. **Witold:** un genio que no escribe ni una línea. **Félix:** un genio que escribe ensayos, y no es poco. **Orson:** mariconadas, la literatura es otra cosa. **Félix:** yo estoy pensando en replantear mi novela. **Orson:** vos siempre estás pensando en replantear tu novela. **Félix:** no, en serio, voy a tratar de meterme un poco en la dirección propuesta por Esteponi. **Witold:** ¿desde cuándo seguís consejos de un crítico? **Orson:** ¿a vos te interesa la literatura o el reconocimiento? **Félix:** yo quiero escribir, pero uno es parte de un momento histórico, uno tiene un contexto y es soberbio creerse por encima de su contexto, la literatura avanza en una dirección y yo quiero poner mi granito de arena. **Orson:** ¿estás seguro de que «avanza»? ¿Esa es la palabra? ¿Y estás seguro de que un crítico te va a marcar el rumbo a vos, que sudás la gota gorda? **Rosa:** pero ¿qué escribió Esteponi? **Orson:** le dio por decir cómo debe ser la novela contemporánea, con qué debe romper y toda esa mierda.

Félix estaba de espaldas a Rosa, sosteniéndole la mirada a Witold. Parecía enojado. Rosa lo sacudió del hombro, entonces le prestó atención.

Rosa: ¿me podés explicar? **Félix:** Esteponi analiza la dirección en la que avanzó la novela en las últimas décadas y sugiere caminos; básicamente, opina que las historias tradicionales se agotaron. Él propone una nueva forma de contar, una en la cual varias historias puedan convivir en la misma historia, y que el lector le asigne un significado al texto.

Varinia terminó de leer el artículo y levantó la vista.

Varinia: lo que dice el artículo no está mal, muchachos. **Witold:** no se trata de que esté bien o mal. **Félix:** ¿entonces de qué se trata, de romperme las bolas a mí? **Witold:** bueno, un poco sí, pero no es el corazón de nuestra crítica a la crítica. **Orson:** mirá, a mí me jode sobremanera que aparezca un tipo y diga cómo hay que escribir. **Witold:** o que diga cuál es la novela que la historia de la literatura necesita. **Orson:** una ridiculez: el futuro es incierto, uno escribe lo que le sale de las tripas, como le sale de las tripas. No importa si uno hace lo mismo que se viene haciendo desde el principio de la humanidad o si hace algo completamente nuevo. Al fin y al cabo, uno hace lo que puede. **Witold:** y los lectores elegirán la dirección que debe seguir la novela. **Félix:** con ese criterio, también es válido seguir las propuestas de Esteponi. **Witold:** sí, si lo hacés porque te lo piden los dedos y el cuerpo, y no por seguir una receta.

Félix parecía confundido. Como si se le hubieran secado, de repente, los argumentos.

Rosa: pero, a ver, que una historia tenga muchas interpretaciones pasa desde siempre, un texto no es el mismo para distintos lectores. **Félix:** sí, claro, pero Esteponi propone que eso no se produzca por accidente. **Varinia:** ¿cómo? **Félix:** con un libro que sea como el mundo: uno donde cada capítulo contradiga o contradiga en apariencia al anterior o al posterior, un libro donde sea el lector quien construya la historia. **Varinia:** no está mal. **Witold:** es teoría. **Orson:** la literatura se hace escribiendo, no dando conferencias.

Witold cierra los ojos. Se ha quedado anclado a las palabras de Félix. En su interior sospecha que los Vanguardistas tienen más en común con Esteponi de lo que él querría. Al fin y al cabo, Rosa lo había sugerido semanas antes: relacionar esas transcripciones es como ordenar las páginas de una novela vastísima, continua. Cuando decidieron organizarse para tapar portales, no los empujó una búsqueda estética, sino la voluntad de luchar contra un orden que despreciaban. Pero la novela está ahí, la ciudad la escupe a diario.

Ahora, pocos meses después del primer día en que Orson se robó una carpeta del archivo de Planificación, Witold piensa en las palabras que acababa de cruzar con Félix. Tal vez Esteponi no habla de literatura cuando habla de literatura, tal vez propone una manera de entender la política oficial en clave poética. O lo contrario: quizá a Esteponi no le interesa la política, sólo quiere dejar de lado la vieja separación entre autores y lectores, y para eso propone una novela que sea como el mundo o, por extensión, entender el mundo como una novela: una sin autor, que se gesta a sí misma.

Si así fuera, si cualquiera de estas interpretaciones de la interpretación de Esteponi resultara correcta, entonces ellos, los Vanguardistas, ocuparían en aquel juego un lugar similar al de los discípulos del crítico.

Discípulos involuntarios, piensa Witold.

Hay que joderse.

Isidro no durmió por miedo a encontrarse con #00G73698. Durante la noche escribió un informe: en él explica que la casa de Delia está limpia de portales. Lo hizo como excusa para posponer el sueño. Ahora, en el bar, lo hojea. Como si fuera la promesa de una solución o el principio de una caída vertiginosa.

Y piensa en la morochita dulce, simpática, linda. Ella lo ve y se acerca con su sonrisa de labios carnosos, sensuales.

Él le pide un café con leche y dos sobrecitos de azúcar. Ella dice que lo nota cansado, le pregunta si durmió bien.

Isidro está a punto de decir que no pegó un ojo porque no puede dejar de pensar en ella. En este instante, está convencido de que es la verdad. Siente que Delia, que #00G73698, que la posibilidad de pasar a Planificación o la angustiante escapatoria de no hacerlo, son espejismos.

Ella, no. Ella es real.

Sin embargo, ni siquiera le pregunta su nombre. Ni le dice que daría cualquier cosa por entender por qué él, que hace años que apenas siente una ligera molestia por el día a día, es víctima de esos sacudones cuando la ve.

¿Le entregará el nuevo informe a Arminio? Parece una partida de cartas. Dios ha dado, él puede jugar la carta que salvará a Delia o la que joderá a Arminio.

Un juego, nada más: Dios reparte, los hombres sobreviven.

Ella trae el café con leche. Isidro descubre en su mejilla, debajo de su ojo izquierdo, una pequeña marca: un lunar diminuto o un pequeño grano o una cicatriz apenas perceptible.

Isidro siente que esa pequeña marca es un mundo.

Siente que es el Mundo.

Ella está tan cerca, piensa, y le gana la euforia. Una euforia breve, desconcertante.

Una euforia que se desvanece al segundo.

De pronto, se siente solo. Desgraciadamente solo. Como si una cascada de agua fría lo aislara de aquel bar, de la morocha linda, del resto de los mortales. Las imágenes, los sonidos le llegan desdibujados, como rastros imprecisos.

Ella está tan lejos.

Le acogota la decepción.

Piensa que es mejor pensar en #00G73698. La angustia de ese recuerdo, ahora, es para él un refugio. Dentro de pocas horas lo enfrentará, conocerá su cara. Es extraño: le agrada saber que la Inspección ha permitido encontrarlo. Si logran enjuiciar a la bestia gracias a su trabajo, entonces su trabajo cobrará sentido.

Dios repartió esas cartas hace mucho. #00G73698 jugó su mano con pulso firme.

Ahora jugarán ellos.

Abre el cuaderno de tapa dura, roja. Anota:

Hipótesis de trabajo N° 259:

Dios es un crupier.

Félix: es que Esteponi no es escritor, él propone caminos. **Witold:** por eso no entiendo cómo se gana el respeto tuyo y de otros tipos que sí están dispuestos a mojarse, a recorrer esos caminos. **Félix:** porque los caminos propuestos son buenos; no importa quién marque el rumbo, importa el rumbo en sí. **Orson:** suena lindo; y falaz. **Witold:** en la literatura no se puede marcar un rumbo, es como querer trazar una huella en el mar; en la literatura sólo vale la literatura. **Varinia:** ¿no serán unos fundamentalistas, ustedes dos? Yo estoy de acuerdo en que la literatura avanza gracias a los escritores y no a los críticos, pero los escritores escriben motorizados por una variedad amplia de estímulos. ¿Por qué no puede Félix partir de las palabras de Esteponi?

Witold y Orson se miraron. Orson sonrió. Tal vez pensaba que Varinia había dado en el clavo. La cara de Witold fue surcada por una mueca rara, una mezcla de ira y orgullo.

Rosa: más allá del blablablá, no termino de entender. Quiero decir, me pueden venir con miles de teorías, pero me parece un ejercicio intelectual onanista. Un montón de veces, por los comentarios de algunos intelectuales, pensé que un libro debía ser genial. Después vas y lees el libro y se trata de una porquería. **Varinia:** ahí lo genial es la crítica, no el libro que la inspira. **Witold:** y esta discusión trata de eso. Lo que te pasa a vos se debe a que los críticos sólo pueden ser grandes hablando de grandes obras. Y si esas obras no existen, las inventan. Por eso ven textos rupturistas a rolete. Aunque sean rupturas hacia el costado, caminos que se abren para secarse ahí mismo, sin dar paso a nada. Son estafadores, su ego se ubica por encima de sus posibilidades y de las de su contexto. Y lo de Esteponi se parece: habla de una novela posible, pero no la escribe. **Félix:** para eso estamos nosotros. **Orson:** ¿y él para qué está? Porque nosotros podemos escribirla, y también podemos soñarla. ¿Qué pito toca entonces? **Félix:** teorizar y escribir son dos cosas distintas, ambas válidas. No cualquier escritor será un buen teórico, ni al revés. Y la literatura los necesita a ambos. **Rosa:** todo muy lindo, pero sigue siendo abstracto. **Félix:** abstracto, nada: el mundo es contradictorio, está lleno de historias. Muchos de sus personajes se relacionan, muchas historias llevan a otras historias. A vos te pasan cosas que sirven para entender la historia de tu vecino. O no. Y nada es lineal, o de una interpretación única. Cualquier acontecimiento tiene múltiples lecturas. En realidad en cada historia de cada uno de nosotros conviven varias; dependiendo de la información a la que accedas, te enterarás de alguna. Y eso sin hablar de los juicios de valor. El que para alguien es un héroe, para otro resulta un hijo de puta. La novela propuesta por Esteponi reproduce al mundo. O es un pequeño mundo. Él sugirió una novela en la que lo que se cuente en cada página no tenga nada que ver con lo que se cuente en otra. Abundarían las claves para unirlas, claves contradictorias; el lector debería elegir una. O quizá no habría claves, y el lector debería inventarlas. Pero sea como fuere, se trataría de una multiplicidad de voces, multiplicidad de acciones y de personajes; Esteponi incluso sugiere que se podría leer en cualquier orden, y siempre

sería una historia distinta. Aunque también, en algún punto, sería la misma. Como el mundo: es el mismo para todos pero nadie lo percibe igual. Esa historia contendría decenas de finales: en sus líneas se ocultarían las claves para encontrarlos. Pero serían tantas que cada lector sólo entendería aquellas con las que se identificara. Y el lector no podría hacer nada más que rendirse a la clave que eligió o constituyó o descubrió. También va más allá: propone una novela arriesgada, de resolución incierta, una novela donde las páginas no estén numeradas, donde el lector las lea en un orden azaroso. Donde ningún lector lea todas las páginas, donde ningún lector sepa qué página le falta por leer. En cada edición de esa novela el orden de las páginas variaría. Diferentes ejemplares circulando, todos con la misma información en cada hoja pero con un orden siempre distinto. El lector debería, poco a poco, numerar esas páginas. Distintos lectores encontrarían una numeración distinta. O no, quién sabe. **Rosa:** ah, es un vivo bárbaro. Él propone, pero eso hay que escribirlo. **Witold:** eso mismo pensamos con Orson, es un efectista. **Varinia:** pero... esa novela ya existe.

Todos la miraron esperando una explicación.

Varinia: esa novela que acaba de describir Félix está acá...

Varinia señaló el archivo. Witold levantó una mano, como para argumentar algo, pero Félix lo interrumpió.

Félix: ¿no podemos seguir la charla en otro lado, hablando como gente normal?

Witold agarró su abrigo y se dirigió a la puerta. Pero Varinia lo detuvo plantando con suavidad una mano en su pecho.

Varinia: nada de eso, hay trabajo pendiente. Tenemos que copiar las transcripciones que trajo Orson, así las devuelve hoy mismo. Si no nos tomamos esto en serio, nunca vamos a encontrar la clave para numerar las páginas de nuestra novela.

Witold la miró ofendido, pero no respondió.

Al final, como siempre, ella tenía razón.

En la entrada al Palacio de Justicia es habitual encontrar decenas de deudores libres mayores de ochenta años. Casi todos viven en el Barrio Marítimo. Se acercan al Palacio para presentar una solicitud de readmisión. Quienes no obtienen el visto bueno de la Justicia pueden optar entre el suicidio o esperar la muerte en la soledad de sus departamentos miserables. Algunos pocos comparten sus últimos días con un hijo, una nieta. Aunque la ventaja es discutible: sus familiares no ocupan otro lugar que el de testigos impotentes de sus muertes. Tampoco falta quien prefiere agonizar solo.

Para los deudores libres no resulta fácil presentar la solicitud. El formulario se retira en cualquier oficina de correos y debe entregarse en mesa de entradas del Palacio. Aunque el trámite guarda una contradicción: sólo los ciudadanos tienen derecho a acceder a las dependencias oficiales.

Los ancianos forman, en la puerta del Palacio, un mar de personas desesperadas muy difícil de atravesar. Los viejos ruegan a quienes ingresan al edificio que acerquen sus petitorios hasta la mesa de entradas. Poca gente quiere ayudarlos: el tiempo de espera para completar el trámite suele ser de cuarenta o cincuenta minutos. Y eso, si hay suerte.

Quienes trabajan en el juzgado entran a primera hora, cuando los policías abren una brecha. Los ciudadanos que deben acceder al Palacio durante el transcurso de la jornada no lo tienen fácil. Algunos, sabiendo de la dificultad, aceptan entregar las solicitudes. Entonces decenas de viejos se acercan, les dan sus petitorios. Luego les abren paso. Otros deudores libres empujan, gritan, exigen ayuda. Los viejos que dieron su solicitud al ciudadano lo protegen. A veces se producen débiles revueltas.

La mayoría de los ciudadanos que aceptan solicitudes, una vez dentro del edificio, las tiran a la papelera. Hay una enorme junto a la puerta. Los ancianos lo saben. Por eso llevan varios petitorios y, aunque alguien acepte uno, continúan insistiendo a otros ciudadanos. Los viejos, por lo general, se presentan a diario, o al menos varios días a la semana, y no dejan de hacerlo hasta que reciben la confirmación de que su formulario fue aceptado.

O hasta que enferman y mueren.

O hasta que se cansan y se suicidan.

Conozco bien lo engorroso que es el acceso al Palacio de Justicia. Me presento allí una o dos veces al mes. Nunca ayudo a ningún deudor; al fin y al cabo, sus problemas no son mis problemas. Pero tampoco puedo caer en el truco fácil de mentirles. Cuando debo entrar al Palacio, pido ayuda a algún policía. Suelen preocuparse por agradar a un Inspector. Si bien no me deben obediencia, muchas veces se comportan como si así fuera. Casi siempre me llevan por una puerta secundaria que da a uno de los patios del recinto. Pero hay días en que los policías me escoltan hasta la entrada principal, apartando a los viejos con pulso firme. Es desagradable ver esas caras surcadas por la ira, la impotencia y la amargura.

La mañana en que debía presentarme al juicio de #00G73698 llegué bastante

temprano. En la entrada principal habría más de doscientos viejos. Muchos trataban de alcanzar a un muchacho que aceptaba petitorios. Los viejos se empujaban con debilidad, estiraban sus brazos. Quienes, a pesar de su esfuerzo, no llegaban hasta él, lloraban de rabia. Quienes lo alcanzaban, lloraban de alegría. Otros miraban desde lejos, con resignación.

Cerca de donde me encontraba, cinco viejas hablaban, algo apartadas. Una se acercó a preguntarme si podría presentar su petitorio. Negué con un gesto. En su cara noté la desilusión. Entonces escuchamos un grito apagado. Una mujer de unos ochenta y cinco años salió de entre la multitud sujetándose el costado. Vestía con una camisa celeste y una falda a cuadros en tonos beige. Del costado, donde presionaba con su mano, le brotaba sangre.

La mujer se alejó del gentío. La siguieron dos ancianos. Uno caminaba con dificultad, ayudándose con un bastón. El otro casi no veía: se le habían roto los anteojos. Los dos también habían sido heridos. El primero dio tres o cuatro pasos y cayó. Entonces escuché gritos entre los viejos, vi como se alborotaban. Segundos después se impuso una calma repentina, los viejos se dispersaron despacio pero decididos. En el suelo, lleno de moretones, un anciano sostenía un cuchillo de cocina ensangrentado. Me acerqué a él. Respiraba con dificultad. Me vio y sólo atinó a levantar su mano izquierda. Sostenía un petitorio. Dijo unas palabras poco claras. Creo que dijo «por favor». Después murió.

Un agente se acercó hasta donde me encontraba. Los viejos se habían alejado a unos veinte metros. Nos miraban. La entrada al Palacio estaba despejada. Le pregunté al agente si debía tomarme declaración. Desestimó mi comentario. El muerto no era un ciudadano, los heridos no eran ciudadanos: resultaba inviable iniciar un proceso.

Según me dijo, hacía meses lo destinaban al Palacio de Justicia. Durante los primeros días trató de poner orden, despejar la entrada, detener a los conflictivos. Pero sus superiores veían con mala cara su empeñamiento: los vacíos jurídicos eran tantos que ningún operativo llegaba a buen puerto. Los detenidos volvían a ser liberados, volvían a presentarse en el Palacio de Justicia. Si fueran útiles en una cárcel-fábrica, me dijo el agente, sin duda CONTROLIMPOSA se haría cargo de ellos. Pero CONTROLIMPOSA alega que un deudor de más de sesenta y cinco años pasa a ser un deudor libre, por lo que está fuera de su jurisdicción. La policía, por su lado, alega que un no ciudadano también está fuera de su jurisdicción, pues en caso de detenerlo deben trasladar el expediente a CONTROLIMPOSA.

En ese momento, un hombre de mediana edad, vestido con camisa y corbata, aprovechó para entrar al edificio. Era mi oportunidad, di un paso hacia el interior. Pero sentí que me sujetaban del saco.

Bajé la vista y me encontré con una niña de unos doce años. Llevaba un vestido largo hasta los tobillos, floreado. Sonreía apenas arqueando sus labios finos, sin mostrar los dientes. Tenía ojos rasgados y la cara picada por la viruela. Con su mano izquierda me agarraba del saco, con la derecha tomaba la mano de un viejo, un

hombre sin duda mayor de ochenta años. El viejo intentó sonreír, pero sus labios temblaban demasiado. Un delgado hilo de moco acuoso cayó de su nariz y él, como si fuera un niño, se lo secó con la manga de la camisa. Vestía pantalones grises raídos, un pulóver azul con escote en V agujereado en el codo y en el hombro. Usaba gruesos lentes cuyo armazón roto estaba arreglado de forma improvisada con cinta adhesiva. Sus zapatos en perfecto estado desentonaban con el resto de su ropa.

Volví a mirar a la niña. Me conmovió su expresión inocente y dulce.

Tras un instante, la reconocí. Era la niña mujer del Barrio Marítimo. Aunque ya nada tenía de mujer. Mi expresión cambió repentinamente y ella soltó una risa que dejó mostrar sus pequeños dientes picados. Pensé que me desmayaría.

Di un paso hacia la calle, me senté en el cordón de la vereda. Allí, junto a una ambulancia, un médico atendía a la anciana herida poco antes. Le explicaba que no podrían llevarla al hospital, pues carecía de cobertura. Le recomendó volver a su casa, guardar reposo. Quizá, también, rezar. Aunque esto último lo dijo sin convicción. La vieja insistía en que su dolor era muy agudo. El médico la dejó hablando sola y se acercó a mí. Me preguntó si me encontraba bien. Asentí. Apoyó la palma de su mano en mi frente. Sería recomendable llevarme al hospital, sugirió. En ese instante la vieja se desplomó. El médico se dio vuelta, la vio en el suelo. Hizo un gesto de resignación y volvió a preguntarme si no prefería que me trasladaran al hospital. Volví a negar. Entonces regresó junto a la vieja, le tomó el pulso. Ordenó a un camillero retirar el cuerpo.

La niña que ya nada de mujer tenía se acuclilló a mi lado. Me miró a los ojos y con suavidad me acarició la mejilla. Levanté la vista hasta encontrar su mirada. Sonreía. Me mostró un petitorio. El viejo, que debía de ser su abuelo, presenciaba la escena a unos metros. Agarré el petitorio, asentí con un gesto. Ella me rodeó con sus brazos, apretó fuerte su cuerpo contra el mío. Sentí sus tetas pequeñas y duras, recordé la noche de la playa y a aquella niña mujer que ahora me parecía tan lejana. Ella volvió con su abuelo. Lo tomó de la mano y se perdieron entre la multitud.

Me puse de pie, le pedí al oficial que me acompañara hasta la puerta trasera. Para el momento en que rodeábamos el edificio, la entrada principal estaba otra vez obstaculizada por decenas de ancianos. Era el mismo paisaje que había presenciado al llegar. El mismo que presenciaba siempre en la puerta del Palacio de Justicia.

Cuando estuve frente a él, supe que era #00G73698. Aun así, dudé de estar mirando a un asesino. Es difícil de explicar. De hecho, fue difícil, para mí, de entender. Se encontraba sentado en una silla de madera. Parecía resignado. Ni arrepentido, ni triste, ni temeroso. En su respiración cadenciosa yo adivinaba la resignación.

Abrí el maletín, apoyé el lector analítico de voces y sonidos sobre el escritorio, enchufé el micrófono y lo coloqué en un soporte. Pablo Argañaraz, como se llamaba el detenido, observaba con tranquilidad. Yo intentaba parecer profesional.

La rutinita del peritaje no era nueva para mí. En cuatro o cinco oportunidades me

había enfrentado a tipos a los que había escuchado en algún portal. Sin embargo, la sensación que tuve al enfrentarme a #00G73698 fue diferente a cualquier otra.

El trámite no llevó más de veinte minutos. Le hice leer algunas frases cuyo contenido carecía de relevancia: frases sencillas que recopilaban múltiples fonemas. Cuando escuché su voz, se disiparon mis dudas. Ni siquiera necesitaba ver las mediciones del lector. Esa voz había quedado grabada en mi recuerdo, se había reproducido decenas de veces en mis pesadillas.

Al terminar aquella primera parte, descansamos diez minutos. Tomé un café mientras hablaba con el fiscal. Me contó que habían encontrado a #00G73698 de casualidad: lo investigaban los de Evasión. Y no por una deuda abultada, apenas por un atraso de dos meses. Ni siquiera le correspondía ser confinado a una cárcel-fábrica. Se le detenía para levantar un acta, intimarlo al pago. Al detenerlo, como obliga el procedimiento, se le hizo una verificación de los parámetros de su voz y se comparó con los de los delincuentes buscados. Ante los resultados de las pruebas, la sorpresa sacudió los despachos policiales.

Según me explicó el fiscal, Pablo Argañaraz negaba los crímenes. Aunque los negaba sin énfasis. En ningún momento se escandalizó por lo que le imputaban. Sus ojos se volvían vidriosos cuando se le hablaba al respecto.

Volvimos a sala. Repetimos las mediciones. Pablo leyó una serie distinta de frases. Tal como había sucedido en la lectura anterior, no cabía posibilidad de error. Nos encontrábamos ante #00G73698.

Durante los treinta minutos que estuve ahí, el desgraciado se mantuvo imperturbable. En los últimos meses había logrado, si no olvidar, al menos alejar de mí los recuerdos sombríos de sus crímenes. Frente a él, volví a recordar la voz quebrada de Corina, movida por un impulso mínimo, mientras pedía clemencia.

Escuché, también, en la intimidad de mis recuerdos, la secuencia aquella: un soplido largo, de unos treinta segundos; dos minutos de pausa; un soplido corto, de unos cinco segundos; otros dos minutos de pausa; de nuevo el soplido largo.

La había escuchado en sueños, decenas de veces.

La había escuchado en la vigilia, decenas de veces.

Pensé en Corina Muñoz, la joven de veintitrés años que había desaparecido seis días antes de que escucháramos al animal actuar. Ella medía un metro sesenta y cinco, no era delgada, pero sus formas eran proporcionadas y sugerentes. Una mujer atractiva de pelo rubio, lacio, ojos almendrados. Se volvió a proyectar en mi cabeza la imagen de Pablo Argañaraz abusando de ella. Ahora ambos tenían un rostro: ahora todo resultaba espantosamente real.

Sin embargo, ese tipo tal vez no purgaría ninguna condena. Según me había explicado el fiscal, las únicas pruebas se desprendían de las transcripciones. En su domicilio no hallaron ningún elemento que lo incriminase.

En otros casos, las transcripciones habían aportado datos esclarecedores, a veces constituían pruebas determinantes, pero no había antecedentes de un proceso en el

que no existieran más pruebas que las propias transcripciones. Si el juez dictaba sentencia apoyándose sólo en ellas, sentaría jurisprudencia.

El fiscal me explicó que el juez estaba recibiendo presiones del Ejecutivo para que se hiciera justicia. «Hacer justicia» era un eufemismo para indicar que, sea como fuere, se debía institucionalizar el uso de los portales como fuente de información irrefutable. No adiviné qué interés motivaría las presiones.

Entendí las dudas del fiscal y del juez. Pero yo había presenciado una de las torturas: ni el fiscal ni el juez ni el abogado defensor podrían sentir aquello. Ellos se limitaban a leer informes en los que se había diluido el dolor, la desesperación.

Quise aniquilar a ese tipo. Se trataba de un sentimiento extraño, no estaba contaminado por la furia. Era más bien un odio persistente y reposado.

Un odio puro, cristalino: sólo deseaba verlo sufrir.

Cuando terminó mi trabajo, sentí algo así como un placer tibio. Deseaba que encerraran a ese tipo en una cárcel de máxima seguridad, donde, una vez que se filtraran los detalles de sus crímenes entre sus compañeros, sufriría tanto como lo habían hecho esas once chicas.

Supuse que el juez se rendiría ante la presión del Ejecutivo y me sentí muy bien, casi feliz.

Qué raro: otra vez, como en la mañana del día anterior, estaba contento.

Cuando salí de la sala eran las doce. Debí esperar algo más de una hora en mesa de entradas para entregar el petitorio del abuelo de la niña que ya no era mujer. Me dieron un comprobante. En la calle, no la encontré a ella ni al viejo.

Sobre mis hombros pesaba el cansancio de años. Necesitaba un café, pero no cualquiera. Necesitaba que me lo sirviera ella, la morochita dulce, cuerpito frágil, sonrisa de labios carnosos.

Pasaría primero por la oficina de Arminio. Le daría el informe que liberaría a Delia de una condena inmerecida. Después iría por mi café.

Me tomaría la tarde libre.

Al fin y al cabo, era mi último día en Inspección General. Por una vez, haría lo que se me antojara.

II

BUROCRACIA

Las medidas de seguridad del edificio de Planificación General son tan estrictas como las de Casa de Gobierno. Es decir que está lleno de agentes con cara de culo y sin sentido común. Cuando me presenté el primer día, casi me pegan un tiro. Me metí en el hall principal con el paso vacilante de quien va a un trabajo nuevo. Impostando confianza, seguí el pasillo que, según uno de los carteles, me llevaría al ascensor que subía sin escalas al piso dieciocho: el piso de los jefazos. Debía presentarme ante el secretario de Planificación, Eduardo Echegoyen.

Había avanzado un par de metros por el pasillo cuando escuché un silbato, varios gritos y el bullicio de botas agitadas. En tres o cuatro segundos me rodearon cinco gorilas que me apuntaban a la cabeza con sus armas reglamentarias. Esas Magnum 44 que los hacen sentir tan seguros de sí mismos.

—Buenos días —dije.

Ni se inmutaron.

Me empezó a picar la oreja derecha. Lo razonable era no mover ni un músculo, ni siquiera para rascarme. Se hacía difícil, la picazón se volvía cada vez más molesta. En ese momento llegó un tipo delgado, no medía más de metro sesenta. Su nariz pronunciada y sus bigotes finos acentuaban una expresión entre acomplejada y furiosa.

—¿Está buscando algo? —preguntó.

—Me espera Eduardo Echegoyen.

El tipo me miró de arriba abajo. Dos veces. Debía de ser un petiso resentido. Muchos petisos son resentidos.

—Espere un momento.

—Le prometo que no me muevo.

Entendió. Tras un gesto mínimo de su mano, los gorilas bajaron las armas. El petiso caminó hasta su escritorio, a unos diez metros de donde nos encontrábamos.

Miré a los agentes.

—¿Mucho laburo? —pregunté para romper el hielo.

Ninguno respondió.

Levanté mi mano derecha para rascarme. En una décima de segundo, los cinco volvieron a apuntarme a la cabeza.

Poco después, el petiso volvió con una hoja.

—¿Su nombre?

—Isidro Rawson.

—Documentos, por favor.

Un romántico: «Documentos, por favor». Se ve que le gustaba el trabajo.

—Los tengo en el bolsillo —avisé.

—¿Me los podría facilitar?

—Sí, sí, encantado, pero avísele a los muchachos que los voy a sacar...

El petiso les hizo un gesto parecido al de antes. Los agentes asintieron, pero esta vez no bajaron las armas.

—Proceda —me alentó.

Muy despacio, llevé la mano al bolsillo interior del saco.

—Vamos, hombre, que no tenemos todo el día.

Saqué el documento y se lo di. Lo estudió del anverso. Lo volteó y se tomó unos segundos para mirarlo del reverso. Lo volvió a dar vuelta. Esta vez levantaba la mirada cada tanto para comparar mi cara con la de la fotografía. Lo miró de nuevo del reverso y leyó con detenimiento. Lo volvió a voltear, miró alternativamente la foto y mi cara, varias veces.

—Usted es Isidro Rawson —dijo mientras me lo devolvía.

—Efectivamente.

—Lo espera en su despacho el señor Echegoyen.

—Lo sé.

—Venga conmigo.

Caminamos rumbo al ascensor. Los gorilas volvieron a sus puestos.

—Tiene que andar con cuidado, no puede meterse así como así en el edificio. La vigilancia, acá, es muy estricta. Se trata de la seguridad nacional.

—Sí, sí, lo entiendo —respondí—. Lo que pasa es que vi el cartel indicando para dónde queda la oficina de Echegoyen y me pareció razonable ir para allá. Sobre todo teniendo en cuenta que vengo a ver al señor Echegoyen.

—Sí, el cartelito... —respondió como lamentándose—. Le digo la verdad: está mal puesto, ahí. Cualquier visita debe presentarse en mi escritorio. Lo que pasa es que claro, uno se mete, ve el cartel antes de llegar a mi escritorio y lógico: dobla. Qué se va a imaginar otra cosa. Yo lo hablé con la gente del Departamento de Señalización. Pero estas gestiones son complicadas. El jefe de mi departamento tiene que elevar una propuesta al asistente del encargado de Evaluación de Reformas de Señalización. El cristiano ese verifica que se cumpla con las formalidades técnicas del pedido y se lo pasa a su jefe, que hace un estudio de factibilidad operativa y, si decide darle curso, redacta un proyecto y se lo asigna al director de su departamento. El director, si lo aprueba, pide autorización a la tesorería de la Secretaría de Planificación. En cuanto dan el visto bueno de la tesorería, se manda la orden a la gente de Diseño y Comunicación: ellos proyectan los carteles y se los encargan a los muchachos del taller. Y todo eso por un cartelito. El otro día colgué una nota escrita a mano. Cuando la vio el director de Señalización no se puede imaginar cómo se puso. Ahí mismo me soltó una charla que para qué, y me explicó todo esto. Yo ya le pasé nota a mi jefe. Según me dijo, prefiere, antes de empezar la gestión, consultarlo con el auxiliar del asesor del secretario de la Oficina Legal y Técnica, para evitar un error en la solicitud y que en vez de colgar ese cartel en la entrada, terminen colgando otro cartelito en otro lado. Esas cosas a veces pasan. Un día vamos a tener una desgracia. Con decirle que la semana pasada un agente nuevo casi le pega un tiro a un diputado. Porque nosotros tampoco podemos hacer la vista gorda, ahora estamos en un momento difícil, con alerta máxima. Las posibilidades de un atentado son altas, los

muchachos a veces se alteran. Son muy celosos de su trabajo, vio.

Llegamos hasta el ascensor, al fondo del pasillo. Él lo llamó. Cuando se abrió la puerta, se despidió con un gesto.

—Arriba, apenas sale del ascensor, va a ver a una señorita que le conducirá hasta la oficina de Echegoyen.

Agradecí la cortesía.

—Y ahora ya sabe, cuando venga a visitarnos, antes de subir, pase por mi escritorio.

—Nos vamos a ver seguido, voy a trabajar acá.

—Lo felicito —dijo—. Pero igual, antes de subir, pase por mi escritorio. Es por un tema de seguridad nacional, usted comprenderá.

—Comprendo, cómo no voy a comprender.

—Y cuídese —remató mientras se cerraba la puerta del ascensor.

La recepción del piso dieciocho era muy amplia. Las vistas de la ciudad me impresionaron. Las paredes cubiertas de mármol me impresionaron más. Aunque no había nada como la rubia que sonreía detrás del escritorio. Se parecía a las mujeres de los afiches publicitarios, esos que venden lencería erótica femenina o comida para mascotas, sólo que ella era de verdad.

—Usted debe de ser el señor Rawson —dijo con aire informal, casi cómplice.

Era el momento de decir algo inteligente. Inteligente y gracioso. Mis palabras se grabarían en su subconsciente.

—Sí —dije. Típico de mí.

—Bienvenido, mi nombre es Mirna —dijo mientras se ponía de pie para estrecharme la mano. Yo me acerqué como para darle un beso. Al notarlo, ella retiró su mano y acercó la mejilla, pero para entonces yo había dado un paso para atrás y había estirado mi brazo. A raíz de la confusión le toqué la cadera, muy cerca del culo. Me sentí bastante idiota y creo que me puse colorado. Ella, con una sonrisa espontánea, dio vuelta de página al mal momento.

—El señor Echegoyen no podrá recibirlo —dijo—, le ha surgido una reunión con el ministro, pero lo espera el subsecretario.

Ella se puso de pie, me pidió que la siguiera. Llevaba una falda negra, ceñida, que le llegaba hasta unos diez centímetros arriba de las rodillas, medias negras, una blusa blanca agradablemente abultada. Tenía un cuerpo estilizado, de curvas pronunciadas aunque sin exageraciones. Caminamos a lo largo de un pasillo. Se detuvo en una amplia recepción con sillones mullidos.

Golpeó despacio una puerta.

—Espere aquí, por favor —dijo, y entró al despacho.

En ese momento sucedió algo extraño. De repente se me vino a la cabeza la imagen de la morochita frágil. Recordé su marca debajo del ojo izquierdo, su nariz grande y curva, sus manitos con las uñas arrancadas a mordiscones. Si en ese preciso

instante hubiera podido elegir acostarme con cualquier mujer del mundo, incluyendo a la rubia, hubiera elegido a la morochita.

La rubia salió. De su pelo recogido en un rodete se escapaba un mechón que caía sobre su mejilla. Unos lentes de armazón finísimo, color bronce, daban a sus ojos verdes un aire ligeramente distante, misterioso.

Y yo seguía prefiriendo a la morochita frágil.

Entonces tuve miedo. Un miedo profundo, uno que hacía años no sentía.

—Puede pasar, el señor Espíndola lo espera.

¿Espíndola?

La puerta se abrió, Néstor estaba ahí.

—¡Isidrín, monstruo! Pasá, ponete cómodo...

Entré a un despacho gigantesco amueblado con varios sillones de cuero negro alrededor de una mesa ratona, de vidrio, y un escritorio más grande que la mesa de la sala de mi casa; o tal vez más grande que la sala de mi casa. Detrás del escritorio, a través de un ventanal que iba desde el suelo al techo y de pared a pared, se veía la ciudad.

—¡Qué hijo de puta, Isidrín! Vos por acá... Qué alegría cuando el infeliz de Arminio me dijo que te había convencido... Por fin una que hace bien el pavo ese... ¿Cómo estás?

—Bien... bien, bueno, como siempre.

—¡Isidro viejo y peludo! Otra vez juntos, che.

—No sabía que te habían nombrado subsecretario.

—Ya ves. Se dice rápido... «Subsecretario de Planificación». Me costó, eh. Si supieras la de vergas que me tuve que comer.

—¿Muchas?

—Muchas no, pero olorosas. Y algunas bastante gordas.

Me parecía increíble. En la Inspección nos entendíamos muy bien. Es un tipo brillante, pero nunca lo creí capaz de llegar tan lejos.

—Recibí tu carta... No la contesté porque preferí darte esta sorpresa.

—Me sorprendés, eso no lo puedo negar. Por fin sentaste cabeza.

—Bueno, bueno, tampoco me tomés para la joda. Una cosa es fruncir el ceño de cara a los jefes y otra es engañarte a vos. Soy el mismo de siempre, Isidrín. Pero ellos no lo saben. ¿Me podés creer que el presidente me pide consejos de seguridad nacional? Estamos todos locos, pedirme consejos a mí.

Con un gesto me invitó a sentarme. Dijo que mi ayuda resultaría fundamental: necesitaban reforzar el equipo y quería gente de confianza. A mí me parecía absurdo que aún no se hubieran rendido.

—Sí que nos rendimos. Y varias veces. Pero viste cómo es lo de la seguridad nacional: hay buena guita —respondió mientras soltaba una carcajada que debió de haber sonado en toda la planta. Después cambió el tono de voz por uno más serio—: la verdad es que la cuestión se está complicando. Estamos preocupados. Sí, ya sé lo

que pensás. Pero vos esperá. Acá vas a tener acceso a un montón de información: nuestros archivos, los de la Policía, los archivos de la Secretaría de Inteligencia. No voy a tratar de convencerte, vas a ver solito. Te adelanto una cosa, nomás: hay un grupo de gente muy pesada, unos insurgentes que, según los informes de Inteligencia, están muy bien coordinados, con unas medidas de seguridad bárbaras, y están pensando en montar una gorda. El ministro tiene un cagazo de Dios padre y señor nuestro y la madre que lo parió. Por lo de las elecciones, viste. Ahora el Presi mide bien en las encuestas. Si se va todo al carajo, sonamos. Los planes de esta gente podrían dar vuelta el escenario. Nosotros los vigilamos a través de un par de portales, pero no sabemos ni quiénes son ni dónde se esconden. Si damos con la fuente de estos portales, los hacemos cagar. Por eso estamos trabajando duro en el tema.

Parecía increíble. Querían hacer en menos de un mes lo que no habían hecho en siete años. Preferí no opinar. Ese nivel de improvisación ya no me escandalizaba. Le pregunté cuáles habían sido los últimos avances. Me miró con desdén, arqueando la ceja izquierda. Quedó claro cómo venía la mano. Aunque habló con mucho optimismo del desarrollo de la gente de Ingeniería: confiaba en que sería muy útil para la prevención de atentados. De hecho ya lo estaban usando en los portales clave. Se trataba de una máquina que registraba cualquier conversación de manera que luego se podía volver a escuchar tantas veces como uno quisiera. Una ayuda enorme, dijo, porque por más bueno que fuera un transcriptor, siempre podía equivocarse. Y la eficacia de la transcritora automática era discutible.

Eché otra mirada al despacho. Parecía mentira. Con Néstor habíamos inspeccionado los primeros portales. Juntos, prácticamente, diseñamos las técnicas de detección. Hasta colaboramos con los de Ingeniería cuando gestaron la primera máquina de transcribir.

—¿Y hace mucho que te nombraron subsecretario?

Néstor soltó otra carcajada.

—Me imaginé que te ibas a sorprender. Seguí sin leer las circulares...

—Me aburren.

—Sí, son un embole. De subsecretario estoy hace dos meses. En el puesto de analista calificado podés forjarte un lindo futuro. De ahí a asesor hay un paso. Y cuando sos asesor conocés a todo el mundo. Es cuestión de saber encontrar el momento para pedir.

No me interesaba forjarme un futuro. Y poco a poco tomaba conciencia de dónde me había metido. Aunque aún desconocía si avanzaba o me hundía.

Le pregunté cuál sería exactamente mi trabajo.

—Hacé lo que quieras, Isidrín, si sos un amigo. Lo único que te pido, por favor, respetame a la rubita que se la cepilla el jefe. No la cagués de entrada.

—¿La secretaria anda con Echegoyen?

—No, qué Echegoyen, si ese es más fiel que un perro. A la gorda no la caga pero ni de pensamiento. Y si vieras cómo lo trata, ¡qué carácter! No, esta turra se encama

con el ministro. Esto que te digo que quede entre nosotros, eh.

Con un gesto parco prometí silencio. Néstor dijo que mi único trabajo sería pensar. De una biblioteca junto a su escritorio agarró una carpeta negra de unas doscientas páginas. Me la dio. Allí había informes de los procedimientos realizados hasta ahora.

—Estos son resúmenes —me explicó—. Los armamos para el presidente, que la verdad no le gusta mucho laburar. Los analistas hacen informes; los asistentes, resúmenes que los leen los asistentes de los asesores del presidente. Los asistentes de los asesores del presidente le dicen a los asesores de qué van los informes. Los asesores, si lo creen conveniente, lo hablan con el Presi. Él reflexiona y toma decisiones, que al final para eso le pagamos, y después se reúne con el ministro del Interior, con Echegoyen y a veces hasta conmigo. Da órdenes, que suelen ser inútiles. Después nosotros hacemos más o menos lo que nos parece. Al fin y al cabo, nosotros leemos los informes enteros. Y entre nosotros, él casi nunca sabe de lo que está hablando. No me extraña que vayamos como el culo.

Néstor agregó que esos resúmenes serían mi punto de partida. Luego debería trazar yo mi camino. Tendría acceso a todos los archivos del Ministerio y de Inteligencia. Lo único que no podría ver serían las transcripciones. Parece ser que se tomaban en serio la Ley de Protección del Derecho a la Privacidad. Comentó algo de que les gustaría cambiarla, pero en todo caso lo harían después de las elecciones.

Un trabajo imposible: resolver en menos de un mes lo que no se había resuelto en años. Es decir, resolver en menos de un mes lo que no se podrá resolver nunca. Lo mirara como lo mirara, parecía absurdo. Preferí no comentarlo. Al fin y al cabo, estaba ante mi jefe. Jugaría su juego: buscaría respuestas, no las encontraría, entonces buscaría excusas y a otra cosa mariposa. Seguía siendo un burócrata, tampoco era como para preocuparse. Con suerte, los terroristas no atentarían antes de las elecciones y todos contentos.

Y si atentaban, ya se vería.

Cuando habíamos cumplido con las formalidades, Néstor me preguntó por Witold. Lo puse al tanto de los detalles.

—Decile que ya tiene el problema resuelto. Ni siquiera regularización: le borramos el expediente y lo hacemos figurar como un ciudadano ejemplar. A veces con el tema de los impuestos se exagera mucho.

—Tampoco pido tanto. Aprender no le va a venir mal.

—Como digas. Si me pedís regularización y prisión en suspenso, lo dejamos así.

—Me parece perfecto.

—Macanudo, che. Cuando lo veas, traelo y arreglamos los papeles.

Witold esperaba en una mesa del café Solaris, donde a veces se reunía con algunos amigos escritores —la mayoría Vanguardistas para hablar de literatura. Pidió un tilo. Recordó la discusión con Félix, el artículo de Esteponi y los comentarios de

Varinia. En algún punto estaba de acuerdo, y le molestaba. Si no fuera por ella, que con lucidez desbarataba sus argumentos, él podría estar convencido que Félix era un idiota y Esteponi un hipócrita ambicioso.

Estaba sumido en sus pensamientos cuando sintió que le tocaban el hombro. Era Orson.

—¿Qué tal, compañero?

—Acá me ves, reflexionando.

—Bueno, cada uno pierde el tiempo como quiere.

—En eso tenés razón. ¿Quiénes vienen hoy?

—Saeta y el Rupturista, seguro. Félix, no creo.

Orson: Picardía tuvo que desaparecer de la ciudad, los de Evasión le están muy encima. Lo mejor va a ser que se quede un tiempo guardado.

—Y con los demás no hablé, no les pude avisar de la reunión.

—¿Leiste mi novela?

—Bueno, los primeros tres capítulos, apenas. Por ahora va bien. Me enganchó, es entretenida.

—Sos una rata, la idea era hablar de la novela, para eso nos juntamos hoy.

—Ya sé, perdóname. Es que estuve el fin de semana ocupado con aquello.

Orson: el viernes aproveché que los guardias se relajaron más de la cuenta: localicé los registros vocales del portal del departamento de los chicos. Me costó, el archivo es enorme. Al final di con las transcripciones de cinco portales que comunican con la misma fuente. Deberíamos reunirnos, es importante. **Witold:** ¿qué viste? **Orson:** mirá, más o menos lo mismo del otro día. Bueno, peor. Di con tres transcripciones exactamente iguales, pero tomadas en distintas fechas. Y eso no es todo: aparte hay dos transcripciones tomadas en distintos portales, a la misma hora, y no coinciden. Te digo más: agarré un registro al azar y lo seguí. Hay problemas similares. El archivo es enorme, si eligiendo dos registros cualquiera se encuentran estos errores, se trata de una falencia sistemática. **Witold:** ¿y no será un desperfecto de las transcriptoras? **Orson:** no creo. Las transcripciones guardan coherencia. **Witold:** ¿es como si alguien se ocupara de darle coherencia a esas transcripciones imposibles? **Orson:** andá a saber si esas hojas de verdad son transcripciones. Las pueden estar escribiendo en una oficina. El tema de las transcriptoras automáticas movió mucha guita, fue un contrato de millones. Si las máquinas no funcionan, sería mal negocio aceptarlo.

—Y hay algo más —dijo Orson.

Orson: ¿sabés a quién vi hoy, hablando con el subsecretario? **Witold:** ¿cómo querés que lo sepa? **Orson:** a tu hermano. Después le tiré de la lengua a Mirna, la secretaria. ¿Te dije lo buena que está esa mujer? **Witold:** sí, sí, pero ¿qué hacía Isidro ahí? **Orson:** entró como analista calificado.

—¿Qué me contás?

—Qué raro... Siempre fue reticente a pasar ahí.

—La gente cambia.

Witold: pero mi hermano se caga en todo, no lo imagino demasiado comprometido con la seguridad nacional.

—Tal vez se pasó por la guita.

—Tampoco. Nunca le interesó la plata. Es un tipo raro.

Orson: digas lo que digas, ya es analista. Hay mucho revuelo por ahí. Hoy traté de manotear unos informes de Inteligencia del despacho de un jefe, pero no pude. Alto Secreto, viste. Y todo lo que es Alto Secreto se guarda en cajas fuertes. **Witold:** ¿ves? Por eso quería el puesto de transcriptor. **Orson:** tampoco hubiera servido, estos informes los ven los que la tienen más gorda, nomás. Aunque tampoco perdamos las esperanzas. Estoy avanzando con el temita de las llaves. **Witold:** ¿y por qué hay tanto revuelo? **Orson:** por lo de los insurgentes esos que te conté. Los tienen vigilados, son gente muy pesada, están planeando una serie de atentados. Unas bombas o algo así. **Witold:** qué bestias. **Orson:** también escuché en un pasillo algo sobre una ley nueva, sobre cambios en el uso de los portales. Cambios profundos para después de las elecciones. Aunque no conseguí ni un dato concreto. ¿Vos creés que Isidro colaboraría con nosotros?

—No sé. A mí siempre me desconcertó. No le interesan ni las ideas ni el dinero. Digamos que no le interesa nada.

—Si le explicamos lo que descubrimos, lo podríamos convencer.

—No es fácil de motivar. Todavía no entiendo cómo es que pasó ahí.

—Podríamos impresionarlo para que se vuelva más receptivo.

—¿Pensaste en algo?

Orson: ¿vos no tendrás anotados los parámetros vocales de Isidro?

—Tendría que ver los apuntes de cuando me enseñó a usar el lector analítico... Aunque de eso hace años, andá a saber si no los tiré. ¿Por?

—Bueno, no estoy seguro, pero si los encontrás, pasámelos. Con un poco de suerte le vamos a despertar la curiosidad.

En ese momento entraron al bar dos muchachos de unos treinta y cinco años. Uno era alto y desgarrado. Con cara larga y pelo largo también. El otro era un gordito de barba. Fueron a la mesa donde Witold y Orson hablaban.

—Buenas... —dijo el alto.

—¿Qué tal, Rupturista? —preguntó Witold.

El flaco asintió sin énfasis.

—¿Y vos, Saeta?

—Bien, aunque muerto de hambre. Todavía no almorcé.

—Pedite un sanguchito.

—Mejor pido dos. ¿Qué pasó con aquello?

Orson: el miércoles vamos a buscar los bloques insonorizantes. El jueves tapamos el portal.

—Es medio arriesgado esperar tanto —dijo el Rupturista.

Orson: los bloques nos los entregan el miércoles a última hora, no nos queda opción. **Rupturista:** está bien, pero que no pase del jueves. Si alguien los llega a denunciar, estos chicos van a estar en el horno.

—Eso está claro, la reforma se hace el jueves sin falta.

—Bueno, bueno, pero acá estamos para otra cosa —intervino Witold—. ¿Leyeron mi novela?

El Rupturista y Saeta asintieron.

—Entonces a hablar de eso. Todavía tengo pendiente una corrección, me interesan sus opiniones.

—Esperá, voy a pedir una cerveza —dijo el Rupturista.

—¿Una cerveza? —preguntó Saeta.

—Sí, ¿por qué?

—No sé, son las tres, si arrancamos ahora con las cervezas...

—¡Una cervecita para brindar por la novela del amigo! —intervino Orson.

—Bueno, está bien, al final es siempre lo mismo con ustedes...

—¿Cuatro cervezas entonces? —dijo el Rupturista, mientras levantaba la mano para llamar al mozo.

Antes de que el mozo se acercara a la mesa, Witold dijo:

—No. Pedí tres. Yo voy a tomar otro tilo.

Los informes que me había pasado Néstor presentaban contradicciones. Ninguno llegaba a una conclusión; evaluaban datos fragmentados, inconexos. Las hipótesis de los científicos no aportaban claridad. De hecho, esos científicos parecían haberse relacionado de manera precaria con aquellos procedimientos.

Las operaciones eran coordinadas desde la Secretaría de Planificación y seguidas de cerca por los más altos cargos del Ministerio del Interior. Desde el principio, Echegoyen se había responsabilizado de decidir qué operaciones se llevarían a cabo. Agentes de la Secretaría de Inteligencia brindaban su apoyo.

La operación Zamorano, sin duda inspirada en una idea primitiva e inevitable, constituía un claro ejemplo de ese proceder. Su objetivo residía en trazar un mapa que relacionara los portales con sus fuentes, partiendo de extensos y a veces agobiantes interrogatorios a los ciudadanos. Algunas fuentes se podían localizar por el contenido de los diálogos que proyectaban. Si en un diálogo se mencionaba el nombre completo de alguno de los interlocutores, entonces un investigador iba tras esa persona. Le preguntaba por su rutina, por los lugares que había frecuentado en los últimos días, por las personas con quienes había hablado. Como consecuencia del interrogatorio, el investigador accedía al nombre de otras personas cuyas voces habían sido registradas. Entonces iba tras ellas. El fin era relacionar los números de registro involucrados en las transcripciones con nombres de ciudadanos. A veces, aquellos a los que se interrogaba habían intervenido en otros portales: entonces los investigadores seguían la nueva pista.

Se obtuvo bastante información gracias a la operación Zamorano. Aunque no era fácil, en una ciudad de más de cincuenta millones de habitantes, encontrar algún hilo conductor entre los portales que Dios o el azar desperdigaban. La operación debió suspenderse cuando se promulgó la Ley de Protección del Derecho a la Privacidad. Siempre pensé que el apego de los analistas de Planificación a las leyes era limitado. Sin embargo, la operación se detuvo el mismo día de la entrada en vigencia de la nueva normativa.

No sólo la operación Zamorano se desmanteló a partir de la Ley de Protección del Derecho a la Privacidad. Fueron suspendidos operativos que incluían ultrajes de todo tipo: operaciones con agentes encubiertos, investigaciones sobre la vida de ciudadanos inocentes, presión psicológica a ciudadanos para que declarasen sobre la rutina de sus amigos o vecinos.

A partir de entonces, las operaciones se volvieron menos complejas. El trazado del mapa que relacionaba los portales con sus fuentes siguió avanzando, pero muy despacio. Ahora sólo contaban con las declaraciones voluntarias. Las declaraciones escaseaban y casi nunca daban información útil. Equipos de científicos, muchos de ellos de renombre, analizaban los datos recolectados. Ellos proponían interpretaciones por lo general insuficientes.

Para mi sorpresa, nunca se consultaba a los científicos antes de plantear un procedimiento. Si yo quisiera llevar una investigación compleja a buen puerto,

buscaría, a la hora de diseñarla, el consejo de gente cualificada. Claro, a pesar de formar parte del Ministerio desde hace años, no tengo el típico perfil del burócrata. Al fin y al cabo, los burócratas de Planificación no se diferencian del resto: se mueven por inercia, no desarrollan un espíritu crítico, son incapaces de sistematizar sus acciones para crear procedimientos útiles, y mucho menos de introducir mejoras a los procedimientos vigentes. En fin, los burócratas de Planificación, como los de la Inspección y el resto en general, son unos idiotas. Y esos idiotas diseñaban las operaciones. Luego daban los datos recolectados a las mentes más brillantes del país para que los evaluaran. Y los recursos del Estado se iban en eso: en pagarle a decenas de genios para que evaluaran los datos recolectados por centenares de imbéciles.

En la carpeta habría resumidas unas cincuenta o sesenta operaciones. Ninguna había prosperado. Pocas me parecieron razonables, aunque una despertó mi curiosidad: se trataba de la operación «Faros sonoros». En el marco de esta operación, se sembró la ciudad con dispositivos que emitían una señal audible a través de la cual se podía decodificar su ubicación. Los faros se instalaban en las casas confiscadas y en puntos al azar de la ciudad. Si ese sonido se filtraba por alguno de los portales, se registraba en un mapa. La operación duró seis meses. El Ministerio la interrumpió sin un claro porqué.

Me quedaba la sensación de que durante siete años el Gobierno había gastado cientos de millones de pesos de manera absurda, que no se había avanzado en nada. Y no sólo por la complejidad del desafío, sino también (y tal vez sobre todo) por la desidia de quienes ostentaban puestos de responsabilidad. Y no me sorprendía. Aunque quizá estuviera pasando por alto algún elemento. Al fin y al cabo, era pretencioso crearme capaz de, en una mañana, poner en tela de juicio años de trabajo de toda la Secretaría.

Lo único bueno fue que cuando levanté la vista, vi a la morochita linda, lindísima, sonriendo.

De repente, sentí que de mí dependía modificar el rumbo. Mi rumbo. Ella estaba ahí, nada me impedía decirle que lo único bueno que me podría pasar sería besarla. O podría decirle menos: preguntarle el nombre, invitarla a tomar una cerveza. Al verme sosteniéndole la mirada, caminó hasta mí.

Era el momento indicado, dudar hubiera sido una cobardía.

Le pedí un café con leche.

Bajé la vista, volví a los informes. Debería hablar con Néstor. Él estaba en el ajo casi desde el principio, conocía los detalles de aquel juego. Quizá pudiera demostrarme que me equivocaba.

Me concentré, de nuevo, en mis obligaciones.

Al fin y al cabo, se trataba de la seguridad nacional.

Al día siguiente, a primera hora, Mirna me facilitó los informes sobre la operación Faros Sonoros. Estaba ansioso por conocer los detalles. Había leído apenas doce líneas al respecto y no dudaba de que a lo largo de los seis meses que se había mantenido la operación deberían de haberse recolectado datos útiles.

Recogería la carpeta e iría al café, a pensar tranquilo.

Y a verla a ella, claro.

La carpeta tenía unas doscientas páginas. Pensé en los resúmenes que había leído: eran los mismos que leía el presidente. Y con eso tomaba decisiones.

—¿Es todo, verdad?

Ella asintió con una sonrisa. Abrí la carpeta y eché una mirada rápida. Al inicio estaban anotados los nombres y antecedentes de los asesores externos. Tal vez sería útil hablar con ellos, aunque preferí no decirle nada a Mirna. Si efectivamente la operación había sido levantada por mezquindad política, más de uno en Planificación no vería con buenos ojos mi curiosidad.

—Necesitaría ver a Néstor, ¿sabés si va a venir hoy?

Mirna abrió una agenda.

—Hoy, no. Te puedo conseguir una reunión para mañana a última hora.

Le pedí que así lo hiciera, agarré la carpeta y me dirigí al ascensor.

—Isidro... —me detuvo Mirna apenas di dos pasos—. Para la tarde me tendrías que completar estas solicitudes. Néstor me pidió que estés localizable.

Me dio un formulario color verde agua y otro rosa pálido. Eran para los servicios *Siempre ubicable* y *Telegrama flotante*.

Cuando llegué al café, la morochita frágil se acercó de inmediato a mi mesa.

—Buen día —dijo con una sonrisa enorme, de labios carnosos.

—Buen día —respondí pensando que debería decir algo más, algo que sonara simpático o por lo menos desacartonado.

—¿Un café con leche y dos sobrecitos de azúcar?

Abrí la boca para responder que sí, y para decir también que cuando estaba con ella las palabras sobraban, y eso de alguna manera me parecía agradable, aunque claro, la verdad, si no fuera así, resultaría más fácil iniciar un diálogo cualquiera, sobre el café con leche por ejemplo, o sobre sus manitos hermosas o sus uñas arrancadas a mordiscones o el granito de su mejilla izquierda. Y cualquier posibilidad de diálogo, claro, no estaba mal o directamente: estaba bien. Tal vez si dijera aquello, si saltara el abismo que separa mis ideas de mis palabras, empezaríamos una verdadera conversación.

—Sí, por favor —respondí.

Ella fue a la barra. El tipo de la caja le dijo algo que ella festejó con una risotada. Después caminó hasta una mesa donde un gordo miraba con aire melancólico a la gente que pasaba por la calle o quizá sólo miraba la calle. La morochita linda, lindísima levantó una taza de café vacía y le preguntó si quería algo más. El gordo

negó con un gesto parco, sin dejar de mirar a través de la ventana.

Comencé a leer el informe. Poco después llegó la morochita frágil con el café con leche. Le agradecí. Esta vez ni siquiera pensé en decirle algo.

Tomé un sorbo sin quitarle la vista al texto. Al inicio detallaba la finalidad de aquella operación, cómo había sido planteada. Debido a la ley vigente, que prohibía analizar el contenido de las transcripciones, una forma efectiva de avanzar en la confección del mapa sería sembrando la ciudad de faros sonoros. Estos faros eran pequeños dispositivos que emitían, cada diez minutos, un pitido cifrado, mediante el cual se indicaba la ubicación del artefacto. Los faros se colocaron en lugares públicos y también en las casas confiscadas. Si en algún portal se escuchaba uno de estos pitidos, resultaba muy fácil localizar la fuente en el mapa.

Por los datos del informe, el trazado del mapa avanzó de una manera sostenida. Los resultados no eran avasalladores, aunque sí irrefutables. Se trataba de un proyecto planteado para obtener logros a largo plazo. De haberlo mantenido, ahora manejaríamos información relativamente útil. En cambio, lo levantaron por considerar «insuficientes los escasos resultados». Los dos asesores externos sugirieron continuar con la operación. Sin paciencia, manifestaron, cualquier camino se agotaría antes de aportar elementos valiosos. Los altos mandos desoyeron estos consejos.

Había un punto apenas mencionado que no pasé por alto. Dos semanas antes de que se diera la orden de anular la operación, Adolfo Suárez, uno de los asesores externos, había propuesto un cambio en la señal emitida por los faros. Según expresó a las autoridades, si los faros emitieran también coordenadas temporales, es decir el día y la hora, se contaría con más elementos para analizar. El asesor, un doctor en física, investigador en la Universidad Nacional de Ciencias, indicaba que sería una buena forma de saber si existía algún tipo de desajuste temporal, algún tipo de «demora», para decirlo con claridad, entre el momento en que la señal se emitía y aquel en que el portal la registraba. Tal vez, indicó, de existir algún desajuste, este guardara relación con la distancia entre la fuente y el portal. Según él mismo aclaró, se trataba de especulaciones sin base, simplemente lo proponía como forma de contar con más datos. Estaba claro que aquella operación había sido diseñada desde un despacho de la Secretaría, sin consultar con los asesores externos. El doctor solicitaba, simplemente, que se hicieran las cosas como se habrían hecho si, desde el principio, se hubiera solicitado el consejo de expertos.

La Secretaría respondió que aquella modificación resultaba inviable por motivos presupuestarios, pues implicaría el cambio de todos los faros por otros nuevos, para lo que deberían asumir un costo exagerado. Sintetizando: los burócratas habían decidido gastar un montón de plata en una operación, y por no consultar a los especialistas, el dinero se había gastado mal. Ahora, para resolver las carencias, deberían invertir otra vez la misma enorme cantidad de plata. Pedir una nueva partida implicaría poner en evidencia ante la Comisión de Presupuesto del Congreso la

inutilidad de quienes tomaban decisiones. Es decir: el proyecto quedaría como estaba.

Nueve días después, la Secretaría ordenó suspender la operación Faros sonoros. Tal vez, pensé, los asesores externos habían insistido por otras vías con sus propuestas, y para evitar que la oposición contara con argumentos para atacar al oficialismo, en el Ministerio habían decidido cortar de cuajo el proyecto.

Como resultado, quedó un mapa en el cual se habían detectado las fuentes de trescientos once portales. Esto tuvo lugar hace tres años. Para entonces, en la ciudad había diez mil portales confiscados, y casi setecientas fuentes localizadas. Es decir que cuando se levantó la operación Faros sonoros, más del cuarenta por ciento de las fuentes localizadas se habían detectado gracias a ella, cuya vigencia había sido de apenas seis meses. Casi la misma cantidad que las fuentes detectadas durante los cuatro años anteriores por otros treinta procedimientos. Si la operación Faros sonoros había sido levantada por mezquindad política, me parecía desproporcionado. Pero ¿qué otro motivo podría haber sido tan importante para acabar con los posibles logros que la operación acarrearía?

Para el mediodía ya había tomado tres cafés con leche. Estaba hambriento. El próximo paso sería hablar con los asesores externos involucrados en la operación, conocer sus impresiones.

Llamé con un gesto a la morocha frágil, linda, lindísima. Le pregunté cuál era el menú del día. Ravioles con estofado. No estaba mal, hacía bastante que no comía pasta.

Por la tarde trataría de localizar a los asesores. Tenía sus nombres. Ellos figurarían en la guía de direcciones de la Oficina Postal. Recordé los formularios que debía completar. Empecé con el rosa pálido: el de *Telegrama flotante*.

Como a las cinco de la tarde pasé por la Secretaría para dejarle a Mirna los formularios. Me dijo que los enviaría a la Oficina Postal, para el día siguiente estarían de alta. Me indicó que si me salía de la rutina detallada en el formulario del servicio *Siempre ubicable*, debería pasar por una sucursal del correo con la mayor frecuencia posible, pues los telegramas no entregados quedarían *flotantes*.

Mirna me dijo también que si necesitaba otro informe, se lo pidiera. La verdad, no tenía muy claro cómo seguir mi trabajo. Pero tampoco me preocupaba: después de hablar con Néstor se abrirían nuevos caminos. Por lo pronto, ubicaría a los dos asesores externos de la operación Faros sonoros.

Cuando salí de la oficina, el sol radiante daba contra el asfalto de la ciudad. A pesar del humo rancio de cientos de coches quemando combustible a lo bobo, reconfortaba caminar las calles al amparo de la tibieza del sol. Me gustaba ese clima, no quería desperdiciar la tarde yendo a casa temprano. Y antes que caminar en una dirección cualquiera, me pareció razonable visitar a alguno de los asesores.

Me metí en una sucursal del correo. Pedí una guía y busqué la dirección de Adolfo Suárez. No figuraba. Me extrañó. Todos los ciudadanos figuramos en la guía. El otro asesor, Miguel Ángel Sabatini, vivía en uno de los barrios del oeste, a unos cuarenta kilómetros del centro.

Lo mejor era avisar a Sabatini de mis intenciones, para evitar un viaje improductivo hasta su casa. En el mostrador pedí un formulario. Una pelirroja que mascaba chicle con la boca abierta mientras se pintaba las uñas me señaló una pila de hojas celestes, a un costado del mostrador. Escribí:

Señor Sabatini, mi nombre es Isidro Rawson, soy analista calificado de la Secretaría de Planificación. Me interesaría hablar con usted, de ser posible mañana. Es en referencia a la operación Faros sonoros. Espero su respuesta.

Le entregué a la mujer del mostrador el formulario. Lo leyó. Me miró un instante y me pidió que esperase. Caminó hasta un cuarto trasero. Un rumor constante, una especie de quejido, se fundía con el murmullo de sus sandalias arrastrándose. Estuvo en el cuarto contiguo un par de minutos. Volvió con el formulario en la mano.

—Disculpe, pero hay un error en su mensaje.

—¿A qué se refiere?

—Usted no cuenta con ningún servicio telegráfico, no disponemos de sus datos. Será imposible que el destinatario lo ubique si no anota su dirección.

—Me están gestionando el alta de los servicios en mi trabajo, para mañana ya estarán disponibles.

—Pero hoy no es mañana, hoy es hoy.

Asentí esperando un desarrollo más claro de su argumentación. Durante varios segundos, ambos permanecimos en silencio. Debía reconocer una veracidad aplastante en su sentencia, aunque ignoraba hacía dónde quería apuntar con ella. Me

encogí de hombros. Entonces aclaró:

—El telegrama lo enviamos ahora, si cuando el destinatario responda, usted no tiene el servicio de alta, nunca recibirá esa respuesta.

—Es que no sé si estaré en mi domicilio para cuando me responda...

—Si le parece bien, podemos enviarlo con el nuevo servicio de *Telegrama a futuro*: usted nos indica cuándo quiere que llegue el telegrama. Si lo entregamos mañana por la mañana, cuando el destinatario le responda, usted ya contará con los servicios telegráficos.

—No me sirve, necesito una respuesta urgente.

—En ese caso, envíelo con el servicio *Respuesta prepaga inmediata flotante*.

—¿Y eso?

—Usted paga ahora por el mensaje y por la respuesta. El destinatario puede responder en el momento de recibirlo o dentro de las veinticuatro horas. La respuesta se envía a su domicilio y al mismo tiempo queda flotante durante una semana.

Me pareció bien. El servicio costaba diez pesos. Eso ya no me pareció tan bien. Si me resultaba caro, lo recomendable sería solicitar el servicio de *Telegrama flotante*, dijo la pelirroja. Preferí no contestarle.

Se quedó mirándome, sin decir nada, mascando su chicle con la boca abierta. Debía de ser un chicle de frutilla, porque olía a culo. Creí que ella podría estar así, mirándome en silencio, mascando el chicle y arrojando su aliento a culo eternamente. Decidí enviar el telegrama con el servicio ese. Me dio un formulario marrón. Lo completé.

Antes de irme, le expliqué que intentaba localizar a un viejo amigo, pero su dirección no aparecía en la guía.

—Eso es imposible. Si una persona existe, está en la guía.

Después de decir esto, volvió a su actitud de masticar el chicle con olor a culo.

Mi amigo existía, aseguré.

—¿Cómo se llama su amigo? —preguntó resignada.

—Adolfo Suárez.

Fue otra vez a la salita trasera. Quién sabe qué había allí. Tal vez las respuestas a todas las preguntas. O por lo menos a las preguntas de un empleado de la Oficina Postal.

Cinco minutos después, volvió.

—Lamento informarle que su amigo murió hace tres años.

—Mierda.

—Es decir que no existe.

La miré sin responder.

—Se suicidó —dijo incómoda por el silencio—. Un tiro en la sien. Si le sirve de algo, murió de manera instantánea: no sufrió.

Asentí con un gesto.

—Aunque claro, para suicidarse no hay que estar del todo bien. Puede que

anduviera un poco deprimido —agregó.

Me fui sin despedirme.

Me quedaba esperar la respuesta de Miguel Ángel Sabatini. Con suerte, la recibiría ese mismo día. Caminé hasta casa. Hice un rodeo para pasear por un parque, tardé unos cincuenta minutos. Durante el viaje reflexioné sobre lo que había averiguado hasta entonces.

No había averiguado nada: cada paso arrojaba como respuesta que todo se había hecho, siempre, mal.

Según mi diagnóstico, los problemas eran varios y complementarios. Un porcentaje importante de empleados no estaba capacitado para desarrollar su tarea: había conseguido el trabajo como favor y su única preocupación residía en ocultarle al resto su incapacidad. Estos solían ser los mandos intermedios. Por otra parte, a los altos cargos, en su mayoría, no les interesaba cumplir los objetivos, pues resultaba más redituable que la maquinaria creciera sin encontrar soluciones. La función de Planificación era estudiar los portales. Una vez que se supiera todo sobre ellos, la Secretaría ya no tendría razón de ser. Algunos habían ganado peso político gracias a sus puestos; ellos no veían mejor panorama que el de perpetuar la investigación. Por último, los empleados de base serían tipos sin incentivos para superarse, pues en función de los intereses de los mandos intermedios y superiores, si se destacaran resultarían elementos conflictivos. No dudaba de que habría gente dispuesta a trabajar bien. Y en los tres niveles. Pero ¿cómo podría un hombre, un mínimo engranaje de una maquinaria gigantesca y corrupta, mejorarla?

Finalmente, había asesores externos. Hombres y mujeres de indiscutible envergadura intelectual. Ellos no formaban parte de la Secretaría. Sus motivaciones e inquietudes podían ser innumerables. De seguro había desde gente comprometida ideológicamente hasta fraudulentos interesados en sacarle dinero al Estado. Y tal vez, también, saboteadores. Pero la incidencia de los asesores externos nunca sería determinante. El cáncer de Planificación era Planificación.

Llegué a casa poco después de las seis. Antes de que preparara los mates obligados, sonó el timbre. Un cartero traía la respuesta de Miguel Ángel Sabatini. Bueno, no se trataba exactamente de una respuesta, sino de mi telegrama devuelto por la Oficina Postal, junto con una notificación indicando que Sabatini había fallecido.

—Mierda —dije al leer la notificación.

—Lo lamento —dijo el cartero.

—No importa, ni siquiera lo conocía... ¿Te debo algo?

—No, por favor, su telegrama se recibió por error. Está a tiempo de hacer una reclamación en la sucursal para que le reembolsen el dinero.

—Ah.

—Si usted quiere, tiene disponible el servicio de *Información adicional sobre defunciones*: por sólo diez pesos, puede acceder a información pormenorizada sobre las circunstancias de la muerte del sujeto en cuestión.

—Pero, hoy mismo, en la oficina, me dieron la información sobre la muerte de otra persona gratis...

El cartero se demoró unos segundos en responder.

—Por sólo diez pesos puede acceder a información pormenorizada sobre las circunstancias de la muerte del sujeto en cuestión.

Bien, estaba claro hasta dónde llegaría la charla. Y para colmo, me cobraban un importe igual al que me deberían rembolsar por su error. Si me interesaba, podría abonarle en ese momento el cargo, dijo mientras me mostraba un sobre cerrado. Le di el dinero. Dejó el sobre y se fue.

Los datos de aquella notificación eran pocos aunque suficientes. Miguel Ángel Sabatini había muerto tres años antes, más o menos por la misma época que Adolfo Suárez. Algunos meses después de que la operación Faros sonoros fuera levantada. Se había suicidado.

Los suicidios son un fenómeno habitual en la ciudad. Hace años, los deudores libres impusieron la moda. Ellos se dejan morir para evitar un ocaso desagradable. Comenzaron poco después de la contaminación de las costas. Aunque no son los únicos suicidas: en la ciudad abundan los «ahogados bancarios». Algunos de ellos siguen el camino de los ancianos, aunque la mayoría prefiere pegarse un tiro en la cabeza. Tal vez, antes que morir, deseen dejar de pensar. Los ahogados bancarios son por lo general hombres, aunque hay algunas mujeres también, que han pertenecido a la clase media alta y, a pesar de haber perdido poder adquisitivo por desventuras económicas, no se resignan a abandonar sus hábitos de consumo. A veces, incluso, y quién sabe impulsados por qué oscuros mecanismos, entran en una espiral de consumo ascendente. Una vez iniciado ese ritmo vertiginoso, sólo se soporta a través del crédito bancario. Durante los primeros meses, el acreedor paga únicamente los intereses de la deuda contraída. A medida que el tiempo pasa, las cuotas se vuelven más onerosas. Por supuesto, llega un momento en el cual las cuotas dejan de cancelarse en tiempo y forma. Tarde o temprano debe refinanciarse el crédito. Un segundo banco suele salir en ayuda de los deudores, aumentando las tasas de interés. Esa segunda deuda, meses más tarde, debe, en general, ser refinanciada de nuevo. La espiral continúa hasta que el ciudadano recupera su poder adquisitivo y cancela el crédito o hasta que le ejecutan sus bienes y se suicida. La última opción es la más habitual. En la jerga bancaria, esta conducta se conoce como «suicidio financiero». Se trata de un proceso largo, de años. Es como una ruleta rusa, pero con cinco balas en el tambor.

Hace siete años, surgió una tercera oleada de suicidios. No es raro que quienes están en contacto con los portales caigan víctimas de depresiones repentinas. La culminación de esos periodos depresivos es, en la mayoría de los casos, el suicidio. Aunque hay también inspectores, y en menor medida transcriptores, que se matan sin manifestar desórdenes psicológicos.

En la ciudad nos hemos familiarizado con esta epidemia de muertes contra natura.

Sin embargo, se me hacía difícil entender por qué los dos científicos, que no habían estado en contacto con los portales en forma directa, ni tenían una situación económica o legal comprometida, habían sido atacados por estados de angustia. Está claro que hay suicidas cuyas motivaciones en nada se relacionan con los portales o las deudas. Siempre hay algún trastornado que se mata, por ejemplo, por amor. Pero aun así, lo de los científicos me resultaba por lo menos sospechoso.

Poco a poco, la cuestión se ponía espesa. Una cosa es una burocracia torpe; otra es un entramado de corrupción que implique el asesinato de dos científicos. Porque al fin y al cabo me parecía inevitable considerar aquella posibilidad.

Empezaba a sentirme el protagonista de una novela policial. El hombre que descubre una trama enorme de corrupción en una ciudad oscura y gris y decide luchar contra ella. Aunque difícilmente encontraría una motivación para ir tan lejos.

Imaginé que aparecía en mi casa una pelirroja despampanante interesada en hablar conmigo. Sería la hija de alguno de los científicos. Se habría enterado de que estaba tras la pista del caso y acudiría a mí. Llevaría con discreto orgullo un enorme par de tetas y un culo durísimo, fumaría con boquilla y me echaría el humo en la cara. Claro, terminaríamos echándonos unos polvos. Ella sería ardiente. Yo, a pesar de estar acabado, tendría un rendimiento más o menos digno. Nos veríamos algunas noches, hasta terminar el caso. Los tipos duros no se enamoran. Tal vez ella intentaría salvarme de mí mismo, darme un motivo para seguir adelante. Pero yo despreciaría mi vida demasiado como para aceptar su ayuda.

Aunque yo no soy lo que se puede decir el estereotipo del detective interesante y valiente. Soy un burócrata sin carisma.

Se me ocurrió que si continuaba adelante con mis averiguaciones arriesgaba la comodidad de la apatía: el último bastión de mi pulsión de vida. Era extraño, pero pensar el suicidio de manera racional, como si fuera un paso buscando comodidad, no me resultaba imposible. Parecía una buena manera de acabar con tanta rutina.

Después de todo, ¿para qué quería vivir?

Lo pensé un rato.

No encontré respuesta.

Recordé la soga que guardaba en un cajón de mi cuarto. Fui por ella. La viga del techo resistiría el peso de mi cuerpo. Me senté en un sillón. Nada impedía acabar de una vez con el aburrimiento. Ni siquiera estaba agobiado, triste ni deprimido. Todo daba igual: preparar unos mates, salir a caminar, colgarme de la viga de la sala de mi casa. ¿Cuál era la verdadera diferencia? Bueno, había una: la tercera opción dispararía consecuencias imprevisibles. Aun pensándolo desapasionadamente, esa pequeña incertidumbre le aportaba cierto grado de interés. Había, en la muerte, un factor que no encontraba en ningún otro futuro posible: la promesa del vértigo.

Mientras sujetaba la soga en mis manos, pensé en la morochita frágil, linda, lindísima, piecitos pequeños, uñas arrancadas a mordiscones. Tal vez ella fuera un motivo para posponer la muerte. Pero no era ni motivo ni excusa. En su universo, yo

carecía de entidad.

Pensé en Witold, en que todavía esperaba mi ayuda. Pero Witold era un adulto capaz de solucionar sus problemas sin mí.

Quise pensar en mi obligación para con la seguridad nacional, pero siempre me importó tres carajos la seguridad nacional.

Definitivamente, no encontraba motivos para seguir adelante.

Aunque tal vez sí una excusa para posponer la retirada. Recordé la solicitud de readmisión del anciano. Todavía estaba en el bolsillo de mi saco. Valía la pena acercarle al pobre viejo el comprobante de que el Estado le proveería de una muerte digna.

Bueno, si es que morir en la cama de un hospital, sedado por drogas legales, es más digno que dejarse narcotizar por los efluvios de los vertidos industriales en un mar cobrizo, mientras estallan en el horizonte llamaradas amarillas, hermosas.

Es difícil explicar qué me atraía de ese paisaje triste. Sin embargo, ahí estaba: enfrentándome a un mar que rugía con debilidad, que se tragaba a decenas de viejos cada noche. Había llegado buscando al abuelo de la niña mujer o tal vez a la niña mujer y sus tetas pequeñas y duras. Mis sensaciones imitaban como si un huracán las sacudiese. Lo que poco antes había sido esperanza se volvía angustia, lo que en un momento pareció calma se transformaba en euforia.

Y en el horizonte las llamaradas ambarinas iluminaban el océano cobrizo y voraz.

Había caminado a lo largo de la playa durante horas. No encontré a la niña mujer. Pensé que ella ya no frecuentaba las calles. Me invadió una emoción violenta y repentina: no recuerdo si se trataba de felicidad o decepción.

En ese momento vi a los primeros viejos caminando hacia el mar. Era un grupo de unos cinco o seis. Poco después aparecieron más: diez, doce, veinte. Se adentraban en las aguas venenosas, caminaban hasta desmayar. A los pocos minutos las olas escupían los cuerpos. Más viejos seguían aventurándose hacia aquel final pasando sobre los primeros muertos, ignorándolos.

Yo presenciaba el espectáculo sin emoción. Era un paisaje, nada más. Como sería una montaña nevada o una pradera muy verde. Cientos de viejos caminando hacia la muerte.

Entonces distinguí entre los ancianos al abuelo de la niña mujer. Parecía tan decidido como el resto. Saqué de mi bolsillo la solicitud de readmisión y corrí hacia él. Estaba más o menos cerca, pero la arena y los cadáveres entorpecían mi marcha.

Yo, desesperado, corría.

No sé exactamente en qué momento dejé de correr tras él y me supe dirigiéndome hacia el mar venenoso. Fue extraño: no me detuve. Hacerlo hubiera implicado reflexionar; era más fácil, y diría incluso más agradable, dejarme llevar por la inercia dulce de mis pasos finales. Creo que sonreía o al menos sentía que sonreía.

Cuando el agua me llegó a las rodillas me afectó un ligero mareo.

Y caí.

El presente se desdibujaba. Las fuerzas comenzaban a abandonarme. Era extraño y bonito, como un duermevela tibio, pegajoso. Una calma desproporcionada invadía cada músculo, cada hueso, cada célula de mi cuerpo. Había algo raro en esa certeza de muerte: una mezcla de incertidumbre y alivio. Entonces pensé que la muerte era eso: incertidumbre y alivio, eternos.

Creo que en ese momento, durante un brevísimo instante, fui feliz.

Inmensamente feliz.

Bajo el agua, vi los cuerpos de cientos de ancianos apilados en un fondo luminoso, con el espanto esculpido en sus ojos. Vi también, de repente, muy cerca de mí, el rostro de la niña mujer sumergido y pálido.

La incertidumbre y el alivio dejaron lugar a la desesperación.

El oxígeno se agotaba. Apenas había la certeza del final y una repentina angustia. Quería regresar a la superficie, respirar. Ningún músculo respondía. Mis brazos y mis

piernas, inertes, colgaban de mi cuerpo.

La vista se me nublaba, un sonido agudo y penetrante me taladraba la cabeza. Sentí, de pronto, como si una fuerza me sujetara, tirara fuerte de mí.

Quería abrir los ojos.

Me resultaba imposible abrir los ojos.

El sonido agudo se volvió chirrido. No veía nada aunque sentía como el mundo giraba violentamente.

Y cada vez más violentamente.

Hasta que desperté.

Estaba sudado; sostenía la soga en mis manos. Necesitaba una ducha, descansar. Pero recordé al abuelo de la niña mujer caminando hacia el mar. Y recordé también el rostro pálido de la niña mujer sumergido en las aguas cobrizas.

El abuelo de la niña mujer vivía en un edificio antiguo, de fachada descascarada y gris. Debí empujar la puerta con fuerza para abrirla. Un chirrido agudo inquietó a un gato que se lanzó corriendo a la calle. Pasó junto a mí como una flecha. Me exalté al punto de soltar un gritito tonto. Cuando entendí que se trataba apenas de un animal asustado, me detuve un segundo para retomar el aliento.

En el pequeño recibidor dormían tres indigentes. Mientras intentaba llegar hasta el ascensor, pisé a uno de ellos. Sin abrir los ojos rumió una puteada. Después volvió el silencio apenas entrecortado por el ronquido tenue aunque tenaz de otro de los marginales. Olía a mugre y orín. Un eructo retumbó y un vaho ácido inundó el recibidor. Permanecí un instante pensando por dónde avanzar. Poco a poco mis ojos se acostumbraron a la escasa luz y reconocí la posibilidad de un camino. Estiré una pierna hasta alcanzar un hueco, a unos dos metros de donde estaba; luego di un salto y caí junto al ascensor. En ese momento escuché una risita débil. Miré hacia el costado: descubrí a una mujer desgarbada, en cuclillas. Me impresionó su vestido harapiento y su pelo roñoso. Me miraba a los ojos. Con ambas manos se tapaba la boca, como queriendo contener la risa, aunque la risa se le escapaba por la mirada y por entre los dedos. Llamé al ascensor. Escuché el sonido de un líquido cayendo: la mujer estaba meando. Rió otra vez, ahora con fuerza. Dijo entre carcajadas que el ascensor no funcionaba desde hacía por lo menos dos años. Para subir la escalera debía regresar hasta la entrada del edificio. Mientras buscaba un camino, ella se tiró un pedo estrepitoso y rancio.

Según constaba en la solicitud, Melchor Casanova, el abuelo de la niña mujer, vivía en un octavo piso. Más o menos a la altura del tercero me arrepentí de haber ido hasta ahí. Sentía la camisa pegajosa por la transpiración. Cada tanto, en algunos de los rellanos, me topaba con algún indigente. En el rellano entre el séptimo y el octavo piso, iluminados por la luz débil que llegaba desde el piso inferior, un hombre y una mujer cogían. Vestidos con ropas andrajosas, soltaban gemidos casi imperceptibles. Él, con su mano izquierda, le levantaba la falda; con la derecha acariciaba su mejilla.

Ella le besaba los dedos con dulzura. Lo hacían muy despacio. Cuando estuve a un metro de ellos, distinguí una mezcla de olores a sexo, sudor y mierda. Ella, en susurros, le decía que la estaba haciendo feliz. Sentí ternura y asco.

El octavo piso estaba en penumbras. Esperé un instante a que mis ojos se acostumbrasen a la luz tenue que se colaba por una ventana. Busqué la puerta de Melchor. Antes de golpear me sentí un poco idiota. Era casi la una y media. Estaba claro que le llevaba buenas noticias, que se alegraría de verme. Pero también estaba claro que podría haber ido en otro momento. Tal vez había elegido esa hora para no encontrarme con su nieta, pensé cuando estaba a punto de golpear la puerta. Aunque también pensé, por un momento, que había elegido esa hora con la inconsciente esperanza de volver a verla vestida de mujer.

Golpeé. Nadie respondió. Insistí dos o tres veces. La puerta de un departamento vecino se abrió. Se asomó una gorda enorme de pelo negro, enmarañado. Me preguntó si todo estaba bien; parecía preocupada. Le dije que buscaba a Melchor, pero que no pasaba nada grave. Respondió que si no pasaba nada grave me podía ir a la puta madre que me había parido, que no eran horas de estar molestando. Asentí, seguro que con cara de imbécil. Se abrió la puerta de otro departamento. Un tipo flaco, alto, con ojos saltones y nariz exagerada preguntó si había algún problema. Este idiota está molestando a los vecinos, dijo la gorda. El tipo alto y flaco me preguntó qué quería. Me encogí de hombros. Me sostuvo la mirada unos segundos, después empezó a caminar hacia mí. Melchor abrió su puerta. Desde el piso de abajo se escuchó un gemido desquiciado y femenino, de placer, o mejor: de culminación del placer. La gorda gritó que eran unos asquerosos, que no respetaban nada. Melchor me preguntó qué pasaba. Saqué la solicitud de readmisión y se la di. Entró a su departamento sin cerrar la puerta y se puso unos anteojos. Yo continuaba en el pasillo. El tipo alto y flaco me agarró de la camisa. Me invitó a irme. Si necesitaba un servicio podía buscarlo en la playa, no ahí, en un edificio de gente decente. Traté de explicar el motivo de mi visita, pero no parecía dispuesto a entender. Entonces se escuchó, proveniente del piso de abajo, otro gemido. Esta vez del indigente. La gorda volvió a gritarles que eran unos cochinos. El tipo alto y flaco, sin soltarme, se dio vuelta y le dijo a la gorda que lo que hacía falta en ese edificio era una buena limpieza. Nos deberíamos organizar, respondió ella. Entonces apareció Melchor, temblando de emoción. Le mostró la solicitud al tipo alto y flaco, señalándole el sello que decía «aceptado». El tipo me soltó, miró el papel y le estrechó la mano, felicitándolo. Después me pidió disculpas y me aconsejó no andar a esas horas por el barrio: había mucha gente violenta. Asentí. Melchor me invitó a pasar a su departamento.

La recargada decoración le imprimía un aire nostálgico a la sala. En las repisas abundaban portarretratos y pequeños adornos. El suelo de baldosones gastados me transmitía la sensación de estar en un lugar antiquísimo. Melchor me ofreció café. Acepté por compromiso: no quería despreciarlo en su humilde calidad de anfitrión

improvisado. Lo seguí a la cocina. Le alegraba mucho la noticia, dijo. Me agradeció varias veces, con una efusividad más bien tibia debido a las pocas energías propias de su edad. Preguntó de dónde la conocía a Paulita. Entonces supe que la niña mujer se llamaba Paula, y entendí que él no sabía cómo conseguía el dinero. El mundo, de pronto, se me vino abajo. Me sentí un idiota: ¿cómo había supuesto que él sería cómplice del desesperado oficio de su nieta? Sólo un imbécil lo hubiera creído capaz de algo así. Y yo me consideré un imbécil de manual.

Respondí con alguna evasiva, dije que había conocido a Paula de casualidad. Intenté cambiar de tema. Me sirvió el café. Estaba horrible. Le agradecí con vehemencia mientras lo tomaba a sorbos, fingiendo satisfacción.

Él dijo que despertaría a Paula para contarle la novedad. Insistí en que no era necesario, pero repuso que no sería molestia, sino un placer.

Salió de la cocina. Lo seguí hasta la sala. Entró en lo que debía de ser el cuarto de Paula. En ese momento tuve la certeza de que había cometido un error brutal.

Melchor volvió a la sala. No entendía dónde podía estar su nieta, dijo. Le extrañaba que se hubiera ido sin avisar, y a esas horas. Tal vez habría ido a dormir a la casa de alguna amiga, sugerí. Él negó mientras se esforzaba por llegar a alguna conclusión.

Poco después, levantó la vista y me clavó una mirada fría. Debía irme, dije con voz titubeante. No contestó. Fue a su cuarto, dijo que a cambiarse para salir en su busca. La voz se le quebraba. Los ojos le brillaban de miedo, tristeza y furia.

Cuando Melchor regresó de su cuarto, le ofrecí mi ayuda. Le propuse que esperara en el departamento mientras yo la buscaba. Él se negó. Insistí, argumentando que la calle era peligrosa a esas horas. No parecía convencerlo. Repetí que su nieta estaba en peligro, que debía salvarla. Le pregunté si sabía dónde podía estar. Se encogió de hombros. Parecía un niño inocente, asustado. Con tono dubitativo, como si estuviera haciendo una pregunta en lugar de una afirmación, sugirió que tal vez estuviese en la calle. Dijo sólo esas palabras: en la calle. Entendí lo que quería decir y entendí que no lo quería decir. Entonces cambié la línea de argumentación: si Paula estaba en peligro, habría más posibilidades de encontrarla rápido si yo me encargaba.

Él dudó un instante, finalmente asintió.

Antes de irme, le pregunté si sospechaba dónde podía estar exactamente.

Bajó la vista.

En la calle, dijo. Sólo eso: en la calle.

El Paseo Marítimo, ubicado a unos tres metros por sobre la playa, tiene seis kilómetros de largo. Más allá de ambos extremos se extienden costas rocosas. Cuando me encontré allí, no supe dónde buscar a la niña mujer. Primero caminé hacia el norte. Me crucé, de camino, con una playa de unos quinientos metros de largo abarrotada de indigentes. Desde donde yo estaba veía un paisaje sobrecogedor: centenares de personas acostadas en la arena. Todas vestidas con harapos. La mayoría

dormía. Aunque había pequeños grupos de marginales hablando. Algunos indigentes, de pie, caminaban al azar como si estuvieran buscando a alguien. O tal vez buscaban un lugar donde acostarse. Creí ver a varias parejas teniendo sexo, incluso una pequeña orgía.

Tras la playa de los indigentes llegué a la de las travestís, luego a la de las prostitutas viejas y finalmente a la de las gordas. En todas se repetían situaciones similares: varios hombres caminaban por la arena a pocos metros del mar, las mujeres se les acercaban, los tomaban del brazo, les ofrecían sus servicios. Unos aceptaban de inmediato; otros seguían buscando.

Llegué al límite norte de la playa. Decidí regresar. Desde el punto en que había iniciado la búsqueda, como mucho, tardaría una hora hasta el otro extremo del Paseo Marítimo.

Habría vagado unos veinte minutos antes de dar con un grupo de niñas vestidas provocativamente. Las observé desde el paseo. Pensé que debería aprender la lección para el futuro: lo mejor, siempre, es mantenerse lejos de los asuntos de otros. De alguna manera, desde la reaparición de Witold, me había empezado a torcer. Tal vez él supo despertar mis anesthesiados buenos sentimientos. O en todo caso despertó mi predisposición hacia la culpa, que reemplaza los buenos sentimientos con bastante eficacia.

Volví a echar un ojo a la playa, de pronto distinguí a la niña mujer. Un hombre de unos cuarenta años hablaba con ella. Sin duda estaban negociando el tipo de servicio. Pensé que el día que la conocí no había negociado nada: se había ofrecido de manera natural, dócil.

Decidí ir a buscarla. Cuando me encontraba a un par de metros, empezó a caminar con su cliente. Apuré el paso, la llamé por su nombre.

Se dio vuelta, sorprendida.

Le expliqué lo de la readmisión de su abuelo. Le ordené, de manera enérgica, venir conmigo. Ella parecía halagada por mi actitud autoritaria. La sujeté del brazo y empezamos a caminar. Pero una mano pesada se apoyó sobre mi hombro, deteniéndome.

—A ver, a ver, qué pasa acá —dijo el tipo con el que Paula había estado hablando—. Me parece que me estás faltando el respeto...

—No te entiendo —respondí.

—No te hagás el boludo, que igual te voy a cagar a trompadas. Por lo menos pórtate como un hombre. La señorita está conmigo, ya cerramos el trato; no me parece justo que te la lleves ahora.

—No lo tomés a mal, no soy un cliente, soy su hermano.

Paula rió. El tipo se mordía el labio inferior mientras negaba con la cabeza. Medía poco más de metro setenta, sus hombros eran muy anchos y sus brazos fuertes. Tenía un cuello corto y macizo, una cintura angosta.

Paula nos observaba, parecía disfrutar del espectáculo.

—¿Así que sos el hermano, vos?

Asentí con un gesto.

—¿Y la venís a buscar siempre?

—Papá está enfermo.

Paula rió de nuevo, esta vez más fuerte.

—¿Muy enfermo?

Volví a asentir.

Sin decir más, me dio la espalda. Pensé que lo peor había pasado. Entonces se volteó con un movimiento rapidísimo y me tiró un manotazo a la cara. Intenté esquivar el golpe, pero me alcanzó la barbilla. Lo había arrojado con una fuerza bestial. No me llegué a afirmar cuando con la mano izquierda descargó una trompada contra mi estómago. Caí al suelo. El tipo vino hacia mí, tal vez con la idea de patearme. Paula le tiró arena a los ojos. Él puteó mientras se los restregaba. Yo, en el suelo, trataba de recuperar el aliento. El tipo, a ciegas, estiró su mano derecha hasta agarrar a Paula del brazo.

—Ahora vas a ver cómo trato a las putitas tramposas —dijo.

Paula gritaba, se sacudía. Él la sujetaba con la mano derecha, seguía restregándose los ojos con la izquierda. Muy despacio, me puse de pie. Me sentía débil, mareado. Él, ahora, parecía haber olvidado mi presencia.

Con un movimiento muy rápido, soltó a Paula y volvió a tomarla de la cintura. La levantó en el aire y se dirigió hacia la parte de la playa donde los clientes y las prostitutas concretaban sus encuentros.

Tomé impulso y corrí hacia él. Salté sobre su espalda, le abracé el cuello con fuerza. Ni siquiera se tambaleó. Con su mano izquierda me agarró del pelo, de un sacudón enérgico me tiró contra la arena. Me pateó en el estómago, me tomó por el saco y, todavía sujetando a Paula con el otro brazo, me arrastró hasta el mar. Me arrojó al agua y regresó con Paula a la playa.

La profundidad allí sería de unos cuarenta centímetros. Si respiraba los gases que el mar emanaba, estaría perdido. Escuché, distorsionados por el rugido del mar, los gritos de Paula y la voz de aquel tipo diciéndole que no se quejara tanto, que al fin y al cabo le pagaría.

Recordé las sensaciones de mi sueño: la incertidumbre y el alivio; el miedo y la desesperación. No estoy seguro de dónde saqué fuerzas, pero me puse de pie y caminé hasta la playa.

A unos metros veía al tipo acostado, dando feroces sacudones entre las piernas abiertas de Paula. Aún no había perdido el conocimiento, aunque las emanaciones de algún modo me habían afectado: veía borroso y me costaba mantenerme en pie.

Después de un rato, el tipo se levantó, sacó un billete y lo tiró sobre el cuerpo de Paula. Ella parecía atontada, miraba hacia su derecha. Busqué el motivo de su consternación y descubrí la presencia de Melchor. Entonces no lo pensé, pero luego me preguntaría cómo había llegado hasta allí. Calculando la distancia que nos

separaba de su casa, las limitaciones que tenía para desplazarse debido a su edad, y lo dificultoso que sería para él, en la noche, reconocer a su nieta a la distancia, supuse que no había dudado dónde debería buscar.

Por un instante, ella y Melchor sostuvieron sus miradas. Ella seguía acostada en la arena, con las piernas abiertas y la minifalda levantada. Melchor, si no me equivoco, lloraba. Entonces perdí el conocimiento.

Cuando desperté empezaba a clarear. Ya no quedaba nadie en la playa. Aún sentía las consecuencias de la paliza. Despacio, caminé hasta la escalinata donde Paula miraba el mar con los ojos bañados en lágrimas.

Me senté a su lado. Las llamaradas del horizonte, poco a poco, perdían protagonismo por la aparición del sol rojo furioso.

—Tu abuelo ha sido readmitido —dije—. Sos menor: a vos también te corresponde la ciudadanía.

Como única respuesta escuché la cadencia ligera de su llanto hiposo. Prefería no pensar en lo duro del momento que estaba viviendo: estaba harto. Supongo que para lavar mi conciencia, tomé el dinero que llevaba: poco más de trescientos pesos. Se lo di.

—Dentro de algunos años, esto será apenas un recuerdo borroso —dije, fingiendo aplomo.

Me levanté y empecé a caminar. A pie, estaba como a una hora de casa. Podría haber regresado por diez o veinte pesos para un taxi, pero de verdad no quería volver a verla.

—Pasá, pasá... Sentate... A la mierda, Isidrín, ¿y eso?

—Una tontería, me robaron anoche.

—A ver... ¡Querido!, flor de moretón te hicieron. ¿Te vio el médico?

—No, fue una trompada nomás, ni siquiera me la calzaron de lleno.

—Menos mal: si te la calzaban de lleno te arrancaban la cabeza. ¿Cómo fue?

—A la madrugada, cerca de casa, salí a caminar y dos pibes me robaron.

—Qué raro, che, mirá que la ciudad está muy limpia, ¿no habrás estado por el Barrio Marítimo, vos?

—No, qué decís. Eran unos indocumentados, parecían más asustados que yo.

—Bueno, esperame un segundo... Acomodo estos papeles y ya estoy con vos, eh. Si supieras el despelote que hay en el Ministerio... Ahora cuando te cuente no lo vas a poder creer. Esperame un instante nomás...

—Tranquilo, tomate tu tiempo. No tengo apuro.

—Vos no, pero yo dentro de una hora me reúno con Echegoyen y el ministro y no sé si no va a ir el presidente también. Se está yendo todo al carajo, Isidrín. Los Vanguardistas están a punto de actuar.

—¿Los qué?

—Los Vanguardistas, un grupo nuevo de rock.

—¿Me estás jodiendo?

—Claro que te estoy jodiendo. Los Vanguardistas son los subversivos esos de los que te hablé. Inteligencia analizó las escuchas. Quieren atentar acá mismo, en el edificio de Planificación. Aunque nos faltan detalles. Y también parece que van a emboscar una de nuestras patrullas, no sabemos bien cuándo ni dónde, pero van a liquidar a un par de agentes y a un inspector.

—¿Ese dato es seguro?

—Seguro, seguro, bueno, vos también venís con cada pregunta. No, qué va a ser seguro. Es posible. Pero con eso alcanza para que estén todos agitados. Estamos trabajando contrarreloj. Hay un equipo de veinte analistas estudiando las escuchas, pero no encontraron ninguna pista de dónde se esconden estos locos. ¿Y sabés a quién asignaron para coordinarlos? A mí. El ministro está hecho una histérica y si surge algún problema, me va a cortar las bolas.

—Yo quería hablar con vos por lo de los informes. Hay muchas cosas que no entiendo.

—Bienvenido. Nosotros hace siete años que no entendemos nada. Dame un segundito nomás...

—Sí, sí, tranquilo.

—Si supieras cómo me presionan. Me estoy volviendo loco. Ayer estuve a punto de renunciar, te lo juro. Y si no me equivoco, soy el fusible que Echegoyen quiere hacer saltar si las cosas se complican. Esperá un segundo más... Yo tenía una carpeta con un informe por acá... Sí, acá. Listo. Contame.

—Estuve leyendo los resúmenes de las operaciones...

—Muy bien.

—Y también pedí algo de información complementaria a Mirna...

—Genial.

—Y no sé cómo decirlo. Estoy un poco confundido.

—¿Con qué?

—Con todo. Con las operaciones, con la forma en que se articularon, con el trabajo de Planificación en estos años.

—¡A la pipeta, Isidrín! Venís con munición pesada...

—...

—Tranquilo, hablá, dale. Si somos amigos. Aparte soy nuevo en el cargo, digas lo que digas, no voy a ser responsable de nada.

—Mirá, voy a ser directo: las operaciones que se realizaron hasta ahora son una mierda. Algunas pocas estuvieron bien planteadas, pero fueron anuladas a mitad del proceso, o antes. Sólo se sostuvieron hasta el final las más ridículas. Y otra cosa: los asesores externos son tipos de lo más cualificados, pero nunca cumplieron un rol comprometido con las investigaciones. Se les da algo de información, ellos dicen un par de cositas y ya está. En general, y no lo tomes a mal, me quedo con la idea de que Planificación está llevada por gente sin interés por llegar a algún lado.

—Isidrín, corazón, angelito santo, espero que no te interese la política, porque así, con esa sinceridad, estás frito.

—Néstor, esto te lo digo porque somos amigos. Seguro me vas a saber explicar en qué falla mi apreciación.

—En líneas generales, no falla en nada. Mirá, yo te quería incorporar al equipo por eso: porque ves el panorama con claridad y te animás a hablar. Aparte, acá no confío en nadie. Hay un montón de internas y si me descuido, me voltean. Vos sos mi único tipo de confianza, y me gusta escucharte hablar así, porque me lo estás ratificando. Te cuento cómo viene la mano: desde el principio del lío este de los portales, ni a Echegoyen ni al ministro les importaba una mierda averiguar nada. Hasta ahora lo de la seguridad nacional era una excusa. Las amenazas las inventaban desde el Ministerio. Ojo, en el Congreso se las comían con papas. Y yo no sé si el presidente sabe algo, pero en todo caso se hace el gil. Acá, en la Secretaría, lo único más o menos importante era aparentar para que siguiese entrando plata. Aparte a Echegoyen le encanta sentirse necesario. Yo creo que debe tener problemas de autoestima o algo así. Andá a saber si no la tiene muy corta. Qué sé yo. La cuestión es que con el ministro se ganaron un lugarcito muy cercano al Presi. Vos sabés cómo funciona el ambiente, ¿no? Como imaginarás, cuanto más grande es el aparato, más guita entra. Y claro, cuanta más teca se mueve, bueno, vos entendés. Las campañas políticas necesitan financiación. Y siempre es mejor no depender de estructuras corporativas.

—O sea que son todos corruptos.

—Bueno, che. Es por el bien del país. Si subiera la oposición serían capaces de

hacer cualquier cosa. Ahora andan diciendo que quieren quemar los archivos de Planificación, tapan los portales, dejar de confiscarlos.

—Tampoco está tan mal como proyecto.

—No seas pelotudo, Isidro. Si no los manejáramos nosotros, los manejaría un grupo de mafiosos o de terroristas.

—Pero ¿qué me decís? Si al final lo de la Inspección y Planificación es pura mentira.

—No, esperá. Tampoco es así. No mirés las cosas de una forma tan lineal. La Inspección sirve, eso es innegable. Hay un lujo que no nos podemos dar, y es abandonar los portales a la buena de Dios.

—Pero Planificación es apenas un maquillaje para sacar guita del presupuesto. Una caja.

—Más o menos. En esto tampoco podemos ser tan lineales. En la política los efectos suelen ser producidos por más de una causa. Aparte, nadie tiene una sola motivación para llevar adelante una acción. Y eso en el plano individual. Pensalo en la magnitud de una Secretaría donde trabajan miles de personas. ¿Querés saber si de Planificación se saca guita para otros fines? Sí, se saca. ¿Querés saber si algunos procedimientos son planteados sólo para justificar un presupuesto, y el procedimiento se aplica mal? Sí, claro, también pasa. Pero si se tratara sólo de eso, ya se hubiera caído el quiosco hace rato. Muchas operaciones son diseñadas con la idea de descifrar el berenjenal este y las para la oposición por vías judiciales. Acordate de la Ley de Protección del Derecho a la Privacidad.

—A esa ley la votó el oficialismo.

—Estábamos acorralados. Faltaba poco para las elecciones y si la bloqueábamos, nos comían. Venían haciendo una campaña bastante sucia, no te olvides de eso. Tenés que tener un poco de sentido político. Aparte de hacer las cosas bien, es imprescindible construir poder.

—Néstor... esta Secretaría es un adorno.

—¡No, Isidrín, no! Nosotros le damos una mano grande a la Justicia. Vos lo tenés que entender mejor que nadie: ayer condenaron a Pablo Argañaraz a cincuenta años de prisión.

—El registro #00G73698.

—Ese mismo. Y en su caso, la única prueba fueron las transcripciones. ¿Qué me decís?

—Que no sé qué hago acá. Si querés me quedo en casa, me rasco las bolas todo el día y paso a fin de mes a cobrar.

—Esperá, Isidrín. Te lo acabo de decir. Con los Vanguardistas cambió el panorama. Si no los encontramos, se nos viene la noche.

—O sea que en dos semanas hay que tener resultados.

—No, estás loco. En una. Si es menos, mejor. Por lo poco que sabemos, los atentados los planean para antes de las elecciones.

—¿Y cómo voy a hacer en siete días lo que ustedes no hicieron en siete años?

—Vos lo dijiste: hasta ahora se hizo todo mal. Bueno, hazlo bien.

—Pedís mucho.

—Ya sé, Isidrín. Tomalo como un favor. Mirá, acá más de uno me quiere cortar la cabeza. Esto está lleno tejes y manejes raros. Me metí en un flor de quilombo. Si fuera por mí, me saldría ya mismo.

—Salite.

—No, si me voy ahora me hacen la cruz. Tengo que ayudar a sacar las castañas del fuego. Después de las elecciones me consigo otro puesto más tranquilo, sin responsabilidad. Yo quería entrar en la política, pero viendo cómo es el juego, no me gusta. Estás todo el día con el culo en la mano, no sabés en quién confiar, la mitad de la gente te quiere cagar y a la otra mitad no te queda otra que cagarla vos. Hay tipos capaces de hacer su laburo mal sólo para quemarme. Y también hay muchas cosas acá que yo no sé. Aunque haya estado como asesor un montón de tiempo. Ahora me desayuno. Por eso te necesito: porque sos de confianza. Yo te doy mi apoyo incondicional, sólo te pido un favor: cualquier punta que descubras, la hablás conmigo antes que con cualquiera.

—Me parece bien.

—Macanudo. Che, ¿a tu hermano lo viste?

—Todavía no.

—Mirá que cada vez me queda menos margen; si lo ves, traelo rápido.

—...

—Ahora a laburar, Isidrín. Y no me pongas esa cara: sos el tipo que más portales inspeccionó, algo habrás visto en estos años, algo que te inspire...

—No es fácil. Yo siempre pensé que esos portales carecen de lógica.

—Sí, puede ser. Pero inténtalo, por lo menos. Si necesitás algo, pedilo.

—Tal vez accediendo a las transcripciones...

—De eso olvidate, es ilegal.

—Bueno, tampoco la ponés fácil... ¿Me podés conseguir los mapas con la evolución de las fuentes descubiertas en estos años?

—Pedíselo a Mirna, te lo busca en un periquete. Para lo que quieras, ella está a tu disposición. Pero sin chanchadas, eh, tampoco hagamos enojar al jefe. Y ya sabés, cualquier cosa que descubras, la hablás conmigo. Sospecho que acá hay algo bastante espeso que casi nadie sabe.

—¿Algo como qué?

—No sé, Isidrín, no sé. Pero si te enterás de algo, contame.

De regreso a casa, pensé en mi charla con Néstor. Traía los mapas con la evolución de los logros de la Secretaría, pero no confiaba demasiado en su utilidad para encontrar algún tipo de lógica en aquella locura. Al fin y al cabo, dar con una «fórmula» capaz de hallar la fuente de cualquier portal a partir de esos datos era un trabajo estrictamente matemático. Yo nunca fui un cerebro matemático. Y para peor, los cerebros más brillantes del país habían analizado esos mapas decenas de veces sin alcanzar conclusiones.

Cuando llegué, antes de cambiarme, desparramé los mapas sobre la mesa. Los miraba esperando que alguna idea genial me asaltara. Nada sucedió. Me pregunté qué rumbo elegiría un detective inteligente, audaz. No supe responder a esa pregunta.

En una novela policial, sería el momento indicado para que apareciera la pelirroja de caderas feroces y el cigarrillo con boquilla. Me daría pistas para abrir una nueva punta en la investigación.

En ese preciso instante sonó el timbre. Podía ser un giro en el género: en lugar de un detective cínico y valiente, la investigación la llevaría un escritor frustrado, un funcionario sin motivaciones.

A través de la mirilla vi el uniforme del servicio postal. Temí que fuera un promotor. Aunque podía tratarse de un telegrama de Néstor. Cuando abrí la puerta noté que ese hombre no era un promotor; tampoco un cartero.

—¿Cómo estás, hermanito? —dijo Witold mientras sonreía.

—¿Otra fiesta de disfraces? —pregunté.

—La vida social es muy importante —replicó con una sonrisa sarcástica.

Lo hice pasar, fuimos a la cocina. Me senté y le dije que preparara unos amargos. Respondió que no tenía mucho tiempo. Dejó sobre la mesa un sobre blanco, grande.

—¿Te sigue pareciendo peligroso venir por acá?

—Yo diría que vigilan el edificio. ¿Qué te pasó?

—¿Por?

—Tenés un moretón bárbaro en la jeta.

—Ah, fue por ayudar a una mujer.

—¿Vos ayudaste a alguien? Cuesta creerlo.

—Gracias. Ah, ya solucioné tu tema. Un amigo con muchas influencias te puede conseguir la reinserción.

Witold suspiró.

—Pensé que te ibas a alegrar —dije—. Supongo que viniste para ver si había arreglado el tema, ¿no?

—Bueno, en realidad vine a traerte esto —respondió mientras señalaba el sobre blanco y grande.

—¿Qué es?

—Una carta. ¿No ves que soy cartero ahora?

Intenté agarrar el sobre, pero me lo arrebató con un movimiento rápido.

—Paciencia —dijo—. Ya vas a leerlo cuando me vaya. Y anotá mi número.

—¿Número?

—Me di de alta en el servicio nuevo de *Telegrama anónimo*. Es genial, no hace falta documentación para usarlo.

Otra de las contradicciones del sistema. Primero, le sacaban la ciudadanía a los deudores impositivos para ahogarlos y obligarles a pagar. Después, habilitaban servicios para que, aún sin ser ciudadanos, pudieran consumir y aumentar la actividad económica de la ciudad. Parecía joda. O peor: era joda.

Anoté el número de identificación telegráfica de Witold. Aunque lo mejor sería que me acompañase cuanto antes a ver a Néstor. Sin embargo, no quiso: tenía demasiadas preocupaciones para pensar en eso, dijo, y agregó que cuando viera el contenido del sobre, lo entendería.

Witold parecía hablar en serio. Demasiado: no estaba acostumbrado a escucharlo usando ese tono. Le pregunté qué era eso tan importante del sobre.

—La verdad, no lo sé —respondió—. El principio de una duda colosal. Quizás el indicio de un fraude gigante, de un posible escándalo de corrupción que llega hasta muy arriba. Y sos una de las pocas personas con los medios para encontrar respuestas.

No me dio tiempo a responder. Dijo que ya hablaríamos al respecto. Me saludó con una palmada en el hombro y se fue.

III

POLÍTICA

Isidro no puede dormir.

Tres hojas, nada más. Ese es el contenido del sobre: tres hojas breves, tres hojas que disparan innumerables posibilidades.

Tres hojas pero decenas, centenares, miles de puertas que se abren; puertas hacia la angustia, hacia un mundo desconocido, antes imposible y ahora repentinamente real.

Inverosímil y real.

Dios pateó el tablero de ese juego que se volvió, en algún momento, predecible y aburrido. Dios hizo más que sembrar portales y sorprender. No es un crupier atado a las leyes fáciles del azar: es un ilusionista, un tramposo. Un loco.

Isidro lee y relee y vuelve a leer esas tres hojas y sabe obsoletas sus tesis y cualquier tesis. Los portales dicen algo distinto de lo que siempre se había creído.

Le causa risa y angustia y miedo.

Isidro lee y relee y vuelve a leer esas tres hojas, decenas de veces piensa y repiensa y sabe que no hay nada que pensar. El mundo es otra cosa, él mismo es otra cosa: ya no es apenas su vida, su presente, su pasado, sus ideas, sus dudas, sus miedos, sus deseos. Todo aquello es una parte mínima de Isidro. Él, desconcertado, lo acepta.

Él es, apenas, desconcierto.

Orson y Witold caminaban hacia a la casa de Daniel y Melina, donde los esperaba Varinia. Witold se movía con largas zancadas. Orson le seguía el ritmo con dificultad.

—¿Estás bien? —preguntó Orson.

—Ando un poco nervioso.

—¿Hoy no tomaste tilo?

—Tomé dos.

—¿Armo un canuto?

Witold negó con un gesto.

—¿Qué pasa?

Witold: ayer pasé por lo de Isidro. No me llamaría la atención que estén vigilando su departamento.

—Pero ¿tuviste cuidado?

—Sí, sí. Todo debería ir bien. Lo que pasa es que la movida se va a poner espesa, estoy seguro.

—¿Le llevaste lo que te di?

—Sí.

—Bueno, con eso vamos a ganarlo. Su colaboración nos va a venir como poronga al culo.

—Qué lindo te expresás, che. Se nota que tuviste una buena educación.

—No tan buena, eh, pero leo mucho.

—Y yo no estaría tan seguro de que va a colaborar —dijo Witold.

Witold: tampoco había nada claro en esas transcripciones. **Orson:** había lo suficiente: eran las tres de la misma fecha y hora, las tres tenían contenidos distintos.

Witold: aunque averigüe lo que pasa, no lo veo involucrándose... Nuestro plan es un poco fuerte. **Orson:** tampoco podemos quedarnos sin hacer nada. **Witold:** sí, quizá.

¿Lo comentaste con alguno de los chicos? **Orson:** no, en la próxima reunión lo hablamos. ¿Vos le dijiste a Varinia? **Witold:** tampoco. No creo que le guste la idea.

Pocos minutos después golpearon la puerta del departamento de Daniel y Melina. Tres golpes seguidos, una pausa, dos golpes espaciados. Varinia abrió. Witold la abrazó por la cintura y la besó. Orson cerró la puerta.

Orson: ¿los chicos? **Varinia:** se fueron con Saeta y el Rupturista a una casa segura. **Witold:** genial, aunque no debería surgir ninguna eventualidad. **Varinia:** no, pero Vanguardista precavido vale por dos.

Se dirigieron a la sala. En el rincón decorado con motivos infantiles, junto al armario, había varios bloques de un material plástico, blanquecino. Witold agarró uno. Era muy liviano, como si fuera hueco. Lo miró con detenimiento.

Witold: parece bueno, ¿no? **Varinia:** sí, Imanol ya le tomó la mano. **Orson:** trabaja bien el cristiano ese. **Varinia:** trabaja bien, pero no termino de confiar en él. Me preocupa que nos empiece a pedir más plata. Después de todo, es el único que sabe hacerlos. **Orson:** oferta y demanda. **Witold:** bueno, ya veremos, cualquier cosa sería cuestión de darle una apretada.

Varinia lo miró sorprendida.

Varinia: ¿desde cuándo damos apretadas nosotros? **Orson:** como siga la mano así, vamos a empezar en cualquier momento. **Varinia:** así, ¿cómo?

Witold y Orson se miraron.

Witold: estuvimos pensando en todo esto, en nuestra forma de trabajar... Antes, el uso de los portales nos parecía preocupante, pero ahora la cuestión se puso negra, tal vez deberíamos actuar de otra manera. **Varinia:** ¿de otra manera? **Orson:** mirá, antes se metían en tu vida privada: una mierda. Pero pensá que esas transcripciones que toman las usan como pruebas en juicios. Si tal como sospechamos, son inventadas en un escritorio, estamos ante algo peor que un estado policial.

Varinia no respondió, aunque concedió, a desgano, la razón.

Varinia: ¿y en qué pensaron? **Witold:** hay que aprovechar la coyuntura, hacer algo para sacudir antes de las elecciones. La oposición es mala pero al menos promete terminar con la confiscación de portales, con las transcripciones. **Varinia:** ¿y les creen? **Orson:** si suben presionados por los ciudadanos, van a tener que ser consecuentes. **Varinia:** ¿y qué proponen? **Witold:** yo pensé en robar tantas transcripciones como podamos y distribuir copias entre la gente, llevárselas al periodismo, a los partidos de la oposición. **Varinia:** las van a usar para limpiarse el culo. **Witold:** el tema sería potenciar la noticia. Que la gente empuje a los políticos. **Varinia:** ¿cómo?

Orson y Witold volvieron a mirarse. Dudaron.

Witold: bueno, acá el compañero conoce en detalle las fisuras en la seguridad del edificio de Planificación, y ya tiene las copias de las llaves. El plan sería entrar por la noche, robar las transcripciones y, al irnos, poner una bomba. **Varinia:** ¿una bomba? ¿Están locos? Nosotros nunca accionamos con violencia, ¡jamás! Es la premisa de los Vanguardistas. **Orson:** pero esperá, calmate. No habría heridos. Yo sé cómo hacer sonar la alarma de otra ala del edificio, los agentes irían para allá. La zona estaría limpia. No lo pienses como un acto violento, pensalo como propaganda. Violencia es mentir y manipular. **Witold:** el plan es redondo: nos cargamos el archivo y hacemos que la población tome conciencia de cuán nefasto es ese mecanismo. No van a poder reconstruirlo, la gente no se lo va a permitir.

Varinia no respondió. Abrió un maletín con herramientas. De su interior sacó una lata con pegamento. Se la pasó a Orson.

Witold: ¿se encargan de esto? Yo voy a preparar un tilo. ¿Quieren algo?

Ambos negaron. Witold se dirigió a la cocina.

Isidro, sentado en la misma mesa de siempre, pide un café con leche y dos sobrecitos de azúcar. La morocha linda, lindísima, preciosa asiente con un gesto y una sonrisa gigante. Él se pregunta cuánto de real habrá en esa sonrisa, o si la realidad será otra cosa. Tal vez la realidad esté compuesta por las palabras garabateadas en esas transcripciones que le dejó Witold. Entonces eso que le pasa todos los días sería un sueño o una ficción.

No pegó un ojo en toda la noche. Pensó. Se pregunta cómo es que ese camino se abre justo ahora.

El azar, tal vez.

¿O no hay azar?

No trajo con él esos retazos de transcripciones cuyo protagonista es el registro #00F32335. Witold no le mintió: en ese sobre hay el principio de una duda. Necesita aclararla. Él sabe vivir sumido en la incertidumbre. Su vida, hasta hoy, se trató de eso. Pero esta vez es distinto. Debe conseguir todas las transcripciones en las que ese registro interviene. Ese registro es el suyo.

Al café entra Leopoldo, se dirige a su mesa.

—Sabía que ibas a estar acá —dice Leopoldo—, necesito hablar con vos.

Isidro lo mira. Abre la boca como para responder, pero no. Se pone de pie, le hace un gesto. Leopoldo lo sigue. Se sientan en otra mesa.

La morochita linda, lindísima, hermosa le lleva su café. Isidro necesita saber cómo se llama. Siempre lo necesitó, pero hoy lo necesita dos veces.

Duda. Piensa.

Amanda.

Repite el nombre despacio, casi como si lo estuviera paladeando. Se olvida por un instante de cómo llegó a él.

Sólo piensa en ese nombre: Amanda.

Y le gusta.

O le gusta saber que la puede nombrar.

Leopoldo parece nervioso. Isidro, casi ignorándolo, bucea en sus propias ideas. Leopoldo dice que lo reemplazó como inspector. Isidro sale del letargo:

—Aguantá —le aconseja—, aguantá un par de meses. Desde Planificación puedo acelerar tu traslado.

—Ayer se mató Souza —dice Leopoldo.

Isidro la ve yendo hasta una mesa. Se pregunta si todos estos años habrá estado vivo. Se pregunta si no iba día tras día a la Inspección esperando el milagro que le diera el coraje para pegarse un tiro o arrojarle por una ventana y así terminar el lento suicidio que empezó años antes, cuando se puso un traje y dejó de escribir y se volvió un burócrata.

Leopoldo quiere dejar la Inspección. Antes de matarse, Souza le comentó que estaba tras una pista. Una sobre la naturaleza de los portales.

—Los portales son otra cosa —dice Leopoldo.

Isidro lo mira. Siete años sin preocuparse. Hasta hace poco le hubiera dicho que son inofensivos, que allí no hay nada peligroso o grave. Pero no.

Leopoldo escuchó algo extraño en un portal. No da detalles. Quiere volver. Quiere investigar. O desaparecer. Olvidarse de los portales y de la Inspección, escapar de la ciudad.

—Andate —dice Isidro—. Dejé todo y andate.

—Tengo miedo.

—¿De qué? Andate ahora y listo.

—¿Te diste cuenta de que nadie renunció nunca al puesto de inspector? Algunos pasan a Planificación, otros se suicidan. No hay más salidas.

Era verdad. Nunca lo había notado.

—¿Ya te asignaron algún auxiliar?

—No, Arminio me dijo que hasta la semana que viene tengo que trabajar solo. ¿Por qué?

—Si no te asignaron a nadie, todavía no está confirmado el nombramiento. En la Secretaría figurarás como inspector interino. Hablá con Arminio, decíle que no estás cómodo, que querés seguir como auxiliar. En un par de meses desaparecés.

—No sé.

—Hacelo. Ahora mismo: cruzás la calle, vas al despacho de Arminio y se lo decís.

—Tengo un allanamiento en diez minutos.

—Entonces apenas vuelvas.

Leopoldo asiente.

—Ayer, durante una inspección, escuché que...

—No lo digas.

Isidro mira a su alrededor. Se pregunta si alguien estará escuchando. Es posible. Toda información relacionada con los portales es confidencial.

Esa charla podría ser interpretada como potencial terrorismo. O traición a la patria.

—No digas nada. No es seguro.

Leopoldo se levanta, sale del bar.

Isidro piensa en las hojas que le dejó Witold. Hablará con Néstor. Le exigirá acceso a las transcripciones. Eso, o la renuncia. No hay medias tintas. Al menos necesita escuchar el resto de lo que hay del registro #00F32335. Si arma el rompecabezas, Néstor le estará agradecido.

Y cree que puede armarlo.

Y teme que puede armarlo.

La morochita linda, lindísima, hermosa se acerca. Le pregunta si quiere algo más. Isidro niega con un gesto tímido.

—¿Cómo te llamás?

Ella sonrío. Una sonrisa todavía más grande que todas sus hermosas sonrisas. Una

sonrisa de labios carnosos, de ojitos cómplices. Como si hubiera estado esperando esa pregunta durante días. Como si de pronto se sintiera aliviada por ese paso mínimo y fundamental de Isidro.

La morochita linda, lindísima dice:

—Amanda.

La llaman de una mesa.

Isidro, de nuevo solo, saca su cuaderno de tapa dura y roja. Escribe:

Hipótesis de trabajo n° 260:

Dios es un loco. Un loco peligroso.

Witold tardó unos minutos en encontrar el recipiente con el tilo. Colocó un saquito en la taza. Puso agua al fuego. Mientras esperaba que hirviese, se asomó a una pequeña ventana que daba a la calle. Vio a varios chicos jugando. Vio a una señora mayor que caminaba sin prisa, por la vereda de enfrente. Vio a algunos obreros trabajando en la esquina. Intuyó que los niños, la señora, los obreros ignoraban el mal uso que el Gobierno hacía de los portales; los envidió profundamente.

La pava silbó. Witold retiró el agua del fuego, la echó en la taza. Esperó que se asentara el tilo. Luego quitó el saquito y lo tiró a la basura.

Volvió a asomarse a la ventana. Suspiró. Escuchó el chirrido de un auto frenando de golpe frente al edificio. Trató de ver de qué se trataba, pero no le daba el ángulo.

Poco después, cuando salió de la cocina, escuchó un grito proveniente del exterior. A través del pasillo, el grito llegaba débil; aunque distinguió la palabra «policía» y la exigencia de que abriesen la puerta. Cruzó una mirada con Orson. Una mirada contaminada por el miedo y la sorpresa.

Volvió a la cocina. Miró en derredor. En la mesada había un cuchillo filoso. Lo agarró como si ejecutara un acto automático, no pensado.

Escuchó cómo pateaban la puerta del departamento.

—¿Qué es eso tan importante?

—Algo difícil de explicar. Algo que me sobrepasa a mí y te va a sobrepasar a vos y a todos en la Secretaría.

—Compañero, cuánta solemnidad. Dale, contame.

—No puedo.

—¿No podés?

—No todavía, hay muchas lagunas, pero prometo resolverlo rápido.

—¿Cuán rápido?

—Si me arreglás un temita, para mañana.

—A la mierda, ¿viste por qué confiaba en vos? Sos un genio, Isidrín, siempre lo supe. ¿Y cuál es el temita ese?

—Dame acceso a las transcripciones.

—No, eso ya lo hablamos: es ilegal.

—No me jodas, ayer me describiste en detalle la podredumbre de la Secretaría y ahora me venís con pruritos.

—Qué animal, Isidro: «pruritos». Qué lindo hablás.

—¿Voy a tener acceso o no?

—Es que no depende de mí.

—Mirá, descubrí algo grande, muy grande. Tanto que me asusta. La verdad, preferiría mantenerme al margen, pero de alguna manera ya estoy metido. El tema es pesado, en serio. Para llegar hasta el fondo necesito acceso a las transcripciones.

—...

—O al menos conseguime las transcripciones donde interviene mi registro vocal. Acá te lo dejo anotado.

—No sé, Isidrín, no sé...

—Si no me conseguís las transcripciones, renuncio.

—A la pipeta, ¡cómo viniste!

—Te lo digo en serio. Yo no quería meterme en este despelote, me metiste vos. Ahora estoy adentro, y muy cerca de encontrar respuestas. Pero sin esa información estoy estancado. Si no puedo avanzar, ¿para qué voy a seguir acá?

—...

—...

—Mirá, hagamos una cosa. Yo te consigo tus transcripciones. Bueno, en caso de que existan. Mañana las quiero de vuelta, y quiero todos los detalles que manejas. Mirá que está en juego la seguridad nacional. Y mi culo.

—Confía en mí.

—Confío, Isidrín, confío. Yo en un rato me piro. Vos, dentro de una hora, te metés en mi oficina. Le voy a decir a Mirna que estás autorizado. Te voy a dejar en un maletín, sobre el escritorio, las transcripciones. Mañana sin falta las quiero de vuelta. ¿Está claro?

—Está claro.

—Otra cosa. Lo de tu hermano. ¿Lo localizaste?

—No...

—Bueno, acá está todo cada vez peor. Si viene mañana, le limpiamos el expediente. Pero si no, olvidate. Por lo menos hasta después de las elecciones. Y ya te lo dije, yo después de las elecciones me borro. No sabés cómo está la mano en la Secretaría. Lo de tocar expedientes se está poniendo difícil hasta para mí. Hay un par de infelices que no me sacan los ojos de encima.

—Está bien, voy a hacer lo posible para localizarlo.

—Fenómeno. Yo dejo dicho a la gente de seguridad que vas a venir con un acompañante, así no le piden documentos.

—¿Podés hacer eso?

—Claro, papá, soy el jefe.

—Bueno, te agradezco, tampoco quiero comprometerte.

—No pasa nada, estoy en deuda con vos. Si me traes un buen informe de los portales, metemos un golazo. Aparte lo quiero ayudar al mocoso, pobre, que debe tener un cagazo de Dios padre y señor nuestro...

La puerta no resistió el segundo golpe y cayó. Dos agentes robustos entraron empuñando sus *Mágnam* 44. Gritaron desquiciados, dispararon al suelo. Se detuvieron un instante. Estaban en un pequeño recibidor; a su derecha, un pasillo conducía a la única habitación y a la sala. Avanzaron por el pasillo. El más alto de los agentes, uno de abdomen abultado y espalda ancha, se quedó junto a la puerta del cuarto mientras su compañero, uno bajito y con bigote ralo, entraba para registrarlo.

Un instante después, el bajito salió. El silencio era absoluto. El agente de espalda ancha le hizo un gesto a su compañero: el departamento parecía vacío. Caminaron hacia la sala.

Fuera del departamento, junto a la puerta, Leopoldo esperaba que los agentes terminaran la limpieza. Por lo general no tardaban más de tres o cuatro minutos. Rara vez surgían resistencias en un allanamiento. Al fin y al cabo, no iban por criminales peligrosos. Cuando en el domicilio a confiscar vivía algún ciudadano con antecedentes penales, entonces enviaban un equipo mejor dotado. Para estos casos, para asustar abuelas, niños, matrimonios jóvenes, obreros o profesores universitarios con dos agentes robustos empuñando esas *Mágnam* salvajes era suficiente.

Leopoldo miró su reloj. Había escuchado los disparos. Le disgustaba esa conducta agresiva, aunque ignoraba cómo ponerle fin. El procedimiento carecía de ambigüedad: en los allanamientos entraban los agentes; una vez despejado el lugar, los funcionarios. Extrañó a Isidro y su facilidad para anteponer el sentido común a las reglas. Él siempre mantenía a los agentes a raya. Con una mirada, con una frase, los volvía cachorros inofensivos. Tal vez debería aprender su técnica. Aunque aquel sería su último allanamiento.

Ahora, del departamento sólo llegaba silencio.

Poco después, escuchó ruidos de golpes contra muebles, adornos cayendo. También un grito, un pedido de clemencia, un disparo. Otro grito.

Luego, silencio.

Temió lo peor. Mientras atravesaba el pasillo que unía el recibidor con la sala, buscaba el coraje para detener a los agentes antes de que fuera tarde.

Cuando llegó a la sala, era tarde.

Lo sorprendió la mirada impasible de dos muchachos de unos treinta años. Ambos estaban de pie, estáticos, con expresión resignada. Uno de ellos llevaba barba de varios días, el otro tenía unos lentes redondos y el pelo revuelto.

Los muebles de la sala estaban destrozados. Manchas de un rojo muy oscuro, casi negro, teñían la ropa de los jóvenes. En el suelo, los cuerpos de los agentes yacían rodeados por un espeso charco de sangre.

Leopoldo miró los cuerpos, después a los dos muchachos. Junto a la puerta que comunicaba con la cocina, una rubia de pelo lacio también era testigo del espectáculo. Parecía tan sorprendida como él.

En el cuello de uno de los agentes había clavado un destornillador. En la ingle del otro, un cuchillo de cocina. El del cuchillo no estaba muerto, respiraba con dificultad.

Agonizaba. Los dos muchachos, con expresión neutra, le sostenían la mirada a Leopoldo.

Uno de los dos, el de la barba de varios días, se agachó y recogió las armas de los agentes. Leopoldo se dio vuelta despacio. No entendió por qué, pero creyó que podía irse de ahí caminando. Como si todo aquello fuera un mal sueño, como si bastara con desearlo para despertar.

Entonces, por el pasillo, apareció otro muchacho. Era algo mayor. Treinta y cinco años tal vez. Medía casi dos metros, tenía el pelo largo y las facciones alargadas también. Leopoldo se detuvo. Miró sobre su hombro. El joven que había tomado las armas lo observaba. Sujetaba una pistola en cada mano, pero en lugar de empuñarlas, las agarraba por el cañón. Las manos le colgaban a los lados del cuerpo. Como si en vez de armas sujetara libros, pensó Leopoldo. Volvió a mirar al tipo alto y de cara larga. Él también parecía sorprendido. Echó un vistazo rápido a la sala. Su mirada alternó entre los cuerpos de los agentes, los dos jóvenes que estaban de pie y Leopoldo. Casi como si ejecutara un trámite cerró el puño, lo llevó hacia atrás y descargó un golpe fortísimo en la mandíbula de Leopoldo.

Leopoldo se desplomó.

El Rupturista: a la mierda, muchachos. Qué enchastre.

Orson y Witold se miraron. Parecían fantasmas. No respondieron. Varinia se acercó a Witold y lo abrazó. Él hundió su rostro entre los largos cabellos rubios.

El agente con el cuchillo en la ingle soltó un quejido débil. Varinia dio vuelta la cara para evitar mirarlo. Orson y Witold lo observaron indiferentes. El Rupturista se acuclilló junto a él. Se acercó a la herida, la estudió con detenimiento. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Estás listo —le susurró al oído.

Los ojos del agente se abrieron todavía más. Quiso gritar o pareció que quiso gritar. Emitió un gemido ronco y triste. Luego exhaló una bocanada de aire que a Witold le pareció larguísima.

El Rupturista: crepó.

Nadie respondió. Permanecieron así diez o veinte segundos.

El **Rupturista:** muchachos, hicieron un trabajo muy digno. Estos animales son duros de verdad. Me hubiera gustado verlos. Nos falta el tercero, el de traje: nos vio las caras.

El Rupturista hablaba con tranquilidad. En su tono no se traslucía ni miedo ni confusión.

Witold: ¿qué querés decir? **El Rupturista:** me parece obvio. Lo tenemos que liquidar. Nos queda media hora, cuarenta minutos como mucho, para hacer desaparecer los cuerpos y limpiar esto. Daniel y Melina están bien guardados en una casa segura. Si nos movemos rápido podemos llevar la patrulla a un desarmadero amigo. No le van a dejar ni el espejo retrovisor. **Orson:** ¿vos de dónde saliste? El

Rupturista: yo soy poeta, amigo, y de la poesía no se vive. ¿Por qué pensás que me dicen el Rupturista? ¿Qué pensás que rompo, yo? ¿Acaso tengo cara de moderno?

Witold: pero no podemos matar a ese pobre pibe, no sabemos ni quién es. El

Rupturista: mirá, labura en la Inspección. Va dejando sin casa a las madres solteras, a las viejitas, a las familias numerosas. Yo no digo que merezca estirar la pata, pero a veces las decisiones acertadas son las más desagradables. **Witold:** estás loco, vos. El

Rupturista: ¿se cargaron a dos pesos pesados en un periquete y ahora se escandalizan? ¿De pronto nos portamos como señoritas? **Orson:** yo ni siquiera sé cómo lo hice. No me acuerdo de nada. **Witold:** yo tenía al agente encañonándome, gritando que me pusiera de rodillas. Se me nubló todo, lo empecé a escuchar como si estuviera lejos. O como si entre él y yo hubiera un vidrio gruesísimo. Levantó la pistola para pegarme un culatazo. Iba a pegarme en la cabeza. Me asusté. No estoy seguro de qué pasó ni cómo. Un segundo después lo agarraba del cuello, le había clavado el cuchillo en las bolas, lo dejaba caer al suelo. No pensé nada. Si pienso, me cago encima.

El Rupturista hizo una pausa. Se rascó la barbilla, respiró profundo.

El **Rupturista:** miren, sea como fuere, se portaron como hombres. Ahora lo mejor sería maquillar un poco este lío. Y a mí no se me ocurre otra manera de hacerlo.

Witold se sentó en un sillón, dejó caer las armas al suelo, reclinó la cabeza hasta ver el cielo raso blanco. Varinia se acuclilló junto a él. Le revolvió el pelo con sus dedos.

Y ahora ¿qué?, se preguntó Witold. Y ahora ¿para dónde? Se trataba de una decisión demasiado pesada, que los definiría por el resto de sus vidas. Desde el pragmatismo Witold pensaba que sí: debían seguir el plan del Rupturista. Al fin y al cabo, esa tarde le habían declarado la guerra a las fuerzas del Estado, y su enemigo no se abstendría de liquidarlos en cuanto le fuera posible. Lo mejor para él, para Varinia, para los Vanguardistas e incluso para el país, sería dejarse de dar vueltas, liquidar al desgraciado y, de una vez por todas, empezar a pelear en serio por cambiar las cosas.

Sin embargo, aún antes de tomar una decisión, la culpa se instalaba sobre sus hombros como un peso exagerado.

Cerró los ojos, hubiera querido estar lejos de allí, en alguna de las páginas de su novela. O en aquella granja en donde había vivido tres años felices. O en una cárcel-fábrica, pagando su deuda impositiva. En cualquier lugar menos allí.

Sintió que le presionaban el hombro, abrió los ojos. El Rupturista, de pie a su lado, lo miraba con una mezcla imprecisa de determinación y ternura.

El **Rupturista:** también podemos irnos, desaparecer un tiempo, esperar guardados. Significaría suspender las actividades de los Vanguardistas, al menos por unos meses. Cederíamos demasiado. Pero es una alternativa. Hagamos lo que hagamos, hay que decidirlo rápido. Si estos no vuelven, van a mandar otra patrulla. Y

van a venir con mucha mala leche.

Witold se incorporó. Se llevó las palmas abiertas y sudadas a la cara. Se restregó los ojos. Respiró profundo y miró a Varinia, después a Orson.

Habría jurado que ellos estaban tan confundidos como él.

Aunque de alguna manera, con sólo mirarse, los tres sabían que la visión del Rupturista era acertada: en toda lucha se deben tomar decisiones desagradables pero necesarias. Decisiones inevitables si se quiere llegar hasta el final.

Y Witold lo tenía claro: quería llegar hasta el final.

Al entrar al café, Isidro busca con la mirada. La ve junto a la barra, con aire temperamental, insultando al barbudo de la caja: ella es así y él quisiera abrazarla para darle un poco de paz. Sonríe. Piensa que desde la tarde anterior no piensa más que en esas transcripciones del maletín de cuero negro. Es la primera vez, desde que las leyó, que su cabeza vuela a un lugar distinto al de sus preocupaciones y sus miedos.

Camina hasta su mesa habitual. Antes de sentarse, piensa que sería más seguro elegir otra. Sin embargo desea tentar al destino y al azar y a ese Dios tramposo. Ella lo saluda con un gesto exagerado. Ahora, es una exageración de alegría. Isidro no se sorprende. Desde la barra le pregunta si quiere lo de siempre. Él asiente. Las ideas le dan vuelta por la cabeza hasta marearlo. Por la tarde hablará con Néstor. No se atrevió a contarle cómo surgió en él la duda que lo impulsó a pedir las transcripciones. Después de todo, ¿cómo lo hubiera justificado?

Teme que su hermano esté metido en algún entramado peligroso. No le asombraría. Witold es propenso a cualquier cosa distinta a estarse quietito, sin meterse en líos. Para él, la vida es un juego. Y juega con trampas. A Witold le encanta saltarse las reglas, piensa Isidro, y se pregunta al mismo tiempo cuáles son las reglas y quién las escribe.

La morochita linda, lindísima, dulce, manitos con uñas arrancadas a mordiscones trae el café con leche y repite su saludo y su sonrisa.

Amanda, dice Isidro con vez tenue, deslumbrado.

Ella dice hola.

Él se pregunta si ese saludo estará en las hojas que Néstor le dejó en el maletín de cuero negro.

Piensa en hacer un comentario y siente un *déjà vu*. El comentario es sobre la discusión de la morochita frágil y el barbudo de la caja. Esas palabras aún no dichas flotan en el aire. Busca entre las transcripciones hasta dar con una en la que lee la frase.

La morochita linda, lindísima, hermosa ya no está junto a él. Isidro desparrama sobre la mesa las transcripciones.

Levanta la vista. En el bar hay una cincuentona teñida de rubio que exhibe una sonrisa exagerada por el colágeno. Hay un negro pelado y corpulento con lentes oscuros y camisa de seda blanca. Hay dos oficinistas cuarentones con corbatas tristes. Hay una pelirroja ligeramente excedida de peso aunque de curvas sugerentes. Hay tres oficinistas más, que ríen como si fueran felices o quisieran fingirlo. Hay el barbudo de la caja que mira a la morochita frágil, linda, lindísima todavía con severidad. Hay la morochita frágil, piecitos en zapatillitas de bailarina, marquita sutil bajo el ojo izquierdo que camina como si fuera alguien más entre tantas personas. Hay toda esa gente y esos papeles desparramados sobre la mesa donde Isidro recorre con la mirada lo que alguna vez ha dicho, lo que estuvo a punto de decir y se calló, tal vez lo que dirá.

Esos fragmentos de dieciocho transcripciones tomadas en distintos puntos de la ciudad, en distintas fechas, constituyen apenas una porción mínima de lo archivado en la Secretaría. Néstor le pasó veinte o treinta páginas de cada transcripción. Algunas se repiten. En varias, Isidro lee charlas en las que nunca participó, pero le suenan naturales. Le asalta la desagradable sensación de no recordar sus propias palabras.

Los portales no son lo que siempre había creído. Son otra cosa, enorme, complejísima. Le costó aceptarlo cuando leyó las primeras transcripciones. Ya no le quedan dudas.

Su registro es el #00F32335. Tomó la precaución de corroborar sus parámetros vocales: no hay error. La fuente es, siempre, esa mesa de ese bar.

Por momentos desea despertar de aquel sueño: espera levantarse con el pelo revuelto y légañas y mal aliento y que los portales continúen siendo tan fáciles y lineales como habían sido desde su origen. Pero ¿por qué? Hasta entonces habían visto en los portales lo que querían ver, el miedo les impedía desentrañar su esencia.

Desea ordenar esa información, tirarla sobre el escritorio de Néstor, o mejor, de Echegoyen, o mejor todavía: del ministro, y gritarles en la cara que son unos pelotudos. Tantos recursos malgastados, piensa. Durante años se aferraron a la ilusión de ordenar esas conversaciones fragmentadas y así regresar el mundo a su antigua condición de lugar seguro y predecible. Pero no: ese deseo es inalcanzable. Los portales dan una cantidad vastísima de información, aunque tanta y tan compleja que se vuelve inútil. O peor: sólo sirve para sembrar más confusión. Los portales muestran todos los futuros. O muchos futuros. O varios. Al final es lo mismo, piensa Isidro. Una red quizá infinita, al menos indeterminada.

El café está casi frío. Lo bebe sin ganas, como si cumpliera un trámite. Vuelve a mirar las transcripciones, trata de calmarse. Ahora le causa gracia aquella confusión. Hace años que la ciudad baila al ritmo de una mentira.

Reflexiona sobre esas versiones del papel. Siente vulnerada su intimidad con esos comentarios que alguna vez evitó y aún así están ahí. Ya no se es dueño ni de los silencios, piensa Isidro. No quiere devolver esas hojas al archivo. Él debe ser el único dueño de su vida y del futuro de su vida y de las posibilidades de su vida. Quiere ir por el resto de las transcripciones en las que interviene. Serán cientos de hojas. Miles tal vez. O millones. Quién sabe.

Especula con descubrir algo de coherencia en aquella aparente incoherencia. En medio de tanto caos, intuye el principio de un eje rector. El Azar o el Destino o ese Dios al que todavía no logra descular dejó una marca en cada futuro: los soplidos. La intermitencia y duración de los soplidos, sus pausas también, coinciden en las transcripciones de los distintos portales que corresponden a un mismo futuro.

Al final, tal vez sí haya un patrón.

Aunque se pregunta por qué el mundo debe encajar en un patrón comprensible. Si Dios no existiera, tal vez. Pero si Dios está ahí, sería ambicioso creerlo tan mediocre

como para refugiarse en la facilidad del rigor matemático.

La morochita linda, lindísima, hermosa se acerca. Le pregunta si quiere algo más. Él, ensimismado en sus reflexiones, no la escucha. De sus labios carnosos estalla una carcajada. Isidro levanta la vista y recién entonces la descubre. Se pone colorado. Ella le recomienda trabajar menos, salir con amigos, divertirse. Isidro está a punto de decir que le haría bien la buena compañía de alguien capaz de reír como ríe ella. En lugar de decirlo se le anuda la garganta y su mirada cae, gracias al azar o al destino o a ese Dios al que todavía no logra descular en una línea cualquiera de una transcripción cualquiera, en la que #00F32335 le dice a la morochita frágil del papel que le haría bien la buena compañía de alguien capaz de reír como ríe ella.

Esa transcripción corresponde a uno de los futuros que no serán. Más adelante, está la respuesta a esas palabras y el resto de un diálogo imposible.

Siente vértigo. Como si esas hojas fueran un abismo.

Se lleva las palmas abiertas a la cara. Ella se acuclilla, le retira con suavidad las manos del rostro, lo mira a los ojos y le pregunta si se siente bien. Lo pregunta con ternura, como si lo conociera desde siempre. Como si estuviera allí para ayudarlo. Él dice que ahora que la ve a los ojos está otra vez en calma. Ella sonríe. Él se sorprende de sus propias palabras, disfruta de la brevedad de aquella mano pequeña y tibia sobre la suya. Por un instante le gana la euforia: como si el mundo le quedara chico.

Ella le pregunta si quiere algo. Desea pedirle un beso, una caricia. Y siente como si un fuego repentino le abrasara la garganta. Pide un vaso de agua. Ella responde que ya mismo y va hacia la barra.

La vista de Isidro cae en una transcripción en la que #00F32335 le dice a la morochita frágil del papel que ahora que la ve a los ojos está otra vez en calma y después le pide un vaso de agua y ella dice que ya mismo.

La morochita frágil regresa con el vaso de agua. Isidro lee en otra transcripción que #00F32335 le pregunta a la morocha del papel si no quiere cenar con él; ella acepta y ríe. Dice que hace días esperaba la invitación y ya perdía la paciencia. Pero aquel es un futuro que no será.

Isidro se desanima. Desea pertenecer a ese otro mundo donde ese diálogo existe, aunque el resto fuera vacío o tristeza o miedo. Esa línea sería su refugio. Lo sabe. ¿Qué mierda? se pregunta. ¿Por qué yo no puedo? ¿Por qué no torcer estos guiones? La mira a los ojos. Piensa palabra por palabra, se lanzará, la invitará a cenar. Al fin y al cabo, no hay posibilidad de fallo: conoce de antemano la respuesta.

Pero su boca sólo balbucea un gemido ronco.

Uno de los tres oficinistas felices o que fingen serlo llama a Amanda. Ella va hacia allí. Isidro baja la vista y vuelve a revisar la transcripción. Se pregunta si todos esos portales no serán borradores de un Dios dramaturgo que garabatea decenas de posibilidades y al final elige una. Se pregunta por qué le toca interpretar un guión de hierro. Se pregunta qué clase de dramaturgo es ese Dios. ¿Acaso uno demasiado egocéntrico para aceptar una variación en su obra? ¿Acaso un dramaturgo demasiado

inseguro para dejarse abandonar a un juego en el cual no controla todos los hilos? ¿Acaso un Dios cagón, incapaz de atreverse ni por un instante a dejar de ser Dios?

Ese Dios se parece más a un ser privado de libertad que a un artista; se parece más a un esclavo de pocos hilos que a un titiritero inspirado; se parece más a un imbécil resignado que a un escritor curioso.

Mientras se lleva la taza de café a la boca, lo entiende: Dios no es un dramaturgo.

De pronto le asalta una certeza. Tras años de búsqueda, cree haber descubierto la esencia de ese Dios ridículo. Tal vez, como fruto de la casualidad, esa conclusión llega el mismo día que descubre la verdad de los portales. O tal vez no existan las casualidades y todo sea parte del mismo descubrimiento. No importa demasiado. Siente un alivio extraño. Como si mitigara el hambre con comida insípida. Un alivio más parecido a la frustración que a la paz. Ni siquiera esperaba esa repentina conclusión. La buscó durante años, reflexionó al respecto durante años, y siempre había tenido la respuesta ahí, muy cerca, en su vida cotidiana.

Abre su cuaderno de tapa dura, roja. Anota:

Hipótesis final:

Dios es un burócrata.

Salí del café como a las once. Néstor me esperaba por la tarde, me quedaba tiempo para localizar a Witold. Le envié un telegrama indicándole que necesitaba verlo cuanto antes. Mencioné la urgencia por concretar la regularización, pero no añadí detalles. Si confiaba en mí, me contactaría.

Necesitaba saber cómo había accedido Witold a esas transcripciones. De seguro, andaba metido en alguna trama turbia. Llevar encima esas copias constituía un delito grave. Aún más que su deuda impositiva. Un atentado a la seguridad nacional.

No resultaría fácil, pero intentaría convencerlo de que dejara de lado las locuras y sentara cabeza. Fuera lo que fuese en lo que Witold andaba, usaría mi amistad con Néstor para ayudarlo. Él mismo me había ofrecido borrar su expediente. Si a Witold le quedaba algo de sentido común, aceptaría.

En ese momento sentí una mezcla confusa de sensaciones. Desde la aparición del primer portal, aceptamos sin chistar las medidas del Gobierno. En manos incorrectas representarían un peligro para los ciudadanos, dijeron. En las manos correctas, garantizarían nuestra seguridad.

Jamás me había preguntado cuáles eran las manos correctas. Recién ahora comprendía que no las del Gobierno. Me preguntaba cuántas personas habrían sido condenada con pruebas falsas.

Al razonarlo fríamente, concluía que nuestra ignorancia y sus consecuencias deberían provocarme asco. Un asco profundo, intolerable.

Pero no había ni asco ni culpa; apenas un ligero desagrado.

Tal vez ese asco haya empujado a tantos inspectores y transcritores al suicidio. Yo, al ser impermeable al asco, soy inmune. La persona que más portales ha enfrentado. La leyenda, el tipo más expuesto. Y jamás había notado nada. Me parecía increíble.

Pero, y mis compañeros, ¿tampoco habían notado nada?

Recordé mi último encuentro con Leopoldo. Había escuchado algo extraño, dijo. Algo imposible. Siete días le bastaron para ver lo que yo no vi en siete años.

Pensé en Pablo Argañaraz, lo recordé negando sin énfasis los cargos. Aquel fue el único caso que para mí se había vuelto un tema personal. Ahora necesitaba mirarlo a los ojos, enfrentar otra vez a la bestia. O, en todo caso, al hombre que podría ser una bestia.

Esa mañana, en el café, le había dado mil vueltas a mis transcripciones buscando alguna manera de diferenciar las que recogían un futuro real del resto. Por más que analicé la duración y frecuencia de los soplidos, no descubrí ninguna clave. Pero sí extraje un par de conclusiones. A mayor densidad de soplidos en una transcripción, más lejano es el futuro que transcribe. Por otro lado, la única transcripción cuyo contenido no era futuro, la única que había sido tomada en el mismo momento en que las acciones ocurrían, carecía de anotaciones sobre soplidos. Se trataba de una fuente limpia.

En la ciudad había clasificados casi doscientos mil portales. Menos del uno por

ciento correspondía a fuentes limpias. En una ciudad de más de cincuenta millones de habitantes, la información que podrían aportar esos portales era despreciable. El resto informaba del futuro o de futuros posibles. Si un gobierno pudiese monitorear el futuro, tendría un poder absoluto. Pero no había modo de saber de antemano qué clase de información daba un portal.

Por otro lado, me preguntaba si el futuro, en caso de conocerse, se podría modificar. De ser así, un futuro posible ocuparía su lugar. Luego aquella transcripción en la que había un futuro posible pasaría a ser la transcripción fiel.

Alguien podría especular con la posibilidad de contar con las distintas versiones del futuro y optar por la mejor. Pero no había pruebas de que los portales informaran de todos los futuros, sino de algunos o en el mejor de los casos de muchos. Por otra parte, jamás se podría estar seguro de que la totalidad de portales emitidos por una fuente estuvieran confiscados.

Por más vueltas que le diera al tema, la conclusión era la misma: ninguna utilidad se desprendía de la confiscación de los portales.

A la una llegué a la cárcel en la que estaba recluso Pablo Argañaraz. Antes de entrar, pasé por una oficina de correos. Witold no había escrito.

Veinte minutos después estaba en una sala pequeña y gris. Había una mesa cuadrada de metal amurada al suelo y dos sillas de madera. También, sobre una pared, un espejo enorme. Supuse que del otro lado me observarían.

Debía medir mis palabras: me vigilaban.

O tal vez no, tal vez nadie ocupara la habitación contigua.

O tal vez aquel espejo fuera sólo un espejo. Su cometido sería asustar, sembrar fantasmas. O tal vez ni siquiera.

También me asaltó la idea de que aquella sala pudiera albergar una fuente. En ese caso, mis palabras se proyectarían a decenas de portales. Y aunque no hablara, pensar significaba exponerme: lo pensado podría ser dicho.

No pensar tampoco garantizaba la impunidad: lo no pensado podría ser pensado.

Tal vez no habría garantías, o la única garantía vendría de la mano de un silencio inevitable: cortarme la lengua o morir.

Tardaron media hora en traer a Pablo. La pobre ventilación del cuartito distribuía un aire enrarecido y áspero. Olía a viejo, a desesperanza, a hombres tratando de olvidar que afuera existe el mundo o tratando de vivir en sus recuerdos del mundo. Se escuchaba un zumbido débil aunque tenaz. Cada tanto oía ruidos metálicos, lejanos, de cerraduras cerrándose.

Carceleros trabajando, pensé.

Pablo Argañaraz apareció escoltado por dos guardias robustos. La inexpresividad los volvía feroces. Al mirar al costado en el que estaba el espejo me encontré con mi semblante apático: inexpresivo también.

Pero yo no parecía feroz: parecía cansado o triste.

Los guardias sentaron a Pablo en la silla libre. Le esposaron cada mano a una pata

de la mesa. Pablo quedó ligeramente inclinado, con la cabeza gacha.

Antes de retirarse, uno de los guardias me indicó que volverían en quince minutos.

Permanecimos en silencio un instante que me pareció larguísimo. Entonces Pablo levantó la cabeza. Apenas un poco. Lo suficiente para observarme con la resignación de un hombre al que no le queda más en la vida que esperar. Quiriendo huir de sus ojos desgraciados desvié la vista. Me encontré de nuevo con mi imagen en el espejo. Lo que vi no me pareció una salida ni un refugio.

No sabía por dónde empezar. La única prueba contra ese hombre había sido los diálogos proyectados por un portal. No había habido cuerpos mutilados ni lugar del crimen ni armas ni testigos. Nunca nadie había sospechado de Pablo. Quienes lo conocían lo juzgaban solitario, apocado e inofensivo.

Entonces recordé: un soplido largo, de unos treinta segundos; dos minutos de pausa; un soplido corto, de unos cinco segundos; otros dos minutos de pausa; de nuevo el soplido largo. Desde el día en que había escuchado por primera vez al registro #00G73698, se me había grabado esa cadencia de muerte.

La había escuchado, decenas de veces, en sueños.

La había escuchado, decenas de veces, en la vigilia.

Ahora, ese recuerdo del horror significaba la posibilidad de su inocencia.

Le pregunté por qué no apelaba el fallo.

Hizo un movimiento leve de cabeza hacia la izquierda, quebró casi imperceptiblemente el labio. No respondió.

Argumenté que la escasez de pruebas implicaba un elemento a su favor.

—¿Acaso esas pruebas escasas no son prueba suficiente? —repuso.

No, no lo eran. Le expliqué en pocas palabras lo que sabía.

Abrió la boca para decir algo o así me pareció. Sus labios temblaron. Lloró. Un llanto débil, sostenido. En un movimiento instintivo quiso llevarse la mano derecha a la cara. La movió pocos centímetros, hasta sentir el tirón de la esposa aferrada a la pata de la mesa. Se miró la muñeca; en su rostro se dibujó un gesto brevísimo y espantoso: como si recién entonces se sintiera privado de su libertad. Después corrigió el gesto, mutándolo en uno de indiferencia.

Tardó algunos segundos en empezar a hablar. Clavaba los ojos en un punto indeterminado de la mesa, creo que en una pequeña mancha. Me detuve en ella: allí veía un huracán. No imaginaba qué podía ver Pablo.

Dijo que durante casi tres años había estado saliendo con una chica algo menor que él. Ella lo aceptaba en su silencio y en sus misterios. No pedía más de lo que él podía dar, aunque él podía dar poco. La había conocido en un bar cualquiera mientras tomaba un café a media tarde. Ella lo había abordado con alguna excusa tonta y él, que siempre había sido muy tímido, la dejó hablar sólo porque le impresionaron sus ojos pardos y sus pómulos marcados. Pablo se demoró algunos minutos describiendo el principio de su relación y la casona vieja y descuidada donde se mudaron juntos.

Dijo que en pocos meses la fascinación por sus ojos y sus pómulos se fue diluyendo en el día a día. Pero ese mismo día a día tejió una red de hilos delgados, casi invisibles, que lo amarraban a ella y al caserón viejo y descuidado.

Yo desconocía hasta dónde llegaría con tanta palabra inútil. Aun así, no lo interrumpí. No sé si adivinó mis pensamientos, pero de pronto cambió el tono por uno más grave y dijo que ella trabajaba en una jefatura de policía, como personal civil. Se encargaba del archivo. Se trataba de la Jefatura de Personas Desaparecidas. Una tarde, trasapeladas entre algunos documentos personales, ella llevó a su casa unas fotos de una chica cuya desaparición había sido denunciada poco antes.

Entonces hizo una pausa y por primera vez, desde el inicio de su narración, me miró a los ojos. Fue un segundo apenas. Antes de retomar el relato volvió a bajar la mirada. Un impulso que ahora, al recordarlo, le aterrorizaba, lo llevó a soñar un juego perverso. Entonces lo había considerado reprobable aunque inofensivo. Para esconder la monstruosidad de sus ideas, ante su novia fingió un juego distinto. Fingió interesarse en inventar el futuro para esa chica a quien le habían robado el futuro. Su novia aceptó el juego no por gusto, sino por creer que compartir cualquier cosa los uniría un poco. Estaba cansada de sentirlo lejano. Ambos fingieron, entonces, disfrutar de un ritual que en realidad escondía siempre otras intenciones. Ella, a partir de aquel día, empezó a llevar a su casa expedientes completos de casos similares. No se animó a preguntar por qué debían ser siempre mujeres, siempre jóvenes. Llevarse esos expedientes contravenía las normas de su trabajo, pero aun así no implicaba un delito ni un pecado. Luego no hallaba motivo para no hacerlo.

A él nunca le interesó ese juego fingido, sino otro: uno al que jugaba solo y en la intimidad. Para practicarlo se encerraba en una habitación de aquella casona del barrio sur. Una habitación sin uso. O sin más uso que ese juego en el que se soñaba conociéndolas, seduciéndolas, violentándolas. Se encerraba allí con las fotografías. Pensaba segundo a segundo cada detalle, cada palabra. Podían pasar horas. Se masturbaba una vez, dos veces, tres veces. Alguna vez, me dijo, llegó a masturbarse nueve veces en una tarde. Una tarde en la que no hizo más que soñarse torturando a una adolescente débil.

Cuando lo detuvieron y le mostraron las transcripciones, sintió pánico. No reconocía sus palabras pero sí la posibilidad de sus palabras. Era como si el juez se hubiera metido en su cabeza. Muy, muy adentro de su cabeza.

Había llegado a obsesionarse con el deseo de aniquilar poco a poco la vida de una joven cualquiera. Me confesó que en muchas ocasiones recorrió los lugares que las jóvenes desaparecidas, según sus expedientes, frecuentaban. Fantaseaba con encontrarlas, con seducirlas, con violarlas. A veces, cuando su novia cubría turnos de noche en el trabajo, regresaba de esos recorridos con alguna prostituta. Entonces la llevaba a la habitación sin uso o sin más uso que sus juegos perversos. Mientras la penetraba se imaginaba atándola a la cama, golpeándola hasta hacerla sangrar y después morir. Nunca lastimó a ninguna. No hubiera sido lo mismo: él deseaba

destrozar una vida inocente.

Me preguntó cuál era la diferencia entre la bestia y quién desea volverse bestia pero no tiene coraje para hacerlo.

No le supe contestar.

Pablo no había matado a ninguna de esas chicas, ni siquiera las había conocido. Habíamos escuchado un futuro posible, uno en el cual hubiera dado con ellas en esas caminatas nocturnas, en el cual hubiera sido capaz de satisfacer sus deseos.

Sin embargo, su inocencia era una anécdota: vivía desgarrado por la culpa. No le debía nada a la sociedad, me dijo, pero se lo debía a él mismo.

Insistí en la conveniencia de apelar. Pablo dijo que recién ahora estaba tranquilo. No quería ser libre: temía, algún día, juntar el coraje para volverse una bestia.

Le pregunté si sabía cómo reaccionarían sus compañeros de prisión en cuanto supieran qué clase de crímenes se le atribuían.

Lo sabía, y no le importaba.

Decidí volver al centro a pie. Antes de hablar con Néstor, vería si Witold me había escrito. Y si no era así, tal vez Néstor pudiera darme más tiempo para ayudarlo. Al fin y al cabo, le estaba llevando información fundamental. Si estaba sometido a presiones internas, gracias a mis avances se afirmaría frente al ministro. Habría obtenido más logros en dos meses que cualquier alto cargo en años. Me debería un favor grande, y estaba dispuesto a invertir ese favor en mi hermano.

A las cuatro menos diez entré en la oficina de correos de la esquina de Planificación. Varias personas hacían cola. A las cuatro me esperaba Néstor.

La misma pelirroja entrada en carnes del otro día atendía a una anciana. Yo estaba a varios metros del mostrador y aun así me llegaba su aliento: otra vez el olor a culo. Después de la anciana había una mujer embarazada, un muchacho vestido con traje y corbata, un obrero de mediana edad y un hombre pelado y corpulento que usaba lentes oscuros y camisa de seda blanca. Les pregunté si me permitían adelantarme para hacer una consulta breve. Todos respondieron que no excepto el pelado corpulento, que me miró un instante, sonrió, y con su mano hizo un gesto invitándome a pasar en su lugar.

Esperé unos diez minutos. Había un telegrama de Witold. Decía:

Ya es tarde para regularizaciones. Surgieron problemas. Te localizaré.

No imaginé a qué se refería. Estaba claro que las complicaciones de Witold iban más allá de su deuda impositiva.

Le envié un telegrama preguntando cuándo y dónde podíamos vernos. No perdía las esperanzas de sacarlo de aquello en lo que anduviera.

Me dirigí al despacho de Néstor.

—¡Isidrín! Pasá, pasá nomás; te estaba esperando... Me trajiste las transcripciones... Fenómeno. Andaba con el culo en la mano. Me parece que Dávila, uno de los asesores de Echegoyen, se avivó de que las había sacado. Ahora mismo las voy a dejar no sea cosa que me hagan alguna jugada fea.

—Con la información que te traigo, jugadas ya no te van a hacer ninguna.

—¿Averiguaste algo?

—Averigüé algo, y es bastante pesado.

—Bárbaro, Isidrín, qué grande, sabía que podía confiar en vos. Lo fundamental para mí, ahora, es afianzarme en el puesto. Si emboco la aceptación del ministro voy a tranquilizarme un poquito. A mí me respalda Estensoro, el viceministro. Fui su asesor. Él convenció al ministro para que me metiera acá. Echegoyen quería nombrar a alguien de su confianza. Entonces, claro, varios me quieren voltear. Aunque en el fondo les viene bien, en época electoral, tener un fusible para reventar si algo se va de las manos. Si vos me traés información útil, ahí me sumo un puntito. Qué digo un puntito, ¡un puntazo! Pero esperá, antes decime qué arreglaste con tu hermano.

—No lo pude localizar.

—¿Sabés dónde andará?

—Ni idea. No me quiso decir. Él me ubica a mí.

—Yo te dije, si no se presenta hoy, va a ser difícil ayudarlo. ¿No imaginás dónde se esconde? ¿La casa de algún amigo?

—Ya te dije que no...

—Bueno, bueno, era por ayudar nomás. ¿Y qué es lo que averiguaste?

—Mirá, no es una tontería... Estuve analizando las transcripciones. Cómo decirlo... Esos portales no son lo que siempre creimos.

—Dale, dale, ¡me está matando la curiosidad!

—Mirá, los portales no comunican sólo con otros lugares de la ciudad. Algunos sí, pero son muy pocos. Menos del uno por ciento.

—¿Y con qué comunican?

—Con el futuro.

—¿Con el futuro?

—Exacto. Muchas conversaciones que se escuchan en los portales no ocurrieron, pero van a ocurrir. A veces se adelantan un día o dos. Llegué a escuchar uno que iba tres semanas al futuro.

—...

—Pero hay algo más.

—¿Más?

—No sólo comunican con el futuro. Esto es difícil de explicar. Comunican con futuros posibles. Quiero decir, en muchos portales hay reflejadas situaciones que no sucedieron ni sucederán. Como si hubiera decenas de futuros, uno es el que ocurrirá, los otros podrían ocurrir.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco? Casi ningún portal es confiable. La clave está en los soplidos. Si un portal emite soplidos, entonces es un portal a futuro. Cuanto mayor es la presencia de soplidos, el portal comunica con un futuro más lejano. Esto es algo demasiado grande, se debería revisar la legitimidad del sistema. No es joda.

—No, no, está claro que no lo es. Casi que se me pone la piel de gallina. Escúchame, ¿pudiste averiguar cómo saber dónde está la fuente de un portal?

—No, no detecté ningún patrón.

—Putra madre, Isidrín.

—¿Qué pasa?

—Ya te dije, esos Vanguardistas nos tienen locos. Están planeando una gorda para días antes de las elecciones. Hay que pararlos como sea.

—Pero Néstor, ¿no me escuchás? Los informes de Inteligencia se basan en información que no es confiable. Si un grupo no actúa, no es peligroso.

—Es que estos actuaron.

—¿Qué me estás contando?

—Fue ayer. Boletearon a dos agentes y a un inspector. Estaban tapando un portal. Usan unos bloques hechos con fibra de vidrio y unas láminas de un material que los peritos todavía no descubrieron qué carajo es. La cuestión es que había asignado un allanamiento justo ahí. Los agentes entraron al departamento y, no me preguntes cómo, estos pibes los hicieron mierda... con un cuchillo y un destornillador, nomás. Así como escuchás. Después se llevaron al inspector al baño y le pegaron un balazo entre los ojos.

—A la mierda.

—Exacto: a la mierda. Esa es la expresión más apropiada. Según la hipótesis que manejan los de Inteligencia, fue una trampa.

—Si hubiera sido una trampa habrían tapado el portal antes, en vez de dejar el trabajo sin completar.

—No te creas. Pensamos que buscaban que la noticia se filtrase a la prensa. Esta gente quiere ponernos a la población en contra, generar la idea de que los portales deberían ser tapados, que las transcripciones no deberían usarse. Si instalan en la sociedad la sensación de que esa alternativa es viable, darían un paso sólido. Gracias a Dios la noticia no se filtró.

—¿Vos me escuchaste? Los portales no deberían usarse como pruebas. Por lo menos el noventa y nueve por ciento contaminado por soplidos. Hay que informar al Congreso, es urgente modificar la Ley de Portales.

—¿Vos estás drogado? ¿Pensás que alguien en el Ministerio va a apoyar eso? Antes te pegan un tiro a vos y a mí. Están armando un aparato enorme para concentrar poder, ¿qué te creés? Nuestra obligación, ahora, es enfocarnos en los terroristas. Si encontramos un método para descubrir la fuente de un portal, los agarramos de las bolas.

—Eso es imposible. No hay un patrón.

—Al final no me servís de nada, che.

—¿Me estás jodiendo?

—A ver, Isidrín, cómo plantearlo... ¿Vos pensás que somos pelotudos acá?

—...

—Dale, decilo.

—...

—Lo que me estás contando lo sabemos hace como seis años. ¿O por qué creés que se promulgó la Ley de Protección del Derecho a la Privacidad? Necesitábamos parar los avances. Si nos hubieran sacado los portales, nos habrían desarticulado. Basábamos nuestra estrategia en concentrar la opinión pública en el tema, en concentrar los recursos del Estado en el tema. Una vuelta de tuerca como esa hubiera sido el acabóse.

—¿No la habían promulgado por la presión, por la coyuntura, por las elecciones que se les venían encima?

—No, qué presión. Si queríamos los hacíamos mierda. El proyecto lo presentaron ellos, pero lo redactamos nosotros. No es tan difícil comprar unos diputados, che. Acordate que en la Secretaria manejamos gastos reservados.

—Pero es una locura... ¡Esa información de los portales no sirve!

—Te equivocás. A ver, decime: ¿leiste en tus transcripciones algo que no hubieras sido capaz de decir?

—No.

—¿Entonces?

—¿Qué me querés decir?

—Pensá, Isidrín, pensá... Usamos las transcripciones como recurso para detectar elementos peligrosos. Peligroso no es sólo el que mató: es también el que es capaz de matar. Peligroso no es sólo el que atentó: es también el que es capaz de atacar. Peligroso no es sólo el que robó: es también el que es capaz de robar. Los Vanguardistas son el ejemplo perfecto: hace semanas los tildamos de peligrosos. Nunca habían hecho nada, dirías vos. Ponele que las charlas que analizábamos eran, como dijiste, de futuros posibles (nosotros le llamamos futuros alternativos, pero es lo mismo), aun así nos sirvió para mantenernos alerta. Y mirá: terminaron haciendo cagar a tres de los nuestros.

—...

—¿Sabés dónde estaba la fuente del portal que nos dio esta información de los Vanguardistas? En el departamento en el que mataron a los agentes. Escuchamos todo. Hasta cómo los mataban. Nueve días antes. No sabíamos dónde estaba el puto departamento.

—Podrían haber suspendido los allanamientos.

—¿Te parece? Si era el futuro, tal vez sucedería sí o sí.

—Con ese criterio, conocer la ubicación de la fuente tampoco hubiera sido muy útil.

—Sí, es un despelote. Yo empiezo a hablar del tema y me pierdo. Si tenemos un gabinete de no sé cuántos filósofos discutiendo hace como cinco años y siguen sin ponerse de acuerdo. Al final el ministro va a tener razón: esos intelectuales son un gasto injustificado. Con lo que cobran podríamos inaugurar un hospital cada seis meses.

—Pero entonces los informes esos...

—Los preparamos para el Congreso. Para justificar gastos, viste cómo es.

—¿Y por qué me contás esto recién ahora?

—Qué querés, si te lo digo todo de golpe te espantás. Ya aprendimos a preparar a la gente nueva. ¿Vos notaste que te pasé los cachos de transcripciones justos para que entendieras la mecánica de los portales? Tenías todo ahí: portales presentes, portales futuros, portales futuros alternativos. Lo que me sorprendió es lo rápido que me pediste las transcripciones. Los chicos nuevos tardan un par de meses en sospechar. ¿No habrás recibido ayuda, vos?

—No, ¿quién me va a ayudar?

—Hacete el boludo, dale. Lo importante es que entiendas las prioridades de la Secretaría. Estamos trabajando duro para relacionar geográficamente la fuente con los portales. La variable temporal no pinta nada.

—Me estás pidiendo que me sume a la mentira.

—¿Te molesta? Si todo te chupa un huevo a vos. Y ya te dije: acá hay gastos reservados, se mueve mucha guita.

—¿Y si no colaboro?

—No lo compliques.

—Vos lo dijiste, no me importa nada. Tampoco la plata.

—Si no colaborás te vas a terminar suicidando.

—¿Me estás hablando en serio? ¿Esos inspectores que se suicidan...?

—No, todos no. ¿Qué te pensás que somos? ¿Unos asesinos? Liquidamos a los conflictivos, nomás. La verdad, muchos se suicidan solos, como debe ser. Si supieras cuántos burócratas cargan con crisis y esas cosas. Es por coger mal. Si con la guita que ganan podrían echarse unos buenos polvetes con putas de lujo. Pero esos boludos prefieren comprar coches y ropa cara y gramófonos y así terminan: deprimidos. También, eso de ver lo que uno podría hacer y no hace es complicado. O saber lo que va a hacer tu pareja o tu hijo. Vos tuviste suerte: acá hacíamos apuestas a ver cuánto tardabas en caer. Batiste todos los récords. Aunque te digo una cosa: la única verdad es que uno sólo ve lo que quiere ver, ¿no te parece?

—Hablás con mucha naturalidad para estar asqueado, para querer salirte.

—¿Salirme? ¿Estás loco?

—¿Y lo del otro día?

—Isidrín, a veces sos como un bebecito. Estás en una altura donde ya no es burocracia pura y dura lo que te rodea. Ahora es política. Mirá, te voy a explicar la diferencia: la burocracia se mueve por inercia; la política, por intereses. El burócrata

no tiene motivación, el político es pura motivación. ¿Entendés? Yo te dije: en la política la mitad de la gente te quiere cagar y a la otra mitad la tenés que cagar vos. Bueno, vos nunca me quisiste cagar.

—Y eso de que te quieren voltear, ¿es mentira, también?

—Ojalá. Si algo abunda en este edificio, son los hijos de puta. Para mí, lo más urgente es endosarle algún muerto a Echegoyen, a ver si lo volamos y me quedo con su puesto.

—¿Y cuando seas secretario?

—Iré por el Ministerio.

—¿Y después?

—Qué sé yo... ¿la Presidencia?

—La concha de tu madre, Néstor. Yo te consideraba un amigo.

—En la política no hay amigos, Isidrín: hay socios coyunturales. Es un terreno muy árido, este. Aparte yo tenía un buen motivo para traerte.

—Hablá.

—Mejor vení, acompañame. Va a ser más fácil si lo escuchás vos mismo.

Néstor se puso de pie. Con un gesto me indicó que lo siguiese. Fuera del despacho, en uno de los sillones de la recepción, estaba sentado un hombre robusto, de tez oscura. Era pelado, usaba lentes negros y camisa de seda blanca.

Era el mismo hombre que había visto poco antes en la oficina de correos.

Era el mismo hombre que había visto por la mañana en el café.

Se paró. Esperó que avanzáramos unos metros y empezó a seguirnos.

—Es Chiquito, no sé si lo habías ubicado. Le pedí que te cuidase, por si las moscas. Te llevaste material clasificado, perderlo supondría un riesgo para la seguridad nacional.

No respondí. Mirna se acercaba por el pasillo. Traía una carpeta de cartón verdoso. El tipo de carpetas en las que se presentaban las transcripciones a los jueces. Cuando nos cruzamos, Néstor se detuvo.

—Le traigo el material recabado el día de hoy —dijo Mirna.

Néstor tomó la carpeta, la abrió y echó una mirada rápida. Después se la dio de nuevo.

—Fenómeno. Dejala en mi escritorio, yo ahora tengo una reunión y después voy a ver a Echegoyen. Cuando vuelva la hojeo y mañana te digo algo.

Mirna asintió con una sonrisa. Caminó hacia el despacho de Néstor bamboleando sus caderas.

Cuando llegamos al punto en que el pasillo doblaba a la derecha, conduciendo al ascensor, Néstor abrió una puerta en el lado izquierdo. Tomamos un pasillo mal iluminado. A los pocos metros nos detuvimos frente a una puerta de acero. Néstor sacó una llave y la abrió.

Entramos a una sala de unos cincuenta metros cuadrados. Había, en un rincón, una mesa y varias sillas; en el otro extremo llamó mi atención una máquina grande como un armario. Junto a la máquina, unos estantes contenían decenas de cajas plásticas de unos veinte por diez centímetros, y de unos dos o tres centímetros de espesor.

Néstor se acercó a los estantes. Lo seguí. Miró con detenimiento las anotaciones en los lomos de las cajas plásticas y tomó una. La metió en una ranura lateral de la máquina mientras me explicaba que aquella era la «máquina de escuchar». Según dijo, la idea era, después de las elecciones, usarla en lugar de las transcriptoras.

Néstor movió dos palancas. De los costados de la máquina comenzaron a salir sonidos. Al principio, sólo sonido ambiente. Después se reprodujo una conversación. Varios soplidos de unos diez segundos interrumpían, más o menos cada minuto, aquel diálogo. Los soplidos, bastante intensos, no permitían distinguir las palabras de los interlocutores.

Escuché la conversación:

—*Muchachos, hicieron un trabajo muy digno. Estos animales son duros de verdad. Me hubiera gustado verlos. Nos falta el tercero, el de traje: nos vio las caras.*

—*¿Qué querés decir?*

—Me parece obvio. Lo tenemos que liquidar. Nos queda media hora, cuarenta minutos como mucho, para hacer desaparecer...

Un soplido interrumpía el diálogo. Luego continuamos escuchando:

—¿Vos de dónde saliste?

—Yo soy poeta, amigo, y de la poesía no se vive. ¿Por qué pensás que me dicen el Rupturista? ¿Qué pensás que rompo, yo? ¿Acaso tengo cara de moderno?

—Pero no podemos matar a ese pobre pibe, no sabemos ni quién es.

—Mirá, labura en la Inspección. Va dejando sin casa a las madres solteras, a las viejitas, a las familias numerosas. Yo no digo que merezca estirar la pata, pero a veces las decisiones acertadas son las más desagradables.

—Estás loco, vos.

—¿Se cargaron a dos pesos pesados en un periquete y ahora se escandalizan? ¿De pronto nos portamos como señoritas?

—Yo ni siquiera sé cómo lo hice. No me acuerdo de nada.

—Yo tenía al agente encañonándome, gritando que me pusiera de rodillas. Se me nubló todo, lo empecé a escuchar como si estuviera lejos. O como si entre él y yo hubiera un vidrio gruesísimo. Levantó la pistola para pegarme un culatazo. Iba apegarme en la cabeza. Me asusté. No estoy seguro de qué pasó ni cómo. Un segundo después lo agarraba del cuello, le había clavado el cuchillo en las bolas, lo dejaba caer al suelo. No pensé...

Otro soplido volvió a interrumpir el diálogo.

—Miren, sea como fuere, se portaron como hombres. Ahora lo mejor sería maquillar un poco este lío. Y a mí no se me ocurre otra manera de hacerlo.

Otra vez silencio. Varios segundos.

—También podemos irnos, desaparecer un tiempo, espe...

Sonó, de nuevo, un soplido. Una vez que se apagó, las voces volvieron a escucharse.

—... van a mandar otra patrulla. Y van a venir con mucha mala leche.

Creo que durante casi dos minutos ninguno habló. La última frase registrada era la siguiente:

—El Rupturista tiene razón. Si vamos a luchar por nuestras convicciones, tenemos que luchar en serio. Replegarnos ahora sería bajar los brazos. Terminemos con esto de una vez y vámonos de acá.

Néstor movió una de las palancas de la máquina, la reproducción acabó.

—¿Hace falta algún comentario? —preguntó.

No, no hacía falta. Había reconocido de inmediato una de aquellas voces. La del muchacho que describía cómo le había clavado el cuchillo al guardia; era quien, al final, tomaba la decisión de asesinar al inspector.

Era Witold.

—Néstor, es imposible saber si este diálogo en verdad ocurrió.

—¿Te parece? Encontramos los cuerpos de los agentes. A uno le clavaron un

cuchillo en las bolas; al otro, un destornillador en el cuello. Por lo que dedujeron los peritos, el inspector debió de entrar después de la pelea. Lo noquearon, lo llevaron al baño y lo fusilaron. Las cosas están bastante claras.

No podía negarlo.

—¿Por qué dejaron los cuerpos ahí? Según este diálogo, planeaban esconderlos.

—No les dimos tiempo. Una vecina escuchó gritos, envió un telegrama a la policía. De hecho casi los agarramos. Se escaparon de milagro.

Todo cambiaba. Una cosa era que Witold tuviera deudas impositivas o que traficara información confidencial. O el hecho de que tapase portales. Eso era comprensible, y ahora, después de haber escuchado las confidencias de Néstor, tal vez lo hubiera apoyado. Hasta entendía que mataran a los agentes como un acto de defensa. Sé cómo son esos tipos, me había cansado de ver excesos durante los allanamientos. Pero fusilar a sangre fría a un inspector, un tipo que al fin y al cabo es una víctima de un sistema perverso que lo transforma en victimario para satisfacer sus necesidades de conservación, me parecía intolerable.

—Hay algo más —dijo Néstor.

Antes de escuchar, sospeché cuáles serían sus palabras. No había querido preguntarlo.

—El inspector asesinado era Leopoldo Lofreda. Lo conocías, ¿no? Fue tu auxiliar durante varias semanas.

No respondí.

—Isidro, no te voy a pedir que estés de acuerdo con nosotros. Pero enténdelo: en esta novela no hay buenos. ¿Sabés cuál es la diferencia entre nosotros y ellos? Que nosotros te tenemos sujetadito de las pelotas.

—¿Qué querés?

—Colaboración, Isidrín. No me mientas, Witold te comentó algo sobre los portales: por eso me pediste el material. Te va a contactar de nuevo, estoy seguro. Queremos que nos lleves hasta él. Después te dejamos el camino libre. Acá vas a tener trabajo siempre. O si preferís, te vas. Te quedes o te vayas, la guita no es problema. Vos pedí, yo resuelvo. Lo importante es que tengas objetivos claros en la vida, que te propongas metas, que recuperes las ganas de vivir.

—¿Pensás que voy a entregar a mi hermano por guita?

—Tampoco te pongas melodramático... Lo vas a entregar porque fusiló a Leopoldo, que era un pibe buenísimo y no se merecía morir así.

—...

—Y lo vas a entregar porque la alternativa es el suicidio. ¿Darías la vida para salvar a un asesino? Porque Witold es un asesino. Un balazo entre los ojos. ¿Había alguien más inocente que Leopoldo en la Inspección?

Lo más triste era que sus argumentos me parecían razonables. Néstor me explicó que venían vigilando a los Vanguardistas desde hacía un par de meses, a través de otro portal. Pero cuando recibió mi carta comprendió lo fácil que sería usarme para

encontrarlo.

Parecía tan obvio. Mi traslado a Planificación había sido una puesta en escena montada para atraer a Witold. Y no me extrañaba tampoco que mi hermano hubiera intentado usarme para infiltrarse en la Inspección.

Durante los últimos días, todos me habían tomado por pelotudo. Y yo, creyéndome un espectador privilegiado.

—Mirá, tarde o temprano lo vamos a agarrar —agregó Néstor— Aunque perdamos las elecciones, cosa que, sinceramente, me parece bastante difícil, hemos construido espacios de poder que van más allá de la coyuntura electoral. Con esto quiero decir que de una manera u otra vamos a hacer mierda a los Vanguardistas. Si nos ayudás a localizar a Witold, puedo prometerte que no va a ser grave su condena. Cuatro o cinco años, ponele. Queremos desarticular su grupo, nada más, no es un tema personal.

Empezaba a sentirme acorralado. Quién sabe siguiendo qué impulso irracional, le ofrecí negociar. No pareció muy dispuesto a dar concesiones. Pero para esta altura, ya estaba lo suficientemente asqueado como para concretar mis fantasías suicidas. Le hice entender que mi muerte lo perjudicaría más a él que a mí.

—Epa, estás aprendiendo a hacer política, che. Estás dejando de ser un burócrata.

Néstor me observaba con una sonrisa apenas insinuada en sus labios delgados. Supongo que notó la determinación en mi mirada. Entonces se le quebró la sonrisa, su semblante se volvió serio.

Nunca, en años, lo había visto serio.

—¿Qué pedís?

—Quiero ver todas las transcripciones en las que estoy involucrado.

Néstor rió.

—¿Era eso? Qué boludez, che. Me asustaste, creí que ibas a pedir algo más jugado, como una noche con la rubita. No hay problema, cerramos negocio. Pero si pensás que vas a encontrarle la vuelta a tu situación, te sugiero mantener el escepticismo. Ninguno de los dos puede saber cuál va a ser el futuro. A lo sumo te deprimirás si no ves ninguno agradable. Y si te pasa eso, tampoco te hagas problema: pensá que habrá otros futuros emitidos por otros portales que todavía no confiscamos.

No respondí. La verdad, no buscaba una salida. Me sentía absolutamente perdido, y quería saber de qué era capaz. Simple curiosidad, supongo.

Néstor se encogió de hombros. Me dijo que me darían un par de horas para que revisara el archivo. Dijo también que en adelante Chiquito me acompañaría a todos lados.

Chiquito, parado junto a la puerta, a unos cinco metros de nosotros, sonrió. Sus dientes eran grandes, blanquísimos.

—Ah, y tenés tres días —agregó Néstor a modo de saludo—. Si no entregas a tu hermano, ya no nos vas a servir de mucho.

Cuando salí de aquella sala, Chiquito me llevó hasta el archivo en el subsuelo del edificio. El recinto tendría al menos cincuenta metros de largo por veinte de ancho y unos seis de alto. Archivadores que iban del suelo al techo formaban angostos pasillos. Estos archivadores se subdividían en tres niveles, con pasarelas de acero que permitían acceder sin dificultad a los niveles superiores. Cada diez metros una escalera comunicaba las pasarelas de los distintos niveles entre sí. Los cajones estaban identificados por largas secuencias de números.

Según me explicó Chiquito, varios estantes del primer pasillo, ubicado junto a la puerta, contenían las listas de registros de voz involucrados en cada transcripción.

—En esta sala están las transcripciones de los últimos seis meses —dijo—. Supongo que con eso será suficiente.

Asentí. No pregunté cuántas salas más había. Por lo menos dos o tres, imaginé. Tal vez más. Me parecía increíble. Ahí estaba la historia de la ciudad y las historias que la ciudad nunca tuvo ni tendría. En esas hojas se cruzarían las tramas de cientos de vidas. Era como si esos archivos hicieran de la ciudad una novela vastísima, inabarcable.

—Tenés dos horas —dijo—. Aprovéchalas, dudo que vuelvan a dejarte recorrer estos registros. Mirá lo que quieras, te voy a venir a buscar más tarde.

—¿No deberías vigilarme? ¿Estos papeles no son claves para la seguridad nacional?

Chiquito echó una mirada cansada al amplio recinto. De arriba abajo, de derecha a izquierda. Muy despacio, como si estuviera evaluando mi pregunta.

Se encogió de hombros.

—Voy a tomar un café, vuelvo en dos horas. Salió.

Escuché que cerraba la puerta con llave desde el exterior.

Dediqué más de una hora a leer transcripciones. Leí a los saltos, iba de un cajón a otro, sin dejar de sorprenderme por el contenido de aquellas páginas. Encontré varias charlas posibles con Amanda. Charlas reconfortantes perdidas a causa de mi cobardía. Busqué transcripciones que me dieran algún indicio de mis futuros posibles. No había nada. La información de los archivos recopilaba ecos de situaciones ya vividas, o no vividas pero de todos modos pasadas. Las pocas referencias a algún futuro carecían de valor: conversaciones ocasionales, irrelevantes.

Tal vez ningún portal confiscado aportaría un dato útil. O tal vez esos datos útiles no estuvieran allí.

Néstor nunca improvisaba: con seguridad me había estado sometiendo a un seguimiento minucioso en los últimos días. Quizá desde antes de mi traslado a Planificación. Hubiera sido absurdo que parte de ese control no estuviera centrado en mis transcripciones. Recordé, entonces, la carpeta que llevó Mirna al despacho de Néstor. Quizá guardara en su oficina las transcripciones importantes. Por eso habría accedido a mi petición sin reparos.

Estaba barajando alternativas cuando escuché la puerta del archivo abriéndose. Se trataría de Chiquito, supuse.

Me pregunté si sería capaz de sorprenderlo, de darle un buen golpe para sacarlo de combate, de huir.

Sonaron pasos decididos acercándose hacia mí.

Me pregunté, en caso de huir, adonde iría.

De pronto, el sonido de los pasos cesó.

Pensé, finalmente, en la espalda ancha y los brazos fuertes de Chiquito.

Observaba en dirección a la puerta cuando sentí que alguien apoyaba su mano en mi hombro.

Detrás de mí había un joven de unos treinta años. Vestía un overol azul. Su pelo era oscuro, sus ojos castaños y su nariz pronunciada. Estaba despeinado, usaba lentes redondos. En la mano derecha sostenía un par de zapatos. Bajé la vista instintivamente. Estaba descalzo.

Iba a preguntarle quién era, cuando con un gesto me pidió silencio.

Entonces vi una chapa en su uniforme que decía: «Orson Abramovich, Personal de Limpieza».

Actuaba con tranquilidad. Parecía inofensivo. Me extendió una nota:

Witold necesita hablar con vos. Sólo te pide que le des una oportunidad. Las cosas nunca son como las pintan en el Gobierno.

Levanté la vista. El muchacho esperaba respuesta. Asentí con un gesto. Entonces me dio otra nota escrita de puño y letra de Witold:

Dentro de media hora, te espero en la esquina en la que cuando éramos chicos me quisiste defender de los dos gordos y te comiste una paliza. Vení solo.

Las precauciones que tomó Witold al cifrar el mensaje me parecieron inútiles: él podría haber escrito la dirección y la hora del encuentro en lugar de esa clave. El mensaje podría haber sido oral en lugar de escrito.

Aunque también podría haber elegido otra hora y otro lugar.

Imaginar las innumerables posibilidades sembraba el miedo y la duda. Y la verdad, resultaba improbable que allí hubiera una fuente, y en caso de haberla, que proyectara hacia un portal confiscado.

El fantasma de los portales era más peligroso que los portales mismos.

Me quedaba resolver cómo me sacaría a Chiquito de encima.

El muchacho me dio una tercera nota:

Me voy. Te dejo la puerta abierta. Aprovecha para escapar.

Después caminó en dirección a la salida.

Intuía que Néstor me sometía a un control extraoficial. Nadie, aparte de Chiquito, estaría al tanto de mi condición de hombre vigilado.

Valía la pena arriesgarme e ir a su despacho. Eran más de las siete: Mirna ya se habría retirado. Con un poco de suerte no me cruzaría con nadie. Y no dudaba de que, en el despacho de Néstor, encontraría alguna transcripción interesante.

Tenía el tiempo justo para llegar al encuentro con Witold. Pero no quería presentarme allí con las transcripciones que había tomado del despacho de Néstor. Ni siquiera pude leerlas. Apenas si llegué a verificar que recogían distintos futuros posibles míos y que habían sido tomadas ese mismo día. Antes de encontrarme con Witold, pasé por la estación de trenes. Dejé las transcripciones en una taquilla y guardé las llaves junto a las de mi casa.

Diez minutos después, llegué a la esquina en la que mi hermano me había citado. Un gordo de barba esperaba allí. Sin saludarme, con un sutil movimiento de cabeza, me invitó a seguirlo. Estuve a punto de preguntarle qué tenía en mente, pero me hizo un gesto para que callara.

Cruzamos la calle. Un coche apareció. Subimos. Al volante se sentaba un tipo de pelo largo y cara larga también. En el asiento del acompañante estaba el muchacho que me había dado el mensaje en el archivo. Recordé el nombre en la chapa de su uniforme: Orson Abramovich.

El coche arrancó.

—Tenés que explicarme muchas cosas —dije a Witold.

Con un gesto me indicó que mantuviera el silencio. Se sacó la barba postiza, los lentes oscuros y el sombrero.

—Si el coche circula estamos a salvo —improvisé—. Nunca se registró una fuente en movimiento.

Witold miró a Orson. Ambos parecieron dudar un instante. Witold dijo:

—Estamos jodidos, hermanito, y necesitamos tu ayuda.

—Estaba dispuesto a ayudarte. Pero te fuiste a la mierda.

Witold desvió la mirada. Nos detuvimos en un semáforo. Permanecimos callados. Junto a nosotros se detuvo una patrulla. El agente sentado en la butaca del acompañante nos observó detenidamente.

En nuestra ciudad, cuatro tipos en un coche son sospechosos. Nosotros no sólo éramos sospechosos: también éramos culpables.

El semáforo se puso en verde y el tipo de pelo largo aceleró.

—Qué cagazo —dijo.

De inmediato lo reconocí.

—Vos sos el Rupturista. Yo soy Isidro. El maleducado de mi hermano no nos presentó.

Orson, por primera vez, se dio vuelta y me miró a los ojos. El Rupturista me echó una mirada gélida a través del espejo retrovisor.

—¿Cuánto saben de nosotros? —preguntó Witold.

—Mucho —mentí.

Witold parecía un tipo distinto al de siempre. Parecía seguro de sí mismo: parecía duro.

—¿Qué hacemos? —dijo Orson.

También reconocí su voz.

—Creí que eras mudo.

—Soy callado, nomás.

—Entiendo: guardás tus energías para clavar destornilladores en los cogotes de los agentes.

Tal vez estaba hablando demasiado. Sólo buscaba asustarlos. Con miedo, la gente es manipulable.

Aunque me arriesgaba: cuando el miedo es mucho, la gente es peligrosa.

—Sigamos dando vueltas —dijo Witold—. Supongo que ya habrás visto suficientes transcripciones para entender que algo no funciona como nos dicen.

Asentí con un gesto.

—No nos gusta que el Gobierno use los portales para controlar la ciudad.

—La ciudad no está controlada: si lo estuviera, a ustedes se los habrían chupado hace rato. Lo único que hay es una ilusión de control.

—Pero alcanza para coartar libertades. Apenas con la política de expropiación es suficiente para estar en contra de este abuso. Y ese es el principio: tarde o temprano encontrarán la clave para relacionar la ubicación de un portal con la de su fuente.

—Eso lo veo improbable.

—Hace diez años los portales eran imposibles. Si lo imposible se vuelve real, lo improbable es una amenaza.

Witold me explicó que los Vanguardistas se habían organizado para luchar contra los abusos del Gobierno. Hasta hacía un par de meses sólo se dedicaban a tapar portales: hasta que lograron acceder a los archivos de Planificación. Descubrieron que algo no funcionaba como el Gobierno decía, pero no sabían qué. Creían que desde el Ministerio se adulteraban las transcripciones. En todo caso, su única certeza residía en que las transcripciones presentaban incoherencias estructurales.

—Un punto les concedo —acepté—: la información de las transcripciones está manipulada.

Prefería no decir más. La verdad, no confiaba en ellos. Witold parecía una persona completamente distinta a la que había conocido. La imagen de Leopoldo fusilado me daba vueltas por la cabeza. Y aunque Witold fuera incapaz de hacerme daño, no tenía ningún motivo para creer que sus compañeros respetarían mi vida.

Después de unos segundos, Witold retomó la charla:

—Estamos dispuestos a pelear para difundir la verdad. Planeamos sacar transcripciones del archivo y dárselas a la prensa.

Recordé lo que Néstor me había dicho: que los Vanguardistas atacarían contra el edificio de Planificación.

—Hay un proyecto muy espeso para después de las elecciones —agregó Orson—: quieren realizar un censo de voces; la idea del Gobierno es conocer los parámetros vocales de cada ciudadano. Van a registrar los portales con una nueva tecnología. Van a organizar un departamento que se dedicará a elaborar un mapa detallado cruzando esa información. Ese departamento tendrá acceso a cualquier registro sin necesidad

de una orden judicial. Ayer a última hora leí los informes en la oficina de Espíndola.

—Tenemos que pararlos —intervino Witold—. Si hacemos ruido a tiempo, va a subir la oposición.

No sabía ni una palabra de aquello, pero si así sucediera, las transcripciones podrían usarse de forma discrecional para cargar muertos a los enemigos del oficialismo. En el Ministerio eran capaces de algo así. Y Néstor me había advertido sobre la decisión de utilizar la máquina de escuchar en todos los portales. Los registros de la máquina darían mayor credibilidad a los procesos judiciales, en especial a aquellos que no contaran con otras pruebas.

—Los de la oposición son igual de hijos de puta —dije.

—Sí, pero van a tener demasiada presión como para seguir con la misma política.

Querían que colaborase: necesitaban saber qué sucedía con los portales para trasmitírselo a las prensa. Les dije que sabía tan poco como ellos. Les expliqué que Néstor no era precisamente un amigo. Witold propuso que me uniera a los Vanguardistas. Estaban dispuestos a luchar, primero para acabar con los portales, luego para que se reformase el sistema impositivo.

No me interesaba. Ni la lucha, ni la política, ni cambiar las cosas. Quería que me dejasen de romper las bolas. Llegué a añorar mi rutinita de burócrata aburrido.

—No nos entenderíamos —dije—. Desapruebo los asesinatos a sangre fría. Lo de los agentes vaya y pase, pero el inspector era mi amigo. Y no era peligroso.

Witold me miró desencajado.

—No, te equivocás. Llegó una patrulla poco después de la pelea, no sé cómo se enteraron. El inspector estaba inconsciente cuando nos escapamos.

Pensé que lo podría haber matado gente de Planificación. De la misma manera que suicidaban «elementos negativos», se habrían sacado de encima a Leopoldo. Al fin y al cabo, él empezaba a desconfiar del sistema. Y si le atribuían un crimen a sangre fría a los Vanguardistas, más fácil me convencería Néstor de ayudarlo.

Aunque quizá Witold me mintiese para ganar mi colaboración.

—Puedo ayudarles desde afuera —dije tras reflexionarlo un instante—. Déjenme volver a hablar con Néstor. Tal vez averigüe algo. Y les puedo dar tiempo.

—¿Cómo?

—Néstor quiere que te entregue. Lo puedo poner tras una pista falsa.

—¿Por qué vamos a confiar en vos? —preguntó el Rupturista.

Les dije que Néstor estaba dispuesto a matarme si no le ayudaba: yo dudaba de que respetara mi vida aunque los entregase. Si ellos lograban su objetivo, yo tendría una oportunidad de no engrosar la lista de suicidas.

—¿Vos confías en él? —le preguntó Orson a Witold.

Witold cerró los ojos unos segundos, aspiró una bocanada de aire que soltó muy despacio.

—Es mi hermano... ¿Cómo no voy a confiar?

Witold me dio un nuevo número donde localizarlo. Era más seguro cambiar de

número periódicamente, me explicó. Antes de dejarme, Witold se despidió con una sonrisa. Dijo que agradecía mi colaboración con su lucha.

—No te equivoques: tu lucha me interesa tres carajos. Yo quiero salvar mi culito. Witold suspiró.

—Sí, ya lo sé. Pero me gusta jugar a que tenés corazón.

Me bajé del coche en una esquina céntrica. Chiquito, sin duda, me estaría buscando. Lo primero que debía hacer era ir por las transcripciones. Estaría, caminando, a unos cuarenta minutos de la estación. Aprovecharía el paseo para reflexionar sobre el plan que había imaginado mientras conversaba con Witold. Todavía me quedaban algunos detalles por ajustar, y una vez que volviera a enfrentar a Néstor se me agotaría el pequeño margen de maniobra.

La conversación con mi hermano me había dejado un regusto agri dulce. Por un lado, resultaba creíble su versión sobre la muerte de Leopoldo. Aunque para mí no era demasiado importante si lo había matado, sino que habría sido capaz de hacerlo.

Él y sus amiguitos, sin saberlo, habían fijado rumbo al infierno. Si no fusilaron a Leopoldo, fue porque una patrulla llegó a tiempo. Tarde o temprano se verían acorralados y entonces mostrarían la hilacha. No me interesaba colaborar con ellos. Si lo hiciera, me volvería cómplice de los crímenes que el destino les había sembrado.

Estaba harto de la ciudad, de mi trabajo, de los tejes y manejes de la Secretaría y del Ministerio. Estaba harto de Néstor y de Witold.

Había una manera de dejar tanta mierda atrás. Debía ser precavido: Néstor me limpiaría cuando ya no le fuese útil. Y con respecto a los Vanguardistas, aunque me esforzase por confiar en Witold, sus amigos podrían pasar por encima de sus opiniones.

Apenas recuperé las transcripciones, compré un sobre y un cuaderno, y busqué un café.

Leí las transcripciones. Eran cinco. Las cinco habían sido tomadas ese día; provenían de fuentes ubicadas en lugares públicos. En el cuaderno, escribí cuanto sabía de la Secretaría de Planificación. Después lo guardé en un sobre, junto con las transcripciones.

Bebí café, mucho café.

Me propuse, al menos por un rato, no pensar.

No hubo manera.

El contenido de las transcripciones me atormentaba. Se trataba de cinco futuros posibles. Reflexioné cómo conquistar el menos incómodo.

Intenté desentrañar cuál era el menos incómodo.

Esos podían ser cinco entre decenas o cientos de posibilidades. No importaba: ya no decidiría con la misma libertad; las transcripciones me condicionaban.

Avanzaría con mi plan, aunque dudaba de que resultara exitoso.

Aun así, el momento de la reflexión había terminado. Empezaba el momento de la acción.

Luego, una vez ejecutadas las líneas maestras de mi plan, habría tiempo para pensar.

O tal vez ni siquiera entonces.

—La puta madre, Isidrín, ¿a vos te parece irte así, sin decir nada?

—Qué tonto, ¿creiste que te iba a abandonar?

—En algún momento se me pasó por la cabeza... ¿Me podés decir cómo carajo te escapaste?

—Chiquito necesita vacaciones, yo no lo veo bien. Me dejó solo, con la puerta del archivo abierta.

—Si Chiquito es mi mano derecha.

—Entonces no te pregunto cómo laburará la izquierda.

—A ver, estuviste más de doce horas desaparecido, por lo menos vendrás con noticias sobre Witold...

—Justamente anoche hablé con él.

—Deberías habernos informado, no estás colaborando.

—Me agarró de sorpresa. Yo creo que me vigilaban.

—¿Y?

—...

—Mirá, estuve pensando en tu propuesta. Estoy asqueado de ser un burócrata, de cómo van las cosas en este gobierno, de que todo el mundo me use y me mienta.

—Se me va a plantar un lagrimón.

—No, si yo soy duro, puedo aguantar.

—¿Entonces?

—Me ofreciste algún favor a cambio de mi ayuda. Un favor, no sé, de seis ceros, por ejemplo.

—¿No era que no te importaba la plata?

—Y no me importa. Pero la necesito para desaparecer de la ciudad.

—¿Qué tenés para darme?

—Le prometí a Witold detalles sobre el funcionamiento de los portales. Sospecha que hay algo raro pero no sabe qué. Puedo enviarle un telegrama citándolo en algún lugar. Te diría cuándo y dónde lo cito, y me piro. Ustedes se encargan de atraparlo.

—Nos podrías cagar.

—Es un riesgo.

—No me gusta.

—Suicídenme entonces. Tanta palabrería me está agotando.

—Epa, ¿y ese apego a la vida que te caracterizaba?

—Nunca lo tuve. Le tenía miedo a la muerte, que es otra cosa. Pero lo estoy superando.

—Mirá, la guita te la consigo en nada, eso es lo de menos. Pero te la doy después de agarrar a Witold.

—No.

—¿No?

—No, no confío en vos.

—Isidrín, vos no estás en posición de negociar.

—Pero si opciones para negociar me sobran. El que está acorralado sos vos.

—Mirá, ayer saqué de tu oficina algunas transcripciones. ¿No te diste cuenta? Eran cinco con distintos futuros míos. Ya de verlas se notan las incoherencias. Y para colmo me tomé un par de horas y escribí en un cuaderno, con lujo de detalles, lo que sé de los portales y del funcionamiento de la Secretaría. Eso está en un sobre, bien escondido.

—¿Y? No vas a poder llevárselo a nadie, Isidrín.

—No lo necesito. Witold lo va a ir a buscar.

—¿Cómo es eso?

—Deberías estar al tanto de los servicios postales. Son muy prácticos. Hay uno nuevo, se llama *Telegrama diferido anónimo flotante*, es genial. Mirá, podés enviar un telegrama sin mostrar tu documento ni firmar ningún remitente. Al enviarlo, indicás cuándo lo debe recibir el destinatario. Por ejemplo, ponele, mañana al mediodía. Imagínate que mando un telegrama citando a Witold. Imagínate también que le explico dónde le dejé el sobre con mis notas y las transcripciones. Por si me pasa algo, viste. Es genial, ¿no?

—¿No se te ocurrió que podemos paralizar el servicio telegráfico si es por la seguridad nacional?

—¿Paralizarlo? ¿Me estás diciendo que vas a dejar a la ciudad incomunicada? ¿A la Policía, a los bomberos, a los hospitales, a los servicios de inteligencia? La verdad, no creo que puedas hacerlo.

—Bastaría con anular los telegramas que llegarán mañana al mediodía.

—¿Yo dije mañana al mediodía? Qué cabeza, ahora no me acuerdo si lo mandé para mañana o para hoy a la noche... ¿O era mañana a la noche? ¿O dentro de una semana? Me parece que era dentro de una semana, che. Ah, no. Ya está. Es que mandé varios, como cinco. Es eso. Se te va a poner peluda la cuestión para anular definitivamente el servicio telegráfico. Mirá, Néstor, te la hago corta: yo no soy un improvisado, no busques baches porque no dejé ninguno. Aparte no entendés: es tu única oportunidad de dar con los Vanguardistas a tiempo. Porque van a terminar volteando tu gobierno.

—¿Qué querés?

—Muy fácil. Me depositan el dinero en mi cuenta. Uno de tus hombres, sólo uno, me lleva al lugar que yo le indique. Entonces, y no antes, le paso el dato de cuándo y dónde me esperá Witold.

—Como ayuda me parece un poco floja. ¿Y si Witold no va?

—Sí va a ir: se muere de ganas de entender este despelote.

—¿Por qué lo ponés tan difícil? ¿Por qué no me lo decís y listo?

—Pero si te lo expliqué. No confío en vos.

—¿Y por qué voy a confiar yo en vos?

—Estamos negociando. Yo no tengo nada que perder. Si no sale esto, chau, se acabó. Pero vos te jugás mucho: te jugás tu carrera. Acordate: sos el fusible. ¿Sabés

una cosa? De todo lo que me dijiste, es lo único que te creo.

—Podrías hacer todo esto para salvar a tu hermano.

—¿A ese hijo de puta? Todavía me revuelve el estómago lo de Leopoldo.

—...

—...

—Necesito hablarlo con Echegoyen.

—Andá tranquilo, yo te espero acá. Y cuando salgas decile a la rubita que me traiga un café, estos días estoy durmiendo como el culo.

IV

LA BITÁCORA DE UN BARCO A LA DERIVA

Aún siento la sangre corriendo a borbotones sobre mi mano; los últimos estertores de un perro violento.

Se le secaron las ganas de matar, al perro.

Aún siento el miedo acogotándome; la mirada confusa de Orson preguntando cómo lo hicimos; el abrazo de Varinia, su respiración entrecortada por la sorpresa.

La escena mínima, un segundo apenas, se repite una y otra vez.

El perro apuntándome con odio.

El perro pateándome el estómago.

El perro desahogado. Su mano recia bien arriba, empuñando la pistola.

Y de pronto, el llanto del perro.

Cambió el escenario, dijo el Rupturista. Se acabó el sueño fácil de la lucha limpia. Ahora hay que ensuciarnos. Más todavía: ahora debemos hundirnos hasta el cuello en la sangre y la mierda.

Ya no somos ni seremos buenos.

* * *

Sólo nos queda golpear y correr, dice el Rupturista. Saeta está con él. Rosa también. Aunque le cuesta. Tan inocente, Rosita. Al hablar se le quiebra la voz, se le atraganta la angustia y el miedo. Pero sabe o dice saber que sus ideas valen más que su calma.

El Rupturista es distinto. Mostró su esencia: la de un hombre de certezas violentas. Félix también lo apoya, y me asombra. Él, que siempre prefirió los atajos, ahora parece dispuesto a jugarse la vida. Tal vez la certeza del Rupturista sea la comodidad que en estos momentos necesita.

* * *

Orson acepta que es posible golpear antes de las elecciones: ha conseguido, al fin, copiar la llave de los archivos.

La mayoría respalda la propuesta.

* * *

Hoy me veo embarcado en un viaje incierto. Me pregunto cómo llegué hasta aquí. Me pregunto cuándo se inició esta travesía de muerte. Tal vez hace meses, cuando Orson trajo una copia de una transcripción y propusimos que esa copia fuera el principio de nuestra búsqueda de una novela nueva, más grande que cualquiera anterior.

Una novela viva, que se escriba a sí misma.

O no. Quizá todavía estábamos a salvo. Entonces el viaje habría empezado después, cuando decidimos buscar respuestas; cuando tentamos a Isidro.

Lo más fácil sería creer que el viaje empezó cuando conocí cuán pegajosa es la realidad. O al regresar a la base: cuando quemé mi manuscrito como acto de renuncia.

Porque ya no soy escritor: soy un asesino.

Nunca fui escritor: esperaba el momento de tajar a un perro.

Aunque íntimamente sé que el viaje no empezó cuando dejé el mundo para intentar una novela ni cuando creímos con Orson que podríamos numerar las páginas de esta novela vastísima que es el mundo ni cuando sentí la mirada agónica del perro. Ni siquiera empezó cuando evaluamos decenas de posibilidades, desde la huida a la organización estricta. El viaje empieza en este preciso momento. Ahora, que a pesar del espanto, me siento seguro de la dirección emprendida.

* * *

Ayer hablamos con Isidro. Él ignora dónde nos ocultamos, su única forma de comunicarse conmigo es a través de un telegrama. El Rupturista desconfía de él, dice que no deja de ser un perro.

Yo espero su mensaje, lo conozco demasiado para creerlo capaz de entregarnos. Nuestro contacto en la oficina central de telégrafos nos informará de cualquier telegrama enviado a mi número de localizador.

Sólo queda esperar.

* * *

En los últimos días se nos sumaron compañeros. El Rupturista se encargó de ubicarlos, de explicarles cuál es el nuevo escenario. De a poco, ocupa la posición de líder. Tiene el carisma suficiente, no le falta inteligencia. Me asusta: lo creo capaz de cualquier cosa. En total somos veinte los activistas convencidos de que debemos luchar. Mañana nos trasladaremos a una nueva base, una casona en las afueras de la ciudad. Si bien consideramos peligroso refugiarnos en la misma base, la urgencia de la operación que planeamos nos obliga a permanecer juntos.

El plan es sencillo: entraremos al archivo por la noche, tomaremos tantas transcripciones como podamos y plantaremos bombas incendiarias.

* * *

Quemar la novela fue matar al Witold escritor. Ya no hay obra o excusa: lo que está en juego es mi propio cuerpo.

Aunque todavía necesito un refugio. Tal vez por eso escribo esta bitácora de un hombre que perdió el rumbo.

Tantas palabras inútiles.

Tanto horror imposible de ocultar.

* * *

La prensa nada dice al respecto, pero está claro que las fuerzas de seguridad nos buscan. En los últimos días se han realizado decenas de allanamientos en la ciudad. En las calles abundan los controles sorpresivos.

Nosotros nos sentimos confiados. Nuestras medidas de seguridad son elevadas, dudo que nos encuentren.

* * *

Al fin recibí un telegrama de Isidro. Me esperará en una casa abandonada, al sur de la ciudad. Exige que vaya solo. El mensaje está cifrado, aquella había sido la casa de una amiga en común. Esa precaución nos protege a los Vanguardistas de posibles filtraciones; también lo protege a él de que alguno de nosotros acceda al lugar sin mi consentimiento.

En el telegrama indica dónde dejó un sobre con «material útil para disipar mis dudas». Si no puede presentarse, dice, el contenido del sobre me resultará interesante.

La maleza de más de un metro de alto, las paredes descascaradas, los vidrios rotos producían una sensación de tristeza y desamparo. No me parecía el mejor lugar para encontrarme con Isidro. Aunque estaba claro que no se trataría de un encuentro feliz.

En el altillo de la casona hallé el sobre. En su interior había un cuaderno con anotaciones de puño y letra de Isidro; también algunas transcripciones.

Las transcripciones provenían de cinco portales distintos. En todas intervenía el registro #00F32335: el registro de Isidro. Eran cinco posibilidades de futuros. Según explicaba Isidro, las cinco igual de posibles. Las cinco remotamente posibles.

Volví a leer la última página de las notas. La revestía un carácter personal. Isidro me pedía perdón por el contenido de algunas transcripciones. Esas alternativas, afirmaba, le parecían improbables. Pero lo torturaban.

Ahora, decía Isidro, el futuro se había transformado en una suma compleja y contradictoria de variantes incompatibles. Todos los futuros, de alguna manera, constituían el futuro.

En el cuaderno explicaba las características de la máquina de escuchar y el diálogo que había oído entre El Rupturista, Orson y yo. Ese diálogo no había existido,

sin embargo lo comprendí: podría haber tenido lugar; podríamos haber dicho esas palabras.

Lo esperé durante más de una hora. Finalmente acepté que no se presentaría. Tal vez hubiera cambiado de opinión, tal vez hubiera sido descubierto, tal vez hubiera concretado un plan para huir.

Si me guiaba por el contenido de las transcripciones, tenía tantos motivos para volver de inmediato a la base como para no regresar nunca. La decisión equivocada llevaría a los Vanguardistas al desastre.

El barrio parecía desierto. Supuse que si agentes del Servicio de Inteligencia me vigilaban, me seguirían hasta la base en lugar de capturarme ahí.

Caminé a la estación. No corría peligro: no hasta llegar a la base. Y confiaba en que si alguien me seguía, lo despistaría sin dificultades.

* * *

Apenas estuve en la base convoqué a una reunión urgente. Expliqué la verdad sobre los portales y las falencias de nuestras medidas de seguridad.

La discusión fue acalorada pero breve. Por más que a varios compañeros les costaba creer en mis palabras, las notas de Isidro no dejaban margen para la duda. Debíamos reformular nuestros procedimientos, nuestros mecanismos de defensa.

Recordamos lo que nos había dicho Isidro: no existían fuentes en movimiento.

Alguien repuso que lo dicho en un coche puede ser dicho en otro lado.

Por más que evaluáramos alternativas, ninguna parecía segura.

Saeta sugirió un camino: lo gesticulado o escrito podía ser dicho si conservábamos el habla. Para transformar las bases en fuentes muertas, debíamos hacer del silencio nuestra única posibilidad.

El Rupturista intervino: quienes se silenciaran podrían elegir no hacerlo, entonces silenciarnos no garantizaba nada.

Según las notas de Isidro, los portales proporcionan información de un futuro próximo, nunca van más allá de algunas semanas. Argumenté que si esperábamos un tiempo prudencial después de silenciarnos, un mes o dos, y pasado ese lapso emprendíamos la tarea de gestar una nueva organización, entonces la medida sería efectiva.

Uno de nosotros era médico. Dijo que amputar una lengua es una operación sencilla, rápida, claramente irreversible.

El desconcierto en aquella asamblea se manifestaba en nuestras miradas esquivas. Abandonar el habla significaba un paso drástico.

El Rupturista fue rotundo: la organización debía comenzar de cero, compuesta sólo por quienes decidieran dar el paso hacia el silencio.

Saeta tomó por asalto el liderazgo de la asamblea: propuso un receso de diez minutos. Luego, votaríamos.

* * *

Diez minutos era el plazo.

En cinco irrumpió el grupo de elite.

Fue una masacre. Los agentes no se preocuparon por arrestar a nadie: entraron a fusilarnos.

La imagen de Orson recibiendo un balazo en la nuca me persigue. Ni Rosa ni el Rupturista se salvaron. Con Varinia pudimos escapar por una salida que comunicaba con el alcantarillado. Saeta nos siguió; también Orlando, el médico.

* * *

Nos refugiamos en una casa segura, en el Barrio Marítimo. Aunque nos resulta muy difícil sobreponernos al golpe, decidimos que hoy mismo Orlando nos operará.

* * *

La noche posterior a la masacre reflexioné sobre las charlas de nuestras asambleas. Charlas gestuales, aunque no por eso seguras. Si desde la Secretaría las hubiesen interceptado, habrían obtenido indicios de nuestra localización.

Las posibilidades de que así hubiera sido eran mínimas. Aunque fatales.

Las posibilidades de que alguna de las transcripciones de Isidro correspondiera al futuro real, también.

He leído esas transcripciones decenas de veces. Pero nunca sabré si alguna guarda correlato con la realidad.

Inspección General de la Nación //

Portal: calle 12° n° 65

Transcripción; 11-11-07 // 13:57 hs

#00F32335: Bueno, Chiquito, supongo que acá es donde nos separamos...

#00K66211: ¿No tenés miedo? ¿Sabés cuáles son las órdenes que me dio Néstor?

SILENCIO

SONIDO AMBIENTE LUGAR PÚBLICO

SILENCIO

SONIDO AMBIENTE LUGAR PÚBLICO

SOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDO

SOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDO

SILENCIO

SONIDO AMBIENTE LUGAR PÚBLICO

SILENCIO

#00K66211: El jefe cambió de opinión, che. No me mirés con esa cara, ¿no eras tan valiente vos, que te daba todo lo mismo? Bueno, mejor.

#00F32335: Yo cumplí mi parte del trato. Te di las señas exactas de la casona del barrio del sur. Hasta te expliqué por qué la conocía Witold, que una amiga nuestra de la infancia vivía allí.

#00K66211: Sí, pero ¿sabés una cosa? Al jefe le chupa un huevo lo de los tratos. Pensé que lo conocías mejor SOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDO SOPLIDOSOPLIDO te movés estás jodido. Te quemo acá nomás, te lo juro. Vos pensabas que un lugar público y no sé qué más, pero a mí eso no me preocupa. Ahora calmate y vení conmigo. Viste, pedazo de mierda, traicionaste a tu hermano al pedo. Debería darte vergüenza, traicionar a un hermano.

SILENCIO

SONIDO AMBIENTE LUGAR PÚBLICO

SILENCIO

SILENCIO

SILENCIO

Inspección General de la Nación //

Portal: calle 12° n° 298

Transcripción; 11-11-07 // 12:45 hs

#00F32335: Bueno, Chiquito, supongo que acá es donde nos separamos...

#00K66211: ¿No tenés miedo? ¿Sabés cuáles son las órdenes que me dio Néstor?

SILENCIO

SONIDO AMBIENTE LUGAR PÚBLICO

SILENCIO

SOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDO

#00K66211: ...ir, tranquilo. Yo tenía ganas de reventarte, eh. Mirá que traté de convencer a Néstor. Pero parece que te quiere bien, el jefe. Dijo que no, que habías colaborado.

SILENCIO

#00F32335: Gracias por la sinceridad.

#00K66211: No sé si nosotros vamos a poder decir lo mismo. Por lo pronto, ahora mismo voy a dar la orden para que un escuadrón vaya al bar que decís. A ver si agarramos de una vez al mierda de tu hermano.

#00F32335: Por fin acordamos en algo: Witold es una mierda. A ver si hacen un trabajo prolijo.

#00K66211: Vos quedate tranquilo, lo vamos a hacer. Ah, y si nos llegaste a pasar información falsa, todavía estás a tiempo SOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDO SOPLIDOSOPLIDO no le echamos la mano a Witold, yo personalmente te voy a ir a buscar. Te voy a reventar, pero no va a ser un suicidio rápido: te va a doler, y mucho.

#00F32335: Ya te dije, Chiquito, Witold mató a Leopoldo, que para mí era como un hermano. El hermano que nunca tuve: uno que no fuera un asesino. Ahora no hablemos más, se va el tren y si seguimos, así, se me va a partir el corazón.

SILENCIO

SONIDO AMBIENTE LUGAR PÚBLICO

SILENCIO

SONIDO AMBIENTE LUGAR PÚBLICO

SILENCIO

ALTAVOZ ANUNCIA SALIDA DE TREN

SILENCIO

SILENCIO

SILENCIO

Inspección General de la Nación //

Portal: calle 321° n° 5

Transcripción; 11-11-07 // 16:23 hs

#00F32335: Bueno, Chiquito, supongo que acá es donde nos separamos...

#00K66211: ¿No tenés miedo? ¿Sabés cuáles son las órdenes que me SOPLIDO SOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDO

#00F32335: ...odas, yo cumplí con mi parte y estoy seguro de que Néstor te ordenó cumplir con la suya. Mi tren sale dentro de diez minutos.

#00K66211: Sí, Néstor y yo estamos de acuerdo: si vos cumplís, nosotros también. Y quedáte tranquilo: la plata ya está depositada.

#00F32335: Entonces, si no te molesta, me piro.

#00K66211: No, te quedás conmigo. Por el tren despreocupate: te sacamos pasaje para el de mañana. Si localizamos a tu hermano en el bar que nos dijiste, te vas y hacés lo que querés.

#00F32335: Eso no era lo que SOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDO SOPLIDO

#00K66211: ...ar tranquilo. Es una demora apenas. Si nos diste información correcta vas a poder irte, no te asustes. Ahora acompañame, vamos a buscar una habitación en el hotel de enfrente. Y no transpires tanto, hombre, que no soy maricón.

SILENCIO

SONIDO AMBIENTE LUGAR PÚBLICO

SILENCIO

Inspección General de la Nación //

Portal: calle 767° n° 1.434

Transcripción; 11-11-07 // 03:13 hs

#00K66211: Te estábamos buscando.

SILENCIO

SILENCIO

SILENCIO

SOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDO

#00K66211: La verdad, no te entendemos. Habías arreglado todo. Había un fangote de guita listo para girar a tu cuenta, ¿qué mierda te pasó?

#00F32335: No sé, che. Cambié de opinión.

#00K66211: ¿Por el boludo de tu hermano? ¿Por ese pedazo de mierda? ¿Para defenderlo a él?

SILENCIO

#00K66211: ¿Querés saber algo gracioso? Lo tenemos localizado igual. Néstor había aceptado el trato de lástima. Dice que siempre fuiste un infeliz, te quería dar una oportunidad. Pero parece ser que no sos confiable. Vos mismo nos habías llevado hasta los Vanguardistas. Sí, el día que te escapaste del archivo. ¿En serio pensaban que somos tan imbéciles? Eso le pasa siempre a la gente como vos, es por subestimar a las fuerzas de seguridad. Tenemos el operativo montado, mañana mismo los reventamos.

SILENCIO

SILENCIO

SILENCIO

#00K66211: Con respecto a lo tuyo, ¿cómo lo querés?

#00F32335: Rápido.

#00K66211: Bueno, va a ser rápido entonces. Pero acá no, que vamos a ensuciar todo y después me toca limpiar a mí. Vení, vení conmigo.

SILENCIO

SILENCIO

SILENCIO

SILENCIO

SOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDO

SOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDO

SILENCIO

SILENCIO

SILENCIO

SILENCIO
SILENCIO
SILENCIO

Inspección General de la Nación //

Portal: calle 767° n° 4

Transcripción; 11-11-07 // 05:42 hs

SOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDO

#00F32335: ...cá es donde nos separamos...

#00K66211: ¿No tenés miedo? ¿Sabés cuáles son las órdenes que me dio Néstor?

SILENCIO

SONIDO AMBIENTE LUGAR PÚBLICO

SILENCIO

RISAS

#00K66211: Era una joda, che. Podés ir tranquilo. Yo tenía ganas de reventarte, eh. Mirá que traté de convencer a Néstor. Pero parece que te quiere bien, el jefe. Dijo que no, que habías colaborado...

SILENCIO

#00F32335: Gracias por la sinceridad.

#00K66211: No sé si nosotros vamos a poder decir lo mismo. Por lo pronto, ahora mismo voy a dar la orden para que un escuadrón vaya a la casona del barrio sur. A ver si agarramos de una vez al mierda de tu hermano.

#00F32335: Por fin acordamos en algo: Witold es una mierda. A ver si hacen un trabajo prolijo.

#00K66211: Vos quedate tranquilo, lo vamos a hacer Ah, y si nos llegaste a pasar información falsa, todavía estás a tiempo de darnos la punta correcta. Mirá que esta despedida puede ser un hasta pronto. Si no le echamos la mano a Witold, yo personalmente te voy a ir a buscar. Te voy a reventar, pero no va a ser un suicidio rápido, te va a doler, y mucho...

#00F32335: Ya te SOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDOSOPLIDO SOPLIDOSOPLIDO mano que nunca tuve: uno que no fuera un asesino. Ahora no hablemos más, se va el tren y si seguimos así, se me va a partir el corazón.

SILENCIO

SONIDO AMBIENTE LUGAR PÚBLICO

SILENCIO

SONIDO AMBIENTE LUGAR PÚBLICO

SILENCIO

SONIDO DE ALTA VOZ ANUNCIA SALIDA DE TREN

SILENCIO